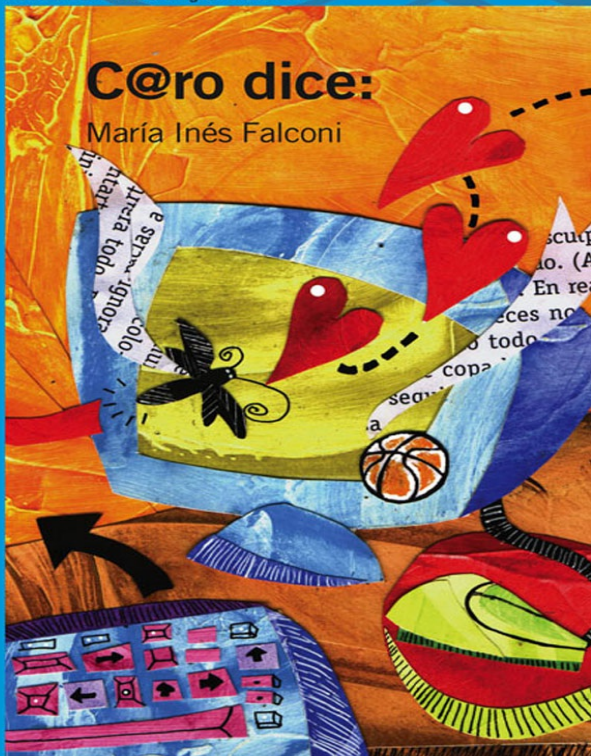


ALFAGUARA JUVENIL

C@ro dice:

María Inés Falconi



C@ro dice:

María Inés Falconi

Ilustraciones de Karina Maddonni



ALFAGUARA

CAPÍTULO 1

ELLA

Carolina abrió el chat. Miró por arriba y no encontró nada interesante, pero como su amiga Melisa seguía copiando la tarea, y por el momento no tenía nada mejor que hacer, mandó un mensaje sin muchas esperanzas de encontrar una respuesta atractiva.

Luciémaga dice:

Hola. Soy Luciémaga.

Hay alguien ahí?

Gusano Empantanado dice:

Aquí, Gusano Empantanado

respondiendo.

El mensaje que apareció en la pantalla no parecía mejor que los demás, pero al menos el nombre era bastante original. Nunca se lo había cruzado antes. Le contestó.

Luciémaga dice:

Gusano Empantanado es 1 nombre raro.

Gusano Empantanado dice:

Y Luciémaga es 1 nombre maricón.

Carolina se sorprendió. No esperaba esa respuesta. No le gustó, y no pensaba contestar, pero la pregunta siguiente le llamó la atención.

Gusano Empantanado dice:

Sos hombre o mujer?

Era buena. Carolina odiaba los *nicks* que usaban para chatear. Nunca podía saber si estaba hablando con un chico o con una chica. Decidió contestar, pero manteniendo la intriga.

Luciémaga dice:

Mmmmm...

Gusano Empantanado dice:

Ya entendí. Sos gay.

Nueva respuesta inesperada.

Luciémaga dice:

No idiota, soy mujer!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!



Gusano Empantanado dice:

Menos mal!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

Luciémaga dice:

Xq? Tenés algo contra los gays?

Gusano Empantanado dice:

No.

Carolina tembló. ¿Preguntaba o no preguntaba?
Preguntó.

Luciémaga dice:

Vos sos gay?

Gusano Empantanado dice:

No. Soy 1 gusano.



Luciémaga dice:

Empantanado.

Gusano Empantanado dice:

Sip.

Al menos el pibe (Caro estaba segura de que era un chico) no se había ofendido con su pregunta. Eso le gustó.

Luciémaga dice:

Xq elegiste s nombre?

No recibió respuesta.

Luciémaga dice:

Hola!!!! T pregunté algo.

Gusano Empantanado dice:

Disculpame. Tardé xq m toy alimentando y los gusanos somos lentos.

Luciémaga dice:

Q tas comiendo?

Gusano Empantanado dice:

Caca.

Luciémaga dice:

Sos 1 asqueroso.

Gusano Empantanado dice:

No. Soy 1 gusano y los gusanos comen caca.

Ya era suficiente. Se estaba yendo para cualquier lado.

Luciémaga dice:

Me da lo mismo. Chau.

Gusano Empantanado dice:

No! Perá!!!! No t vas a ofender x eso.

Luciémaga dice:

No m ofendí.

Gusano Empantanado dice:

Sí t ofendiste.

Luciémaga dice:

No m ofendí.

Gusano Empantanado dice:

Y tonces xq t vas?

Luciémaga dice:

Xq no me interesa hablar d asquerosidades.

Gusano Empantanado dice:

Ta bien. Pido disculpas. D q t interesa hablar?

Carolina no tenía la menor idea.

Luciémaga dice:

D cosas lindas.

No fue una respuesta brillante. De eso estaba segura.

Gusano Empantanado dice:

Xej?

Luciémaga dice:

No sé. No se me ocurre.

Gusano Empantanado dice:

Q viva!

Luciémaga dice:

Toy pensando.



Gusano Empantanado dice:

Y yo toy comiendo... Mejor no t digo q.

Luciémaga dice:

No empieces.

Gusano Empantanado dice:

No empiezo, toy terminando.

Ya pensaste?????????



Luciémaga dice:

Tdvía no. Peráaaaaaaaaaa!!!!!!!!!!!!

¿Por qué no se le ocurría nada interesante para decir?

—Me falta un ejercicio y termino —dijo Melisa de repente. Carolina se había olvidado por completo de ella. El Gusano insistía.

Gusano Empantanado dice:

No es tan difícil. Deportes



, música



, política

, espectáculos

...



Luciémaga dice:

Tas leyendo el diario?

Gusano Empantanado dice:

No. Toy tratando d adivinar q es 1 "tema lindo" p vos.

Luciémaga dice:

La amistad, x ej.

Gusano Empantanado dice:

Lindisimooooooooo. Algún otro?



Luciémaga dice:

Q tiene d malo la amistad?

Tenés amigos?

Gusano Empantanado dice:

Soy 1 gusano amistoso.

Luciémaga dice:

Tdvía no m djste xq t pusiste s nombre.

Gusano Empantanado dice:

Hablemos d la amistad.

Luciémaga dice:

1ro. contestame. Xq elegiste s nombre?

Gusano Empantanado dice:

No sé. Se me ocurrió. Los nombres se eligen x algo?

Luciémaga dice:

Xsup. Yo me puse Luciémaga

xq las luciérnagas dan luz y pueden iluminarlo todo.

Gusano Empantanado dice:

T podrías haber puesto lamparita Philips .

Era lo mismo. Jajajajajaja!!!!!!!!!!!!!!



Luciérnaga dice:

T creés muy gracioso, no?

Gusano Empantanado dice:

T ofendiste otra vez.

Luciérnaga dice:

S es mi problema. Chau.

Pero Carolina no apagó la compu. Se quedó mirando la pantalla, esperando una respuesta. Estaba enojada... o sorprendida. La verdad, no lo sabía. Ese pibe la había tratado como una tonta, y ella no le había podido ganar una.

Llegó un nuevo mensaje.

Gusano Empantanado dice:

Ojalá tdía tes ahí, xq kiero contarte xq me puse Gusano Empantanado.

Dijera lo que dijera, no le iba a responder.

Gusano Empantanado dice:

= t lo voy a contar. Elegí s nombre xq me gustan los gusanos, y me gustan los gusanos... xq.....

Gusano Empantanado dice:

comen caca!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!



. Chau.

Ahí sí, Caro apagó la computadora de un golpe. ¡¿Cómo había podido ser tan tonta?! ¡Ojalá nunca le hubiera contestado!

—¿Apagaste? —preguntó Melisa sin sacar los ojos de la carpeta.

—Sí. ¿Terminaste de copiar?

—La última cuenta. Esto es un desastre, Caro. No entiendo nada. ¿Vos lo entendés?

—Más o menos.

—Me lo tenés que explicar. Necesito un ocho en la prueba. No sé como voy a hacer.

—¿Machete?...

—¿Estás loca?! Con esta mina es imposible.

—Sí. Se complica.

Melisa empezó a juntar desordenadamente las hojas que tenía desparramadas por el piso, hasta que vio a Carolina inmóvil, mirando la pantalla apagada de su computadora.



—¡Eu! ¡Caro! Te aviso que está apagada, por si no te diste cuenta.

Carolina se rio y giró la silla.

—Sí, me di cuenta.

—Estás como si hubieras visto un fantasma. ¿Qué pasó?

—Un idiota que se creía divertido.

—¿Y era divertido? —A Melisa le encantaba encontrar gente rara en el chat.

—Era un tarado.

Melisa se avalanzó sobre la compu para prenderla.

—Dejame a mí, a ver si lo encuentro —dijo presionando el botón.

—Mejor no. Seguro que está ahí.

Carolina la apagó.

—¡No te va a comer, nena! Es una pantalla, nada más.

—Ya sé, pero no me lo quiero encontrar.

Caro se levantó y caminó hacia la puerta, como para alejarse del lugar de peligro.

Melisa la miró extrañada. Por lo que conocía a su amiga, estaba segura de que algo más había pasado, y odiaba perderselo.

—¿Perdón?... ¿Tu computadora tiene realidad virtual y no me lo habías dicho? El pibe no va a salir de la pantalla.

—¡Ay, basta, Melu! No quiero chatear con él, y listo.

—¡Muero por saber qué te dijo para que estés de tan mal humor! ¿Lo grabaste? —insistió Melisa.

—¡Basta, Melu! Mejor hagamos otra cosa. Pasarse la tarde chateando es un pelotazo. Dale, vamos a comer algo.

Melisa no entendió por qué no podían chatear y comer al mismo tiempo. Además, no tenía hambre.

—¿Comer algo como qué? —preguntó con desgano.

—¡Caca, nena, caca! —contestó Caro y salió dando un portazo.

Melisa se quedó con la boca abierta. Algo había pasado dentro de esa computadora, y ella lo tenía que averiguar.



CAPÍTULO 2

ÉL



La tal Luciérnaga se había desconectado hacía ya más de una hora, cuando Tomás apagó la compu.

No se había divertido mucho. Había chateado un rato con el Gordo, pero siempre hacía los mismos chistes. Su amigo Felipe no había aparecido. Seguro estaba enfrascado estudiando para la prueba de Historia. Los demás eran los mismos tarados de siempre. “Aguanten los Pinchas”, “Aguanten los Redondos”. Ni siquiera tenían imaginación.

Tuvo que reconocer que lo único interesante de la tarde había sido Luciérnaga, pero como todas las chicas: dos chistes y se había ofendido. Se había quedado conectado

con la esperanza de volver a encontrarla. Le encantaba molestar a las chicas con sus bromas pesadas y tratar de adivinar cómo iban a reaccionar. Por lo general, se hacían las ofendidas, le decían tonto o asqueroso, amenazaban con desconectarse, y finalmente se quedaban. Pero esta se había ofendido en serio, y por mucho que esperó, no volvió. ¿Cuántos años tendría? Se había olvidado de hacerle la típica pregunta, para escuchar la típica respuesta: todas decían que eran más grandes. Una vez, había estado como una hora chateando con una de diez que decía que tenía quince. La descubrió cuando dijo “los de cuarto tenemos gimnasia en la escuela”. ¡¡¡Cuarto grado!!! Se sintió un tonto. Desde ese día tuvo más cuidado, y cada vez que le decían la edad le restaba dos o tres años. Aunque él también tenía un personaje armado para esos casos: quince años, jugaba al básquet y odiaba la escuela, escuchaba la música que ellas escuchaban y... bueno, nunca podía llegar más lejos. Ni ellas tampoco, claro.

Apagó la computadora y miró alrededor. Estaba verdaderamente aburrido. Agarró el control remoto de la tele e hizo *zapping* por un rato. Lo único que lo divirtió fue un dibujito empezado de *La vaca y el pollito*, que ya había visto cien veces. También apagó la tele.

Manoteó el libro de Historia. Tendría que estar estudiando, como Felipe. La prueba era pasado mañana y no había leído nada. Sin ganas, buscó la página hasta encontrar el tema: Grecia. Mitología. Los dioses del Olimpo. Otra porquería que no le iba a servir para nada.

Agarró un lápiz para ir subrayando y, mientras leía sin entender ni una sola palabra, empezó a garabatear en el margen. De pronto, el dibujo se le hizo mucho más interesante que las letras y, cuando se quiso dar cuenta, había dibujado una especie de mosca con antenas, u hormiga con alas, o cucaracha con ojos. No sabía muy bien qué era, salvo que era un bicho y que le había salido bastante bien.

Se acordó otra vez de la chica del chat, Luciérnaga. Por lo visto, hoy era el día de los bichos. Miró la compu apagada y la prendió. Capaz que se había vuelto a conectar. Pero no, ahí seguían el Gordo y los otros.

Sin apagar la computadora, volvió al libro. “Luciérnaga apagada”, escribió debajo del dibujo, y después, haciendo un verdadero esfuerzo de concentración, empezó a leer.

Para su sorpresa, el tema lo atrapó. Media hora después, se sabía todos los nombres de los dioses de memoria y terminó buscando más datos en Internet.

Había demasiado para leerlo todo, pero encontró unos dibujos fantásticos.

Sacó de abajo del colchón su bloc de hojas; ese era un secreto que no compartía con nadie. Le encantaba dibujar, pero le daba mucha vergüenza que alguien se enterara. Estaba seguro de que se iban a reír de él. Dibujar no era una actividad demasiado común entre sus compañeros. No era una actividad para nada común, y ya tenía demasiados motivos por los que lo miraban como a un bicho raro, para agregar uno más. Dibujar era su secreto. Lo escondía incluso de su mamá. Le daba pánico que ella

supiera que dibujaba y terminara mandándolo a hacer otro curso más o, lo que era peor, mostrándoles sus trabajos a las tías. Pero lo cierto es que, a veces, se pasaba horas garabateando papeles.

Con mucha atención, empezó a copiar las imágenes. Le salían bastante bien, pero como copiar no le gustaba mucho, después del tercer dibujo, decidió inventar sus propios dioses. No eran tan buenos como los de los griegos, pero eran mucho más divertidos. Combinaba cuernos y alas, grandes cabelleras, espadas y tridentes, escudos y lanzas. “Venganou”, escribió debajo de uno que le sonaba a dios jefe con pinta de vengador. Pensó que podría inventar su propio Olimpo. Rápidamente, garabateó una diosa, con túnica y alas, y una linterna en la cabeza, como las de los mineros. Quedaba muy ridícula. Luciérnaga, la llamó. Otra vez. Ese estúpido nombre se le aparecía todo el tiempo.

Hizo un alto en el dibujo y volvió a la computadora. Nada. Todo seguía igual. Pensó que tal vez se le había ido un poco la mano. Si no se hubiera pasado de vivo, ella no se habría desconectado. Podía pedirle disculpas y ver qué pasaba... Ni loco. Después de todo, ni siquiera sabía quién era ella y no parecía muy viva. No se había bancado ni una broma. Pero tenía algo... no sabía... distinto. ¿Qué? A lo mejor había sido esa pregunta que le hizo sobre si era gay. Nadie le había contestado así. Cuando preguntaba: “¿Sos hombre o mujer?”, las chicas siempre respondían: “¡Mujer, nene!”. Era una fija. Pero Luciérnaga había ido más allá y lo había sorprendido. Bueno, tampoco era para

tanto. Una respuesta ingeniosa no quiere decir nada. “Ya fue”, pensó, y apagó la compu.

El grito de su mamá llamándolo a comer lo sacó de sus reflexiones, del Olimpo propio y también del ajeno. Rápidamente, escondió el bloc debajo del colchón, e impulsando su silla de ruedas con habilidad, salió del cuarto... corriendo.

CAPÍTULO 3

ELLA

Al día siguiente, Carolina fue a la casa de Melisa. Dentro de dos días iba a haber una fiesta en la escuela, y todavía ninguna de las dos había decidido qué iba a ponerse. Para esos casos, Caro siempre se vestía con la ropa de su amiga. Melisa era su consejera y jamás la hubiera dejado ir a la fiesta vestida como para salir a andar en bici, que era como Carolina hubiera estado más cómoda. De ninguna manera. Melisa adoraba prestarle sandalias, polleras, tops, remeras y todo lo necesario para transformarla, al menos por una noche, en “una mujer fatal”, como ella decía, y como Caro nunca se sentía.

Esta, además, era una fiesta especial, porque Melu había conseguido que Gastón, el chico con el que salía desde hacía dos semanas, llevara a un amigo para presentarle a Carolina. Decididamente, se tenía que esmerar.

Carolina y Melisa eran compañeras desde la primaria. Compañeras y amigas inseparables. Desde el primer día de clase, cuando la maestra de primer grado, tironeándolas del brazo las había sentado juntas, quedaron una al lado de la otra y no se separaron más.

Nadie podía entender cómo eran tan amigas porque la verdad es que no tenían nada en común. Carolina era bastante estudiosa y cumplidora, y Melisa era un tiro al aire, que siempre se olvidaba todo y llegaba a los exámenes con lo justo; Melisa hablaba hasta por los codos, y Carolina era bastante callada; a Melisa siempre le gustaba algún chico y a Carolina nunca le gustaba ninguno, así que Melisa había tenido ya un montón de novios y Carolina... ninguno. A Melisa le gustaban los recitales y a Carolina, el cine; a Carolina le gustaba leer y a Melisa, la música; a Melisa le gustaban las minis y a Carolina, los pantalones; a Carolina las zapatillas y a Melisa, los tacos... y así con todo. La lista era interminable. Pero se adoraban. Imposible pelearse con una, sin pelearse con las dos; y ni pensar en hablarle mal a una de la otra. Eran capaces de morder al que se atreviera. De hecho, en cuarto grado, Melisa le había pegado un mordiscón a un chico, porque había dicho que Carolina era una tarada porque se la pasaba leyendo. ¡Y eso que

Melisa jamás había podido pasar de la segunda página de ningún libro!

En una sola cosa se parecían: eran unas románticas incurables. A las dos les encantaban las historias de amor, y lloraban a mares viendo películas tristes. Las dos estaban convencidas de que, un día, el amor de su vida les tocaría el portero eléctrico para llevarlas a pasear en un caballo blanco por las praderas. Pero, mientras Carolina prefería sentarse en su casa a esperarlo, Melisa, por las dudas, iba probando con los chicos que tenía a mano, porque nunca se sabe.

Ella soñaba con que Carolina se pusiera de novia con un amigo de su novio, y así serían cuatro amigos, y podrían salir juntos, y todo seguiría como hasta ahora, pero con novios, después maridos, después hijos amigos de los hijos... y quién sabe, también novios entre sí. Así que, cada vez que salía con un chico, Melisa le pedía un amigo para Carolina. Hasta entonces nunca había tenido éxito, pero esta vez, estaba segura de lograrlo, porque al “amigo” lo había evaluado con sus propios ojos, y estaba buenísimo. Carolina no se iba a poder resistir.

Mientras Caro se probaba toda la ropa del placar, llamó a Gastón para reconfirmar, por centésima vez, la presencia de Bruno en la fiesta.

—Escuchame... ¿Tu amigo va seguro, no?... —le preguntaba Melisa por teléfono—. ¿Pero te dijo?... Bueno, vos por las dudas volvé a preguntarle.

Mientras hablaba, le hacía señas desesperadas a Carolina, de que sí iba a ir, pero Caro la miraba indiferente

y, con los dedos como tijera, le decía que cortara.

—Claro que Carolina va. ¿No te digo que me voy a dormir a su casa?... Bueno. ¿Me llamás mañana?... ¿A qué hora?... No, a esa hora tengo gimnasia, ¿no te acordás?... Llamame a las cinco.... No, ¿por qué a las seis? A las cinco... Está bien, cinco y media. Hasta mañana.... ¿Vas a soñar conmigo?... ¿Me lo prometés?... Sí, yo también. Te re-amo. Chau.

Carolina se rio.

—Te re-amo —se burló de su amiga.

Pero Melisa ni la escuchó.

—¡Joya! El amigo de Gastón viene a la fiesta de la escuela —dijo mientras devolvía el teléfono a su lugar. Recién ahí miró a Carolina que, frente al espejo, se estaba probando la centésima remera—. Esa te va a quedar buenísima —comentó.

—No. Estoy hecha un cerdo.

—¡Nada que ver, nena! La remera es chica. A mí hace como tres años que no me entra.

—¡Si te la pusiste para la fiesta del año pasado!

—Bueno, un año —aceptó Melisa—. Seguro que te entra.

—Seguro que no. Ahora tengo... —dijo Carolina poniéndose las manos sobre el pecho.

Melisa la miró de arriba abajo, con una sonrisita irónica, para molestarla.

—¿Tenés qué?...

Caro, riéndose, le tiró una remera por la cabeza.

—Al menos tengo más que antes —dijo.

Carolina descartó dos o tres remeras más, y finalmente se decidió por una de color turquesa. Se la puso y volvió a mirarse al espejo, de frente, de perfil y hasta de espaldas. Esa le gustaba.

—No me gustaría ser muy tetuda —comentó de repente, ajustándose la remera al cuerpo y evaluando su estado actual.

—A mí sí —dijo Melisa—. Mirá, mirá esto.

Y se rellenó la remera con unos peluches, de tal forma que quedaba desproporcionadamente pechugona.

—¿A ver vos? —le dijo, rellenándola a su vez.

Las dos se pararon frente al espejo para evaluar su nuevo aspecto. Era verdaderamente ridículo y empezaron a reírse a carcajadas.

—Es un asco —concluyó Caro tirando los peluches otra vez sobre la cama—. Prefiero quedarme como estoy.

Cuando recuperaron el aire de la risa, Carolina decidió que se iba a poner la remera turquesa con su pollera negra y las sandalias, a pesar de que Melisa opinaba que no combinaban para nada. Pero era sabido: en gustos nunca se iban a poner de acuerdo.

—Caro... ¡no sabés lo que es el amigo de Gastón! —volvió sobre el tema Melisa.

—¿Está fuerte?

—Un cañón.

Carolina se rio.

—A ver... definime cañón —dijo.

—Alto... como así —Melisa se paró para señalar con exactitud la increíble estatura del chico—. Rubio... bah...

castaño rubiecito... Con un mechón que le cae así, como de costado. Quemadito... Bueno, eso la semana pasada, pero capaz que le dura. Un cachote de espalda como así, porque el chabón juega al *rugby*. Mucho músculo por todos lados, y de atrás... una locura.

—Veo que ni lo miraste.

—Bueno... es que te juro que no lo podés dejar de ver.

—¿Ojos?

—Eso sí que no le miré, ¿ves?

—Para mí los ojos son lo más importante —dijo Carolina.

—Bueno, cuando te lo presente, se los mirás rápido, y después no lo soltás más, ¿eh? Mirá que van a estar las taradas esas de primero B...

—¿Jéssica?

—Jéssica y las otras minitas. Estoy segura de que en cuanto lo vean, se le tiran encima.

—Bueno, él tendrá que elegir.

Melisa saltó como un resorte. Siempre pasaba lo mismo. Ella se mataba para encontrarle un chico, y Caro no mostraba el más mínimo interés.

—¿Ves que sos tonta, nena? Te lo traigo servido en bandeja y me decís “él tendrá que elegir”... Él no tiene nada que elegir, porque yo ya elegí por él, y te elegí a vos, que sos mi amiga, y listo. Te lo transás el sábado, y a otra cosa.

—Te olvidaste de un detalle: si me gusta —aclaró Carolina.

—Mejor que te guste. Yo soy algo así como tu hada

madrina. Así que confiá en mí y hacé lo que yo te diga, porque al paso que vas, al príncipe azul no lo encontrás ni en los dibujitos animados.

—Suerte que te tengo a vos.

—Sí. Suerte que me tenés a mí. Y esta vez estoy segura de que la pegué.

No volvieron a hablar de Gastón ni de su amigo. Carolina trató de explicarle a Melisa los ejercicios de Matemática. Esto no tenía solución: no sabían qué era más difícil, que Melisa entendiera los ejercicios que Caro le explicaba, o que Caro se enamorara de los chicos que Melisa le presentaba. Nunca habían tenido éxito en ninguna de las dos cosas.

Recién cuando, esa noche, Carolina se sentó frente a su computadora, se acordó del Gusano Empantanado. Le hubiera gustado encontrarlo. No porque tuviera nada en especial que decirle, ni siquiera porque le gustara chatear con él, pero el Gusano ese se había hecho el gracioso, y ella había quedado como una tonta, y eso sí no lo soportaba. Tal vez tuviera alguna posibilidad de revancha.

Prendió la compu. Revisó rápidamente los nombres de los que estaban conectados. El Gusano no aparecía. Leyó:

“Y este es mi último...”.

Un mensaje sin nombre. Y bastante largo. Pasó rápidamente los ojos por la pantalla para ver si era algo interesante.

“Toda la tarde...”

“T estuve buscando toda la tarde, pero x lo visto no t conectaste nunca... o no me kisiste contestar (siempre existe esa posibilidad)”.

El corazón le dio un vuelco. ¿Sería o no sería? Siguió leyendo tan rápido como pudo.

“Est es mi último intento, 1 xq me estoy cayendo d sueño y mañana tgo prueba d Historia , y 2, xq además d



empantanado soy orgulloso, y si no me

kerés contestar, no voy a andar insistiendo para nada”.

Era. No tenía ninguna duda, por lo de “empantanado” y también por la forma “tan cariñosa”. Los dedos le temblaron sobre el teclado.

“Habrás visto q no puse tu nombre al principio, xq toy seguro d q t vas a dar cuenta d q este mensaje es para vos, y la verdad es q, si no t das cuenta d eso, ni siquiera me interesa q lo leas.

Yo creo q todos los mensajes del mundo tan dando vuelta x el aire y q cada 1 recibe el q tiene q recibir, y si no lo recibe, es xq no lo tenía q recibir, y ta todo bien, xq seguramente recibirá otro, pero si lo recibe, bueno, eso kiere decir q s mensaje era para él (o ella) y q sí, tenía q recibirlo. Me sequís?...

Bah... capaz q ni siquiera tas ahí”.

“Estoy, estoy. No te frenes por favor”, pensó Carolina casi en voz alta. No podía creer que el Gusano opinara lo mismo que ella sobre los mensajes, ¡y sin haber hablado nunca! ¿No sería una broma? Pero... ¿de quién? Solo Melisa sabía estas cosas, y Melisa no era el Gusano, obvio.

“Suponiendo q todo esto es como debe ser: q vos tes ahí, q t des cuenta d q el mensaje es para vos, y q decidas leerlo hasta el final, t voy a decir lo q t kise decir durante todo el día. O sea, nada”.

Carolina se rio. Era muy tonto.

“O sí, bah... Kería pedirte disculpas xq ayer estuve grosero al pedo. (Al gas, perdón). No sé xq hice eso. En realidad, la mayoría d las veces no sé xq hago lo q hago, como todo el mundo, pero como no me copa la psicología, prefiero seguir en la ignorancia y ver q pasa. Eso era todo. Pedirte disculpas y contarte q gracias a vos, abandoné definitivamente el hábito d comer caca”.

Carolina no entendía nada. O mejor dicho, no entendía qué le estaba pasando. Por un lado, nunca había escuchado a ningún chico decir esas cosas, y menos que menos, pedir disculpas por una broma; pero, por el otro, el pibe era bastante insoportable, y no estaba segura de si

se lo bancaba.

“Veo q toy hablando solo, así que mejor me voy a dormir. No sé si t dije q mañana tengo prueba d Historia. Cómo t van los dioses del Olimpo? Cierto q toy hablando solo. Capaz q mañana vuelva a...”.

Carolina se decidió de golpe. Le dio miedo dejar que se fuera y que tal vez no se conectara nunca más. Y tenía curiosidad... o no sabía qué.

Luciémaga dice:

Toy acá. Me extraña q no hayas visto la luz.

Gusano Empantanado dice:

Q luz?

Luciémaga dice:

La d la Luciémaga.

Gusano Empantanado dice:

Pésimo



Se odió a sí misma. ¿Cómo empezar con un chiste tan malo? Mejor cambiar de tema.

Luciémaga dice:

Ta bien. T disculpo.

Gusano Empantanado dice:

No podemos hablar d otra cosa? Odio

disculpame cuando me tan escuchando
(o leyendo, claro).

Luciémaga dice:

Ta bien. D q querés hablar?

Gusano Empantanado dice:

Cómo t va la amistad?

¿La estaría gastando? Intentó una contestación en serio.

Luciémaga dice:

Me va bárbaro. Tenés un mejor mejor amigo?

Gusano Empantanado dice:

Sip. Felipe.

Carolina no supo cuánto tiempo había pasado chateando con el Gusano, hasta que su papá, a los gritos, le dijo que apagara la luz de una vez. Tuvo que desconectarse de golpe, pero quedaron en volver a hablar al día siguiente. Esta vez, no necesitaba ninguna revancha.





CAPÍTULO 4

ÉL



Felipe se cansó de esperar. Había terminado de leer una revista de historietas, había cambiado el CD del equipo, había ido a buscar más Coca, y había intentado, sin éxito, avanzar con los dioses del Olimpo; pero ya se estaba quedando dormido, y Tomás seguía enchufado a la compu.

—Dale, cortala. Nos falta un montón —le pidió.

—Ya largo. Cinco minutos.

Felipe se acercó a la computadora para ver qué podía ser tan interesante como para haber atrapado a su amigo de esa forma... ¡Y se quiso morir!

—¿Le estás contando la historia de los dioses del Olimpo?! Vos no tenés cura, chabón.

Tomás lo apartó de un empujón, pero Felipe siguió leyendo.

—“Luciérnaga”... Ese sí es un nombre maricón —se rio.

—Ya se lo dije.

—¿Y sigue chateando con vos?

—¿Te podés callar que no me puedo concentrar?

—Si querés te dicto directo del libro, y de paso vamos estudiando.

—¡Callate!

Felipe se dio cuenta de que la mejor forma de que terminara rápido era mantenerse al margen. Agarró el libro de Historia y trató de repasar mentalmente el nombre de los dioses: Cupido, el dios del amor... Se rio.

—Escuchame, Cupido... ¿todavía no la convenciste?

Gusano Empantanado dice:

Y mejor m voy a dormir. Chau.

Tomás apagó la computadora y miró a Felipe.

—¿Qué le pasa cuchi-cuchi? ¿Se puso celoso? —se burló, girando la silla de ruedas y avanzando hacia él—. ¿No puede estudiar solito?...

Felipe atajó la silla y la empujó hacia atrás.

—¡Largá, chabón! ¡Diez horas chateando!

—¿Y por qué no aprovechaste para estudiar?

—Porque para estudiar solo, me quedaba en mi casa y listo, imbécil. No necesitaba venir a hacerle el aguante a un inválido.

—¡Morirás por eso! —amenazó Tomás, y esta vez sí, se

arrojó con su silla sobre Felipe con claras intenciones de arrollarlo. Felipe rodó por el piso para esquivarlo. Tomás giró la silla y volvió a atacar, pero Felipe tuvo tiempo de levantarse a los tropezones, ponerse detrás de la silla y trabarla con el freno, a pesar de los esfuerzos desesperados de Tomás por sacárselo de encima.

Cuando lo tuvo inmovilizado, le puso el libro de Historia sobre las piernas.

—Estás atrapado —le dijo—. Vamos a estudiar.

—Te aprovechás de mí por la silla, pero un día voy a caminar, y te juro que te voy a reventar a patadas. Ya vas a ver. ¿Qué es lo que no entendés de esto? —dijo hojeando el libro.

—No es que no entiendo. Son esos nombres raros que se me mezclan todos. ¿Me querés decir para qué necesitaban tantos dioses esos idiotas de los griegos?

—Para complicarnos la vida a nosotros. ¿Para qué va a ser?

—Totalmente de acuerdo —Felipe también buscaba la página en su libro—. ¿Se puede saber quién era la mina que estaba interesada en los dioses del Olimpo?

—Luciérnaga.

—Eso ya lo sé. Por el nombre no parece muy viva.

—No es muy viva. Es mina.

—¿Y entonces para qué perdés el tiempo?

—Justamente. Porque es mina. Nunca se sabe.

—Dejate de delirios, que ya son como las doce. Mejor vamos a darle a esto, “bichito de luz”...

—Luciérnaga, no confundas.

—¿La mina daba bola?

Tomás se encogió de hombros.

—Normal —dijo—. Como siempre, “encuentros lejanos de ningún tipo”. Pero estuvo divertido.

—Bueno, dale, leé vos.

—Concentración —dijo Tomás, y empezó a leer.

Pero las buenas intenciones no les duraron mucho: una hora después ya estaban durmiendo. La prueba... se vería.

CAPÍTULO 5

ELLA

Melisa se cansó de esperar a Carolina en la esquina.

Como venían de lados distintos, todas las mañanas se encontraban ahí, para caminar juntas las tres cuadras que faltaban hasta la escuela. Ese era el momento de contarse las últimas novedades (que nunca eran muchas porque habían hablado por teléfono la noche anterior) o de repasar algún tema del día.

Pero esta vez, Carolina estaba llegando demasiado tarde y Melisa decidió irse. ¿Qué podría haberle pasado? ¿Estaría enferma? Nunca tenía que esperarla; siempre era ella la que se demoraba. ¡Ojalá no faltara! Hoy tenían la

prueba de Matemática y no sabía nada. ¡A quién se le ocurre tomar prueba un viernes!

Melisa apuró el paso y cuando solo le faltaba una cuadra para llegar, Carolina la empujó por la espalda.

—Llegué —dijo tratando de recuperar el aire.

—¿Qué te pasó? Creí que no venías.

—No escuché el despertador. Anoche me acosté tardísimo.

—¿Te quedaste estudiando?

—Chateando —corrigió Carolina sin darle mucha importancia.

Pero Melisa sabía que quedarse chateando hasta las mil quinientas solo quería decir una cosa: había encontrado a alguien interesante en el Messenger. A pesar de que estaban llegando tarde, se frenó de golpe y la agarró del brazo. Esto merecía una explicación.

—Perdón... ¿Me perdí algo? —dijo.

—Mmmm... no sé —Carolina se hizo la misteriosa.

—¿Cómo que no sabés? La que estuvo chateando toda la noche fuiste vos.

—No fue toda la noche. Hasta las doce, nada más.

—La hora no importa. Lo que importa es con quién.

—Un flaco —contestó Carolina siguiendo el juego del misterio.

—¿Edad?

—Dice que quince.

—¿Y vos dijiste...?

—Quince, obvio —se agrandó Carolina.

Melisa torció la boca.

—Mintieron los dos —concluyó.

—No sé... Puede ser que él tenga quince. Parecía remaduro.

—¡Dale, Caro! ¿Cómo te vas a dar cuenta de si es remaduro chateando?

—Me pareció por lo que decía —se defendió Carolina.

—¿Y qué decía, si se puede saber?

No confiaba mucho en el criterio de Caro, y casi podía haber jurado que ese pibe la había engañado.

—Me contó lo de los dioses del Olimpo.

Melisa se quedó muda.

—Me estás cargando —le dijo frunciendo el ceño.

—Para nada.

—¡¿Te quedaste hasta las doce de la noche hablando de los dioses del Olimpo?! —Melisa no salía de su asombro.

—Bueno... entre otras cosas. Pero lo de los dioses es súper interesante —se justificó Caro.

—Sí, claro, me imagino... ¿Cuál es el tema para esta noche? ¿La batalla de San Lorenzo?

Carolina se rio.

—Aunque no me creas, estuvo bueno —dijo, y empezó a caminar hacia la escuela con Melisa corriendo atrás.

—Como curso de Historia a distancia, me imagino que sí. ¡Qué manera de perder el tiempo! —Melisa estaba realmente indignada. Así, Carolina nunca se iba a levantar a nadie.

—Bueno... no sé... Anoche estuvo copado. Eso no

quiere decir nada.

—Quiere decir que el chabón es un traga, o que te estuvo tomando el pelo.

Carolina dudó.

—¿Te parece?

—Seguro. Pero no te preocupes, porque después de que lo conozcas a Bruno...

—¿Quién es Bruno? —preguntó Carolina distraída.

—¡El amigo de Gastón, nena! No te conté: anoche me llamó.

—¿Bruno?

—No. Gastón. Dice que Bruno está copado con la idea de conocerte.

—¿Ese es el que va a venir a la fiesta?

—Sí, nena, sí. ¿Dónde tenés la cabeza?

Carolina no tuvo tiempo de contestar. Habían llegado a la puerta de la escuela y se dieron cuenta de que el timbre había sonado hacía rato. Ya todos estaban en los cursos y tuvieron que entrar corriendo.





CAPÍTULO 6

ÉL



La prueba de Historia no fue tan terrible. Con todo lo que había leído en Internet, a Tomás las preguntas le parecieron una tontería. Tuvo tiempo de contestar las suyas y las de Felipe, que el único nombre que había podido retener era el de Cupido, y justo no se lo habían preguntado.

Cuando tocó el timbre de salida, Tomás poco menos que voló con la silla hacia la calle. Él nunca formaba, porque una camioneta especial lo venía a buscar. Generalmente, se entretenía charlando con los compañeros y el chofer lo tenía que esperar; pero hoy, le gritó a Felipe “después te llamo” y salió de prisa, dejando

a su amigo con la boca abierta.

No es que tuviera hambre, lo que tenía eran unas ganas locas de prender su computadora y ver si había algún mensaje de Luciérnaga. Y eso fue lo primero que hizo cuando llegó a su casa. No iba a contestarle, solo quería saber si estaba. Y, claro, no estaba.

Se había olvidado de preguntarle si iba a la escuela a la mañana o a la tarde. Podía ser que fuera a la tarde, entonces recién iba a conectarse a eso de las seis. Faltaba un montón. O a lo mejor iba a la mañana y, como él, todavía estaba almorzando.

Toda la tarde estuvo con la compu prendida, por las dudas. Pero nada.

Podía ser que no se conectara más. Capaz que la había aburrido con lo de los dioses. No, no creía. Bueno, podía ser...

Podía mandarle un mensaje él, y ver qué pasaba. No, era demasiado. Ya bastante con lo que había hecho el día anterior. Ahora, tenía que empezar ella. No la iba a estar persiguiendo. ¡Ni soñando pensaba demostrarle algún interés!

Recién a las siete de la tarde, apareció en la pantalla el nombre de Luciérnaga. Tomás se abalanzó sobre la computadora, chocando una rueda contra el escritorio: se cayó el tarro de los lápices, el vaso de la leche que había quedado ahí y el libro que estaba en el borde.

—¡Tomás! ¿Qué estás haciendo? —gritó su mamá desde la cocina.

Pero Tomás no le contestó, estaba leyendo el mensaje

de Luciémaga que le preguntaba cómo le había ido en la prueba.

Luciémaga dice:

Xq t gustan tanto los dioses del Olimpo?

Gusano Empantanado dice:

No sé. Vos siempre preguntás el xq d todo?

Luciémaga dice:

No. Pero es raro.

Gusano Empantanado dice:

No sé. Tuve q estudiar eso y me copó.

Luciémaga dice:

Vos sos medio traga, no?



La pregunta lo sorprendió. ¿De dónde había sacado eso?

Gusano Empantanado dice:

Traga yo?... La patinaste feo.

Luciémaga dice:

Parecés.

Gusano Empantanado dice:

Gracias.

Luciémaga dice:

No t enojés. Pero sos la única persona q

conozco q sabe algo sobre esos dioses.

Gusano Empantanado dice:

Y eso me hace traga?

Luciémaga dice:

Bueno... raro...

Gusano Empantanado dice:

Raro soy. Un poco. Un 50%, digamos.

Siempre era raro. Siempre era “el raro”. Ya se había acostumbrado a que todos lo miraran cuando entraba a algún lugar con la silla, o a que lo esquivaran, o a que lo quisieran ayudar a abrir la mochila, por ejemplo, cuando él no tenía ningún problema con las manos. Era “el raro”. Lo tenía asumido. Pero a través de la computadora era difícil darse cuenta. Nadie se lo había dicho, hasta hoy. Chateando podía ser igual a cualquier otro.

Luciémaga dice:

Q kiere dcir q sos raro un 50%?

Gusano Empantanado dice:

No importa. Ya t vas a dar cta.

Luciémaga dice:

Y el 50% normal q hace?

Gusano Empantanado dice:

Chatea.

Luciémaga dice:

Y además?

Gusano Empantanado dice:

Chatea. Xq no hablamos d vos?

Se había cansado de contestar, y por otro lado, no quería entrar en detalles. Pero Luciémaga era insistente.

Luciémaga dice:

Xq estamos hablando d vos. Q hacés?

Gusano Empantanado dice:

Nunca t das x vencida, no?

Luciémaga dice:

No.

Gusano Empantanado dice:

Yo tampoco. Tenemos algo en común.

Luciémaga dice:

No cambies d tema. Q hacés?

Gusano Empantanado dice:

Voy a la escuela. Chateo. Juego al básquet.

Chateo. Juego a los jueguitos. Miro tele.

Chateo. Duermo. Como ca...

Luciémaga dice:

No sigas!



¡¡¡Bien!!! La había desactivado.

Gusano Empantanado dice:
Vos querías saber.

Luciémaga dice:
T gusta el básquet?

Gusano Empantanado dice:
Es lo mejor d mi vida.

Era totalmente cierto. Por fin una pregunta fácil de contestar.

Luciémaga dice:

Y el fútbol?



Gusano Empantanado dice:
Poco.

Era obvio. El fútbol, solo para verlo por tele.

Luciémaga dice:

Me alegre. Odio el fútbol.

Gusano Empantanado dice:
Sos una mujer típica.

Luciémaga dice:

No soy típica! Yo también tengo mis rarezas.

Gusano Empantanado dice:
Xej?

“Capaz que ella también está en silla de ruedas”, pensó Tomás.

Luciémaga dice:

Me gusta leer.

“Esta piba sí que no sabe lo que es ser raro”, pensó.

Gusano Empantanado dice:

Y eso es raro?

Luciémaga dice:

Mis amigas se burlan d mí.

Gusano Empantanado dice:

Tus amigas son unas idiotas.

Luciémaga dice:

Sí, no?... Vos también leés?

¡Vuelta a las preguntas!

Gusano Empantanado dice:

No mucho. Más bien, poco. Muy poco. No, no leo.

Luciémaga dice:

Entonces vos también t vas a reír d mí.

Gusano Empantanado dice:

Para nada.

Luciémaga dice:

Lo prometés?

Gusano Empantanado dice:

Lo prometo



Luciémaga dice:

T gusta ir a bailar?

Tomás se quedó callado. Claro que le gustaba, como a todos. O mejor dicho, le hubiera gustado. De hecho había ido a algunas fiestas con sus compañeros de escuela e incluso a otras organizadas en el club y... bueno... sí, bailaban... sentados, claro. Pero estaba seguro de que Luciémaga no se refería a eso. Mejor contestarle que...

Un nuevo mensaje llegó.

Luciémaga dice:

Hola!!!!!!!!!!!! T pregunté algo...

Gusano Empantanado dice:

Taba pensando la respuesta.

Luciémaga dice:

No es tan difícil. T gusta?

Gusano Empantanado dice:

Sí.

Luciémaga dice:

Adónde vas?

Gusano Empantanado dice:

Dije q me gustaba, no q fuera.

Luciémaga dice:

Bueno... es lo mismo.

Gusano Empantanado dice:

No siempre.

Luciémaga dice:

No t entiendo.



A Tomás la conversación se le estaba poniendo difícil. No quería seguir contestando preguntas, y mucho menos, dando explicaciones.

Gusano Empantanado dice:

No importa. Me tengo q ir a estudiar.

Luciémaga dice:

Sos un traga! Sos un traga!



Gusano Empantanado dice:

No tengo más ganas d hablar. Chau.

Retiró su silla de la compu, pero no la apagó. Se quedó mirando la pantalla. Estaba enojado, con Luciémaga por preguntar, y con él mismo, por no saber qué contestar. ¿Le debiera haber dicho?...

Un nuevo mensaje de ella llegó.

Luciémaga dice:

Gusano... Oye gusano, sigues ahí????????????...
tás enojado?



No me vas a contestar, no?... Bueno, como
toy segura d q tas leyendo esto, t digo
q mañana a la noche hay 1 fiesta en mi
escuela, así q no voy a estar para chatear.

Buena señal: si le avisaba que no se iba a conectar, era
porque no se había enojado por su salida violenta.

Luciémaga dice:

T fuiste????????????

Tomás estaba por contestar que no, cuando llegó un
mensaje que lo sorprendió.

Luciémaga dice:

Se me acaba de ocurrir. Kerés venir a la fiesta?...

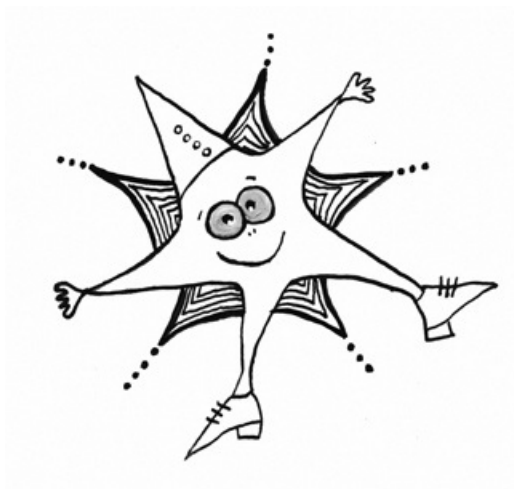
Toy segura d qu si venís, nos vamos a
reconocer aunq no nos conozcamos.

No pensás lo mismo?

Bueno, Gusano mudo, anotó la dirección.

Tomás dudó. Mejor olvidarse del tema. No tenía ningún
sentido ir a esa fiesta y dejar que ella lo viera. Pero
también podía ser una buena oportunidad para conocerla.
Perfectamente, podía verla sin decir que él era él, o sea,
sin que ella descubriera que estaba en silla de ruedas.

Hasta podía ser divertido descubrir a Luciérnaga entre otro montón de chicas. Era un desafío, y los desafíos le gustaban. Anotó la dirección de la escuela y llamó a Felipe.



CAPÍTULO 7

ELLA

Carolina escribió la dirección de la escuela, la hora de la fiesta y se despidió hasta el día siguiente. Todavía se quedó unos minutos más, esperando que llegara alguna respuesta, pero la pantalla seguía en blanco.

Apagó todo. Su mamá hacía rato que la llamaba para poner la mesa. Bajó de mal humor, porque odiaba poner la mesa, y porque había perdido todo contacto con el Gusano. Encima, tuvo que aguantar el conocido sermón sobre el uso excesivo de la computadora y la falta de colaboración en las tareas de la casa, tema que siempre aparecía, no importaba de qué se estuviera hablando.

Ayudó a su mamá a lavar los platos, para demostrar que el sermón había dado resultado, y después se encerró en su cuarto.

No pudo resistir la tentación de volver a conectarse, para ver si el Gusano andaba por ahí, pero no estaba.

Se metió en la cama, mufada. No sabía qué había dicho de malo, pero algo había sido, porque el Gusano no quiso seguir chateando. Lo había arruinado para siempre. Ahora ya no...

¡¡¡¿Y si el Gusano iba a la fiesta?!!! Se sentó en la cama como un resorte. ¡A lo mejor iba! La mufa se le fue de golpe. ¿Cómo sería? Nunca se había puesto a imaginar qué aspecto tendría. ¿Alto, bajo, flaco, gordo, rubio, morocho? Ojos... ¿tendría ojos? ¿Tendría quince como había dicho? ¿Y si tenía once?... No, ninguno de once hablaba así, y además si tenía once, no se iba a animar a aparecer. ¡Entonces se iba a quedar con la duda! Si no iba, podría ser porque no había leído el mensaje, o porque no tenía ganas de conocerla, o porque tenía otros planes o... ¡porque tenía once! ¿Y si iba y no lo reconocía?... No podía andar por la fiesta preguntándole a todo el mundo si le gustaban los dioses del Olimpo para saber cuál era. ¡Ah!... Además estaba Bruno, cierto. Bueno, ese era y no era un problema, porque, suponiendo que ella reconociera al Gusano, y él a ella, si no le gustaba, podía decirle que estaba con Bruno, y a otra cosa; y si le gustaba... Si le gustaba, ¿qué iba a hacer con Bruno? Melisa la mataba si no le daba bolilla. Bueno, ya encontraría la forma de deshacerse de él. ¡¡¡¿Y si le gustaban los dos?!!! ¡Guau!

Nunca había estado en una situación como esa. Mejor le pedía consejo a Melisa. Ella tenía mucha experiencia en casos complicados.

Carolina se revolcaba en la cama, y las ideas, en su cabeza. La última vez que miró el reloj eran casi las tres de la mañana. Si no lograba dormirse de una vez, al día siguiente iba a tener unas ojeras terribles. Apretó los ojos con fuerza y, en algún momento, el sueño llegó.

Soñó que estaba en la fiesta, bailando con Bruno, y venía Melisa, y le daba un sándwich. Cuando ella le pegaba el primer mordiscón, el sándwich gritaba, pero ella no se asustaba para nada. Con toda tranquilidad, abría el pan, y adentro había un gusano horrible con cara de persona. Pero ella tampoco se asustaba, porque el gusano le decía: “¿Viste que vine?”; y antes de que le pudiera contestar, Bruno decía: “Si te vas a pasar la noche hablando con un gusano, yo me voy”. Y se iba, y Melisa, que ahora estaba adentro del sándwich le gritaba: “¡Mirá lo que hiciste!”. Entonces ella buscaba al gusano, pero el gusano había desaparecido... Entonces, se despertó.

Trató de recordar la cara de Bruno, y también la del gusano, pero no pudo. Era una lástima, eso podía haberle resultado muy útil para el día siguiente. Se volvió a dormir, pensando que nunca más iba a volver a comer un sándwich en su vida.



CAPÍTULO 8

ÉL



—@spero que lo que tengas que decirme justifique que me hayas hecho venir hasta acá —dijo Felipe, cuando Tomás le abrió la puerta.

—Vamos a los jueguitos —fue toda la respuesta de Tomás.

—¿Me hiciste venir para ir a los jueguitos?

—Pensé que te gustaría sacarme a ventilar un rato.

Felipe abrió los ojos, asombrado. A veces, Tomás realmente se aprovechaba de su parálisis.

—¡No, nabo! —se rio Tomás, viendo la cara de desconcierto de Felipe—. Te pedí que vinieras por otra cosa, pero ya que estamos, vamos a los jueguitos así salgo un cacho, y de paso te cuento por el camino.

—Todo bien, ¿no? ¿Pero no me lo podías contar por teléfono?

—No. Quería ver qué cara ponías.

Tomás le pegó un grito a su mamá, avisándole que se iba y volvía en una hora, mientras Felipe llamaba al ascensor.

Antes, siempre bajaban jugando carreras. Tomás, por el ascensor y Felipe, por la escalera. Ganaba el que llegaba primero a la puerta de calle. Habían establecido reglas. Salían los dos al mismo tiempo y, como el ascensor bajaba más rápido, al llegar, Tomás tenía que cerrar las puertas para darle a Felipe la chance de ganar alguna vez. Si dejaba las puertas abiertas, no valía, aunque llegara primero. Como ganaban alternativamente uno u otro, la competencia terminó aburriéndolos, así que lo que últimamente habían empezado a hacer era superar su propio récord de tiempo. Habían llegado a velocidades increíbles, cuando tuvieron que suspender la competencia. Tomás, un día, se había llevado por delante a la gorda del séptimo, que había caído sentada, con tan mala suerte que Felipe, que venía bajando a toda velocidad, se la había tragado antes de poder frenar.

Aunque los chicos habían pedido disculpas, la gorda había armado un escándalo y mandado una carta al consorcio, donde decía que la silla de ruedas era un “vehículo peligroso”, y que no había que permitir su entrada al edificio.

Por supuesto, nadie le había hecho caso, pero a Tomás, sus papás le habían prohibido terminantemente jugar

carreras dentro del edificio, a riesgo de no dejarlo salir solo nunca más.

Así que, esta vez, bajaron como gente civilizada y salieron a la calle. A veces, si estaban apurados, Felipe empujaba la silla, pero hoy, el asunto parecía lo suficientemente interesante como para ir charlando uno al lado del otro.

—Bueno, ¿qué pasó? —quiso saber Felipe, ni bien se pusieron en marcha.

—¿Qué tenés que hacer mañana a la noche? —preguntó Tomás.

—Nada, no sé... Todavía no hablé con los pibes. ¿Me vas a contar lo que pasó?

—Te lo estoy contando.

—No, me estás preguntando, y si me estás preguntando quiere decir que yo sé, y que vos no sabés; pero el caso es que yo no sé, así que no entiendo para qué me preguntás, cuando el que me tiene que contar sos vos.

—¡Pará de decir pavadas, chabón!

—Y vos, pará de hacerte el misterioso.

—Está bien, está bien. Tenemos una fiesta.

—¿“Tenemos”? ¿Quién tiene?

—Tenemos. Primera persona del plural. Nosotros tenemos.

—¿Nosotros tenemos una fiesta? ¿En tu club?

—No, no tengas miedo. Es una fiesta normal.

—¿Y quién nos invitó, si se puede saber?

—A vos nadie, o mejor dicho, a vos te estoy invitando yo.

—¿Y a vos?

—Una mina.

Ahí Felipe se entusiasmó.

—Pará, pará... ¿Una mina de dónde? ¿De la escuela?

—Si hubiera sido una mina de la escuela, también te hubiera invitado a vos. —Tomás seguía dando vueltas.

—Pará. ¿Dónde conociste una mina? ¿O mejor dicho, cuándo?

—Yo conozco minas todo el tiempo. Que me den bola es otra cosa —se rio Tomás.

—Está bien. ¿Qué mina te dio bola?

—Luciérnaga.

—¡¡¡¿Quién?!!! —Felipe no se acordaba, ni remotamente, de ese nombre.

—Luciérnaga. La que estaba chateando conmigo la noche que estudiamos Historia.

—Me encantaría conocerla. Todavía le tengo que agradecer el cuatro que me pusieron.

—El cuatro te lo pusieron por burro. Estoy seguro de que ella aprendió mucho más que vos sobre los dioses del Olimpo.

—Sobre “el dios del Olimpo”, querrás decir —se burló Felipe—. Bueno, ¿y qué?... ¿La viste?

—No, para nada.

—¿Y cómo te invitó a una fiesta?

—Chateando.

Tomás le contó a Felipe con lujo de detalles la conversación con Carolina que, para él, era tan solo Luciérnaga. Le dijo que ella lo había desafiado,

suponiendo que él no iba a ir, pero que él pensaba ir igual para ver si la reconocía, aunque de todas formas, todavía no le había confirmado nada.

Felipe se quedó pensativo y no contestó. Tomás lo miró de reojo y adivinó lo que estaba pensando.

—No. No le dije lo de la silla de ruedas.

—Lo suponía —contestó Felipe muy serio—. Le tendrías que decir...

—Ni pienso.

—¿Se lo pensás decir cuando la veas?

—Bueno, realmente, no creo que cuando la vea necesite decírselo. Te apuesto a que se da cuenta sola —bromeó Tomás.

—¡Ya sabés lo que te quiero decir, chabón! —se enojó Felipe. No le parecía que el tema diera para bromas.

—Es que vos sabés cómo es... Si le digo eso, la mina me corta el rostro.

—Y cuando te vea, te lo va a cortar igual. ¿Qué diferencia hay?

—Que yo no pienso darme a conocer. Quiero ir para ver cómo es, nada más.

—¿Y si está buena?...

—Qué se yo... No sé... No lo pensé.

—Igual, no creo que esté buena. Si le interesan los dioses del Olimpo...

Tomás se rio.

—Lo mismo debe pensar ella de mí —dijo—. Es más: me trató de traga.

—Eso es una incógnita, ¿ves? ¿Qué es peor: ser traga

o paralítico?

Tomás le tiró la silla encima, y Felipe la esquivó riéndose.

—No sé... —dijo Tomás poniéndose serio de repente—. De última, puede ser divertido ir a bailar entre normales.

—No te olvides que vas conmigo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que muy normal no soy.

—Eso es cierto —se rio Tomás, pero volvió sobre el tema—. Es como una apuesta, ¿entendés?

—No, no entiendo nada, pero si querés ir a bailar, yo te hago la gamba —dijo Felipe entrando al video. Sabía que discutir con Tomás era inútil. Iba a terminar haciendo lo que se le diera la gana.

—¡Me hacés la gamba, cararrotá! —lo siguió Tomás a los gritos para superar el ruido de las maquinitas—. ¡Como si tuvieras una fiesta todos los fines de semana! ¡Yo te estoy haciendo la gamba a vos! ¿A quién invitaron, después de todo? Vos vas a ir de colado.

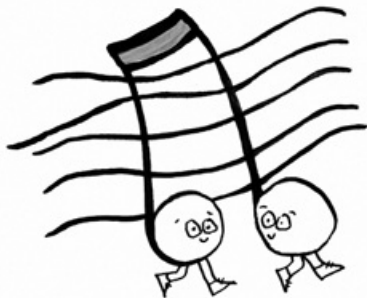
El ruido de los videos apagó la voz de Tomás. Estuvieron en los jueguitos hasta que se quedaron sin una moneda. La cosa estaba decidida. Al día siguiente irían a la fiesta de la escuela. Felipe pensaba en la posibilidad de conocer nuevas chicas. Las del curso ya lo aburrían bastante con esos aires de “mujer supermadura” que tenían. Capaz que el “Cuatro por cuatro” (así lo llamaba a Tomás) le terminaba consiguiendo algo potable.

Pero Tomás no estaba muy contento con la reacción de su amigo. Esperaba que se entusiasmara más, que la

idea de la fiesta le pareciera copada. Sus “sanos consejos” lo molestaron. Después de todo, las cosas que le había dicho, él ya las había pensado. Para dudas, ya bastante tenía con las suyas.

Esa noche, no pudo dejar de pensar en Luciérnaga, o mejor dicho, de tratar de imaginarse a Luciérnaga. ¿Y si era una de once?... ¡Qué estúpido! Si era una de once, no lo hubiera invitado... Aunque capaz, ella también quería que fuera para saber cómo era, y no pensaba darse a conocer... Eso, si en el mejor de los casos se reconocían. A lo mejor todo esto había sido un error. Tendría que haber seguido chateando y nada más. El final ya lo sabía, siempre era el mismo.

Aunque Tomás se resistiera a aceptarlo, en el fondo, tenía la esperanza de que ella lo reconociera... y no le importara.



CAPÍTULO 9

ELLA

Melisa llegó a la fiesta con Bruno y con Gastón. Media hora después, Carolina todavía no había aparecido. La quería matar; primero, porque había plantado a Bruno, y segundo, porque hasta que Carolina no llegara, ella no podía estar a solas con Gastón. Para colmo, en cuanto Jéssica la vio con dos chicos desconocidos, se acercó a saludarla como si fueran amigas de toda la vida. Por suerte se la pudo sacar de encima sin que lograra lo que estaba buscando: que se los presentara.

Gastón, aburrido de esperar, se fue a hablar con el disc-jockey y Melisa se quedó sola con Bruno. Estaba nerviosa

y, seguramente, Bruno se dio cuenta:

—Si tu amiga no viene, está todo bien —le dijo—. Hay muchas minitas.

“Ese es justamente el problema”, pensó Melisa.

—Viene seguro —contestó—. Lo que pasa es que es medio colgada, ¿viste? Siempre llega tarde a todos lados.

Tal vez no fuera una buena defensa, pero lo importante era que él no lo tomara como algo personal.

Bruno no contestó. Miraba para todos lados, mientras seguía el ritmo de la música golpeando con las manos sobre las piernas.

De pronto, Melisa vio que el auto del papá de Caro estacionaba en la puerta.

—¡Ahí está! —gritó, y corrió a buscarla.

—¿Qué te pasó? —le dijo agarrándola del brazo.

—Nada, después te cuento —contestó Caro.

Melisa no preguntó más. No era cuestión de quedarse charlando y dejar a Bruno colgado. Sin soltarla, la arrastró hasta él, e hizo las presentaciones del caso.

—Caro, Bruno... Bruno, Caro —dijo con una sonrisa de triunfo. Por fin había llegado el momento esperado.

Pero Carolina, sin siquiera mirarlo, lo saludó con absoluta indiferencia.

—Hola.

—Hola —respondió Bruno un tanto descolocado.

Melisa también estaba confundida. Jamás se había imaginado así este momento.

Se produjo un silencio. Bruno quedó como esperando algo; Carolina mirando para todos lados, completamente

distraída; y Melisa entre los dos, segura de que tenía que hacer algo urgente si quería que sus planes no fracasaran antes de empezar.

—Ella es mi amiga —le dijo estúpidamente a Bruno.

—Caro —contestó Bruno.

—Sí, Caro.

—Acabás de presentármela —dijo Bruno, provocando en Melisa el más profundo deseo de que la tierra se la tragara.

—Sí, claro. Qué tonta... —se rio, como si hubiera hecho un gran chiste.

Carolina no se dio por enterada, y Bruno, caballerosamente, respondió con una sonrisa y siguió tocando la batería en el aire.

Ese gesto le dio a Melisa tema de conversación.

—El “D. J.” está copado ¿viste? —le comentó, poniéndose, ella misma, a seguir el ritmo de la música con las manos.

—Está bueno, sí —contestó Bruno sin darle demasiada importancia.

Un nuevo silencio. Melisa espió a Caro con el costado del ojo: seguía mirando para todos lados, completamente ajena a lo que estaba pasando. ¿Dónde se habría metido Gastón? Al menos, si estuviera ahí, podría ayudarla. De pronto, se le ocurrió otro tema.

—Bruno juega al *rugby*, ¿te lo dije? —le preguntó a Caro, tironéandole con disimulo la pollera y poniendo un significativo énfasis en la frase, que no quería decir otra cosa que “dale bolilla, por favor te lo pido”.

Pero Caro estaba en otro mundo. Todo lo que logró fue que le contestara:

—Ah...

Si le hubiera dicho que Bruno tenía tres ojos, o que acababa de llegar de Marte, le habría contestado lo mismo: “Ah...”. Ni siquiera la había escuchado.

Pero Bruno sí, picó el anzuelo. Melu había tenido la intuición de tocar el tema que a él más le interesaba en el mundo: el *rugby*.

—Estoy en el equipo de la escuela —explicó, no se sabía muy bien a quién, porque era clarísimo que Caro no lo escuchaba—. Mañana tenemos partido. Se supone que debería acostarme temprano...

Dijo esto con una sonrisita sobradora, canchera, tratando de impresionar a las chicas, pero como Caro estaba “inimpresionable”, Melu se hizo cargo de impresionarse por las dos.

—¡Qué lástima! —dijo exageradamente, codeando con disimulo a su amiga para que volviera al mundo de los vivos.

—En realidad, no —contestó Bruno al lamento de Melu—. Yo nunca le doy bolilla a esas cosas. Si estás bien entrenado, rendís igual —canchereó—. Mirá, en el último partido, yo me había acostado como a las seis de la mañana. Dormí dos horas. Nada. ¡Y marqué como cinco *tries*!

—¡Guau! —exclamó Melisa, segura de que cinco *tries* debían ser un montón, y que correspondía asombrarse—. ¡Qué impresionante!, ¿noooo?...

El “¿nooooo?” iba dirigido directamente a Caro. Casi se lo dijo en la oreja. Le faltó sacudirla. Y lo logró. Carolina reaccionó.

— Sí —dijo. Y nada más.

Pero Bruno parecía no darse cuenta de la falta de interés de Carolina en la conversación, porque siguió adelante, obligando a Melisa a tratar de atenderlo y parecer interesada.

—Es que entreno todos los días —explicó.

—¿Y no te cansás? —Las respuestas de Melisa parecían de jardín de infantes.

—¿A qué llamás “cansarse”? —Bruno era una máquina de mandarse la parte, aunque era claro que a nadie le interesaba lo que estaba contando.

—No sé... —contestó Melisa—. Yo, cuando voy a gimnasia, vuelvo muerta. ¿No es cierto, Caro?

—¿Qué cosa? —preguntó Carolina distraída, pero esta vez, al menos, había dicho dos palabras seguidas.

—Que la gimnasia cansa —dijo Melu mirándola con los ojos bien abiertos.

—Sí, la odio.

¡Por fin! Una respuesta coherente, aunque inadecuada. Si a él le gustaba el *rugby*, ella debería haber dicho que era súper deportista. Melisa trató de salvarla.

—Nosotras también hacemos deporte —di-jo, para ponerse a la altura de las circunstancias.

—Qué copado —contestó Bruno, sin mucho entusiasmo —. ¿Qué juegan? ¿*Hockey*?

Melisa estaba por mentir que sí, pero esta vez Carolina

se le adelantó.

—Baloncesto —dijo.

¡No era el momento de decir la verdad y sacar a relucir un deporte tan poco lucido y desconocido como el baloncesto!

—Buenísimo —contestó Bruno. Y nadie le creyó.

Un nuevo silencio se produjo. “¿Y ahora qué?”, pensaba Melisa a toda velocidad. Pero esta vez, el mismo Bruno la sacó del aprieto.

—Voy a buscar algo para tomar —ofreció—. ¿Quieren?

—Una Coca —dijo Melisa sonriendo.

—Yo también —agregó Caro.

No bien Bruno se alejó dos pasos, Melisa apretó el brazo de Carolina.

—¿No está divino? —dijo, señalándolo.

—Está bueno, sí —aceptó Caro, con la mitad del entusiasmo que su amiga esperaba encontrar—. No habla mucho.

—¡¿Y cómo te iba a hablar si no le diste ni bola?! —Melisa se la quería comer.

—¿No?...

—Por supuesto que no. ¿No te gusta?

—Sí. Ya te dije. Está bueno... medio cancherito, pero está bueno.

Carolina dio esta respuesta automáticamente y otra vez se puso a mirar para todos lados.

—¿Se puede saber a quién buscás? —qui-so saber Melisa.

—A nadie en particular.

—¡Dale, Caro!...

—Nada, es una tontería —dijo Caro, dispuesta a mantener su secreto.

—No importa, contame. A vos te pasa algo —la apuró. Pero inmediatamente se distrajo con otra cosa—. ¡Huy, no! ¡Mirá! La tarada de Jéssica está en la barra, parada justo al lado de Bruno. ¿Qué casualidad, no? Desde que llegó está tratando de que se lo presente.

—¿Y se lo presentaste?

—¡No, nena! ¿Estás loca? Igual, parece que se está presentando sola. Bueno, dale, contame qué pasa antes de que vuelva... o de que Jéssica se lo transe —agregó, mirando mejor.

Carolina se decidió. Sabía que Melisa no la iba a dejar tranquila hasta que se lo dijera.

—¿Te acordás del pibe ese con el que estaba chateando? —le preguntó.

—El dios del Olimpo. Inolvidable.

—Ese —se rio Carolina—. Bueno, lo invité a la fiesta.

—¿Y vino? —se entusiasmó Melisa. Con Bruno o sin Bruno, una cita a ciegas siempre era emocionante.

—No sé. No lo conozco.

—Bueno, pero me imagino que vendrá con algo reconocible. Ese asunto de la flor roja, o algo así.

—No. No quedamos en nada.

—¡¿Y entonces cómo lo vas a encontrar?! —Melisa no podía creer la falta de practicidad de Carolina.

—Porque estoy segura de que si entre nosotros hay una real y verdadera conexión, lo tengo que reconocer. Y él a

mí, claro —explicó Carolina, muy seria.

Melisa suspiró resignada.

—Vos cada día estás más loca.

—Puede ser —aceptó Carolina—. ¿Pero no es emocionante?

—Por el momento lo único emocionante es el bomboncito de Bruno que se está acercando. Si querés mi consejo, olvidate del dios cibernético y dedícate al *rugbier*, que por lo menos es de carne y hueso, y te lo podés transar.

Bruno llegó haciendo equilibrio con las Cocas.

—No vendían alcohol —comentó disgustado.

—Es una escuela, ¿viste? —le contestó Carolina con mala onda.

Melisa la codeó y, otra vez, salió a salvar la situación.

—Sí, eso es un garrón —comentó, aunque jamás en su vida tomaba alcohol—. Bueno, me voy a buscar a Gastón. Nos vemos.

Y echándole una mirada terrible a Carolina, se alejó de ellos y se perdió entre los chicos.

Catástrofe. Carolina y Bruno no tenían nada de qué hablar. Se miraron y se sonrieron uno al otro. Carolina prácticamente se metió adentro de la latita de Coca como para parecer ocupada.

—¿Querés bailar? —propuso Bruno.

—Bueno —dijo Caro, y juntos caminaron hasta la pista, que no era otra cosa que el centro mismo del patio cubierto. Bailaron tres temas, sin decirse una palabra, bajo la mirada atenta de Melisa, de Gastón, y también de

Jéssica, que no les sacaba los ojos de encima. Después, Bruno se fue a buscar otra Coca, y Carolina respiró aliviada.





CAPÍTULO 10

ÉL



El papá de Tomás los dejó en la puerta de la escuela. Después de ayudarlo a sentarse en la silla, les recordó que pasaría a buscarlos a la una, para que lo esperaran en la puerta, y se fue.

Felipe ni siquiera preguntó si tenía que empujar. Había lugares donde era necesario hacerlo, otros donde daba lo mismo y otros donde ni locos se les ocurriría dar esa triste imagen. Este era uno de ellos. Tomás y Felipe no necesitaban aclararlo. Ellos se entendían. Así que, ante la mirada atónita de los chicos que todavía estaban en la calle, Tomás impulsó solo su silla hacia la entrada, avanzando al lado de su amigo.

Pero el trayecto fue demasiado corto: para entrar a la escuela había que subir tres escalones.

—¡Oh, oh! —dijo Felipe—. Estamos en problemas.
Miraron alrededor. No había rampas por ningún lado.

—Dale, subime —dijo Tomás.

Felipe, que ya tenía alguna cancha en esto de subir escalones con la silla, agarró las manijas, la giró y empezó a tirar, caminando, él y la silla, hacia atrás.

Todos los miraron con mayor atención, pero nadie se les acercó. Ellos no hubieran aceptado ayuda, de todas formas.

—Suerte que no es en el primer piso —bromeó Felipe cuando estuvieron arriba.

Se detuvieron frente a la puerta.

—Preparate, porque en cuanto entremos vamos a hacer un desparramo —dijo Tomás.

—No te agrandés, Chacarita, que por ahí no enganchamos nada.

—No lo digo por eso —le contestó Tomás—. Lo digo por mí. Vas a ver cómo todo el mundo me mira.

—Es que sos un rico tipo, chabón —bromeó Felipe—. Bueno, ¿qué hacemos? ¿Empujo o entrás solito?

—Muy gracioso.

Entraron. La música estaba muy fuerte. El juego de luces no permitía ver mucho, pero Tomás sintió como si alguien hubiera prendido un reflector para enfocarlo solo a él. Todas las cabezas se dieron vuelta, todos los ojos lo miraban, todos los codos se codeaban.

A medida que avanzaba, los chicos se apartaban para

dejarlo pasar. La silla era como un bote que se abría camino en aguas turbulentas, dejando a su paso una silenciosa calma.

—Me parece que estamos llamando un poquito la atención —le dijo Tomás a Felipe, casi a los gritos.

—Como siempre. ¿Por qué no firmás autógrafos?

—Nadie me los pide. Capaz que piensan que los paralíticos tampoco podemos escribir.

Tomás y Felipe miraron alrededor. No sabían para dónde ir, ni dónde ponerse.

—Si es difícil encontrar acá a una mina que conocés, encontrar a una que ni siquiera conocés va a ser imposible —dijo Felipe.

—Vos dejame a mí —lo tranquilizó Tomás.

Pero él no estaba nada tranquilo. Felipe tenía razón. ¿Cómo iba a descubrir cuál era Luciérnaga entre tanta gente? Se veía poco, el ruido era infernal, casi todos estaban bailando y moviéndose. Se sintió verdaderamente incómodo. Si no hubiera sido porque no quería que Felipe pensara que era un cobarde, se habría ido en ese mismo momento.

—Vayamos a la barra —propuso Felipe—. Mientras tomamos algo podemos estudiar el panorama.

Lo de “la barra” era una expresión de deseo, porque lo que hacía las veces de tan sofisticado lugar eran solo unos escritorios viejos, que los padres de la Cooperadora habían puesto como mostrador para vender bebidas y panchos.

Bordearon la pista para no molestar a los que estaban

bailando. Los ojos de Tomás eran un periscopio: iban y venían de una chica a otra, de un lado a otro, de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante. Lo único que le faltaba era girar la cabeza ciento ochenta grados. Pero no había nadie parecido a Luciérnaga, al menos a la Luciérnaga que él se había imaginado. Todas las chicas eran iguales.

Felipe le señaló a un pibe que, con su pantalón blanco bien ajustado, bailaba sobre un parlante, mientras a su alrededor, un grupo de chicas festejaba y gritaba.

—A veces me alegro de estar en esta silla —dijo Tomás—. La verdad que poder mover las piernas para hacer esos papelones no parece muy interesante.

—Vos hablás de envidia —bromeó Felipe.

—¿Qué envidia?! ¿Qué envidia?! ¿Querés que me ponga a bailar? Vas a ver cómo todos me miran.

—Vos no necesitás bailar para que te miren.

—Ventajas que da el transporte —dijo Tomás.

Pero lo cierto es que en ese momento odiaba “su transporte”. Podía sentir todos los ojos clavados en la nuca, y hasta podía oír los comentarios. Y no era su imaginación: en verdad, lo miraban con curiosidad pero con disimulo, y realmente, comentaban.

“Yo me la busqué”, pensó Tomás. Pero no por eso se sintió mejor. Si al menos encontrara a Luciérnaga, todo esto tendría un sentido. Pensar en acercarse a cualquier otra chica era imposible. ¿Quién iba a querer charlar con él en medio de una fiesta? Odiaba esa silla, que era como un inmenso cartel que le gritaba a todo el mundo que él no

era como los demás. Si hubiera estado sentado en una silla normal, nadie lo habría mirado, y hasta habrían hablado con él. La silla era el problema. Ni siquiera le molestaba no poder bailar, porque de hecho, bien que podía hacerlo con silla y todo; lo que le molestaba era “que se dieran cuenta” de que no podía bailar.

Cuando estaban llegando a “la barra”, unos chicos se apartaron para que se pudieran acercar. Uno de ellos corrió a una chica agarrándola del brazo porque, como estaba de espaldas, no los había visto venir. La chica retrocedió, pero justo hacia la silla, de tal forma que se tropezó con la rueda, y antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, se cayó sentada arriba de Tomás. Los que estaban alrededor no sabían si reírse o ayudarla a incorporarse. En otro caso hubiera estallado una carcajada, pero habiendo una silla de ruedas de por medio, no estaban muy seguros de si estaba bien reírse. Solo Felipe lo hizo, pero se contuvo al instante al ver la cara de circunstancias de los demás.

Tomás, muy divertido, miró a la chica y le dijo:

—¿Bailamos?

La chica no atinó a emitir sonido. Lo miró, abrió la boca para contestar, y antes de que le saliera una palabra, salió corriendo. Tomás se encogió de hombros.

—Las tengo muertas —bromeó—. ¿Viste como se me tiran encima?

—Si era la Luciérnaga, se te escapó volando —dijo Felipe.

Tomás la miró a lo lejos.

—No —dijo—. No puede ser. Esa tiene la luz apagada.

Felipe con cara de “¡cuántas estupideces juntas!”, le alcanzó su gaseosa y pagó.

Mientras tomaban, aprovecharon para hacer un estudio de mercado de las chicas que tenían cerca.

—No está mal —evaluó Felipe—. Mirá aquella de la mini negra...

Felipe había visto a Jéssica.

—Está fuerte.

—Está re-fuerte.

—Bueno... dale... ¿qué estás esperando?

—Hay tiempo... Recién llegamos...

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Estoy terminando la Coca.

—Sos un cobarde —se burló Tomás—. A las minas tenés que encararlas; si te vas a pasar la noche tomando Coca... como yo... Bueno... como yo no, porque a mí se me tiran encima, ya viste.

—Vos dejame a mí, que yo tengo mis métodos.

—Sí, ya veo lo efectivos que son —se rio Tomás, viendo como Jéssica se iba a bailar con otro pibe.

—Vos dejame. Ya vas a ver...

Y diciendo esto, Felipe lo dejó solo para ir a mezclarse con los demás, al medio de la pista.

Desde lejos, Tomás se divertía viendo cómo su amigo trataba de acercarse a la chica de la mini negra, y cómo ella se alejaba una y otra vez, sin siquiera registrarlo.

Cuando terminó su Coca, decidió que había llegado el momento de comenzar su propia búsqueda, y tratando de

no volver a chocar a nadie, también se mezcló entre los demás, perdiendo de vista a Felipe.



CAPÍTULO 11

ELLA

*M*elisa buscaba desesperadamente a Carolina. Había visto a Bruno bailando con Jéssica, y no podía entender qué era lo que había pasado.

La encontró sentada en la escalera que llevaba al primer piso, todavía con la lata en la mano.

—¿Y Bruno?! —le preguntó.

—Allá está. Bailando con Jéssica —dijo Carolina tranquilamente.

—Sí, ya lo vi. Lo que te pregunto es qué pasó.

—Ah... nada... Le dije que estaba cansada y me vine a sentar.

Melisa resopló. Esto no estaba funcionando, y Carolina no se la hacía nada fácil.

—Tenemos que hacer algo para recuperarlo —dijo.

—Envenenar a Jéssica estaría bien —se rio Caro.

—Me encantaría, pero estaba pensando en algo menos complicado.

—Quebrarle una pierna —sugirió Caro-lina que, evidentemente, gozaba del más negro de los humores.

Melisa se rio.

—No nos conviene —dijo—. Jéssica estaría encantada de ser el centro de la fiesta. El único que puede rescatar a Bruno es Gastón. ¡Eso! Lo busco y le digo que vayamos los cuatro afuera a tomar aire.

—Es un programa súper divertido —se burló Carolina—. Pero tiene sus riesgos: Jéssica por ahí se quiere transar a los dos al mismo tiempo.

Melisa se rio y se levantó para ir a buscar a Gastón, pero ni bien dio dos pasos, volvió junto a Carolina.

—¿Lo viste? —le preguntó.

—Está bailando con Jéssica —contestó Caro—. ¿Empezamos de nuevo?

—A Bruno, no —aclaró Melisa—. Al pibe aquel, en silla de ruedas.

—No, ¿dónde?

—Allá —señaló Melisa.

Caro se incorporó para ver mejor, pero Melisa la sentó de un tirón en el brazo.

—¡Disimulá, nena! No quiero que me vea.

—¿Por?

—¡Me lo acabo de llevar puesto!

—¿Que qué?

—Que me lo llevé por delante. No lo había visto. Un papelón.

—¿Y el flaco qué te dijo?

—Si quería bailar.

Carolina se rio.

—No es gracioso —dijo Melisa—. Qué idiota, ¿no? ¿Cómo va a venir a bailar?

—Qué sé yo. Le gustará escuchar música... andá a saber —trató de encontrar una explicación Carolina—. Mientras no sea sordo, también...

—¡Ay! ¡No seas bestia, nena! —la retó Melisa, consciente de que no tenía que reírse de la desgracia ajena.

Carolina volvió a estirarse para ver.

—¡Pará! ¡No mires! A ver si viene para acá...

—No tiene lepra —comentó Caro.

—Ya lo sé... Pero... no sé... Me da un poco de impresión...

Melisa se paró de golpe.

—Bueno, voy a buscar a Gastón antes de que Jéssica se transe a Bruno —dijo, y salió corriendo hacia la barra, dando un gran rodeo, para no tener que cruzarse con el de la silla de ruedas.

Carolina se quedó sentada en la escalera, mirando alternativamente a Melisa; a Bruno, que hablaba hasta por los codos con Jéssica; y al chico de la silla de ruedas, que le llamaba poderosamente la atención.

Volvió a echar una mirada sobre los otros chicos. Tal vez uno de ellos fuera el Gusano, pero era claro que no podía reconocerlo. Sabía que si lo hubiera visto, su corazón habría pegado un salto. Pero hasta el momento, el pobre corazón seguía latiendo tranquilo, y más que tranquilo, aburrido. Ningún salto en señal de peligro. Además, todos parecían muy entretenidos. Si el Gusano estuviera ahí, andaría solo y buscando, como ella; y no charlando y bailando, como los demás. No, seguramente no había venido.

Pensó que había sido muy tonta al ilusionarse así. Existía una posibilidad en un millón de que el Gusano aceptara la invitación. Además... ¿no había dicho que nunca iba a bailar? Entonces, seguro que no iba a venir. Un momento: ¿había dicho que nunca iba a bailar?...

Vio a Gastón acercándose a Bruno.

“No creo que Jéssica lo suelte”, pensó.

Y se quedó sentada en la escalera, jugueteando con la lata de Coca, esperando que se definiera su destino.





CAPÍTULO 12

ÉL



Tomás miraba y miraba a las chicas, pero la verdad es que ninguna tenía cara de Luciérnaga.

“Si sigo mirando así, alguien me va a meter una piña”, pensó. “A ver... tengo que organizarme. ¿Busco entre las rubias o entre las morochas? ¿Entre las flacas o entre las gorditas? ¿Entre las altas o entre las bajas? ¿Rubias flacas y altas? ¿O rubias flacas, enanas?”.

Difícil decidirlo. Mejor buscar entre todas. Se armó un plan de acción sistemático para no pasar nada por alto: primero, buscar en la barra (paso que ya había cumplido); después, sobre la pared donde estaban los baños; después por la pared opuesta; seguía pista de baile y finalmente, escalera. Eso cubría todos los lugares posibles

donde podía haber gente. Para el final, en caso de no haberla encontrado, dejaría la calle. Muchos prefieren reunirse ahí a charlar en vez de estar bailando, y tal vez Luciérnaga fuera una de ellos. En algún lugar la iba a encontrar. Tenía una ventaja: sabía que Luciérnaga estaba en la fiesta. Seguro. No existía la posibilidad de que no hubiera venido. Podría haberse enfermado, o algo así, es cierto, pero en ese caso le habría avisado, y no lo había hecho. Así que su única duda era saber si la podría reconocer, ya que descartaba de plano que ella pudiera reconocerlo a él. Es más, si ella llegaba a reconocerlo, se moría.

Con paciencia, algo a lo que estaba acostumbrado, empezó su tarea.

El recorrido por los baños dio negativo. Era un lugar de paso, en el que no era muy cómodo quedarse parado (o sentado) mirando cómo la gente entraba y salía: los chicos de a uno, las chicas de a cinco y hablando a los gritos. Esa era la parte divertida: podía escuchar parte de las conversaciones de las chicas, que siempre se referían a los chicos, porque dada su condición de “no caminante”, ellas no se callaban cuando pasaban a su lado. Pero después de un rato, se sintió incómodo. ¿Qué podía estar haciendo alguien ahí, si no era porque quería usar “las instalaciones”? Cuando uno de los chicos le preguntó si necesitaba ayuda para ir al baño, se terminó de convencer de que estaba haciendo el ridículo, y pasó a la próxima etapa: la pared de enfrente.

Ese era un lugar poco interesante, al menos para lo que

él estaba buscando. Había solo algunas parejas que, aprovechando la oscuridad de ese sector, se dedicaban a transar discretamente. No había chicas solas, así que ninguna podía ser Luciérnaga.

¿Ninguna podía ser Luciérnaga?! Lo asaltó una duda: ella no le había dicho si tenía novio. ¿Y si estaba con un pibe? Descartó la idea. De ser así, difícilmente lo hubiera invitado. Aunque con las chicas, uno nunca sabe.

Se tranquilizó al pensar que él sólo quería verla, que no se iba a dar a conocer. Eso al menos le evitaría el papelón de decir: “Hola, yo soy el Gusano”, para que ella le contestara: “Y él es mi novio”. Aun así, ninguna de las chicas de ese sector tenía cara de Luciérnaga.

Pasó a la pista de baile. La cosa ahí se complicaba. Trató de rodearla por fuera, ya que si se metía con la silla por el medio, iba a provocar un desastre. Estuvo un rato largo mirando a las chicas una por una. Era un buen lugar para encontrarla. En un momento o en otro, todas iban a bailar.

Si hubiera estado un poco menos preocupado por descubrir a Luciérnaga, habría disfrutado más de la situación. Felipe tenía razón: había chicas muy lindas. Se divirtió un rato viendo cómo su amigo seguía dando vueltas alrededor de la de mini negra, sin lograr, de parte de ella, ni siquiera una mirada. La chica parecía muy interesada en el grandote con el que estaba bailando. Pero Felipe era un cabezón. No iba a bailar con ninguna otra hasta que esa le diera bolilla. Estaba de “cacería”, como él decía, y por el momento, la liebre se le escapaba. Lo saludó de lejos, y

Felipe se acercó, sin dejar de bailar.

—¿Y? —preguntó sin perder de vista a Jéssica.

—Negativo —contestó Tomás—. Por suerte a vos te está yendo bárbaro —se rio.

—Todavía falta mucho para que esto termine. Ya vas a ver que lo consigo.

—Apostemos —dijo Tomás—. Vamos a ver quién lo logra primero.

—Por la Coca.

—Por la Coca.

Chocaron las manos y Felipe volvió al centro de la pista, mientras Tomás enfilaba hacia su próximo objetivo: la escalera.

CAPÍTULO 13

ELLA

Mientras esperaba que Melisa volviera con novedades, Carolina, cansada de buscar con la mirada al bendito Gusano, se puso a jugar con la lata de Coca.

Se sentía horrible. Todo le había salido mal y solo ella tenía la culpa. Había citado a ese estúpido por Internet, creyendo que no podría resistirse a conocerla y, por lo visto, se había resistido muy bien. Ahora, ella estaba sentada en una escalera, aburrida como una ostra y él, seguro, estaría con otra chica, en otra fiesta, contándoles a sus amigos cómo una tonta lo había invitado a una tonta fiesta de escuela.

Encima, por quedarse esperando, ni siquiera había mirado a Bruno, lo había tratado re-mal y lo había puesto, más que puesto, lo había prácticamente arrojado a los brazos de Jéssica, que se iba a dejar arrancar los ojos antes de soltarlo.

Como si todo fuera poco, Melisa se iba a enojar con ella y, además, había desperdiciado la fiesta.

Con bronca, estrujó la lata que tenía en la mano.

Trató de localizar a Melisa, pero no la encontró; en cambio, sí pudo ver que el chico de la silla de ruedas se acercaba hacia donde ella estaba. Dio vuelta la cabeza. No quería que pensara que lo estaba observando. Pero la curiosidad fue más fuerte, y lo volvió a mirar. El chico parecía no haberla visto. Simplemente, venía para ese lado. ¡Pobre pibe! Debía estar aburrido...

Como ya estaba muy cerca, se hizo la distraída jugueteando con la latita vacía. Estaba segura de que, ahora sí, él la estaba mirando. No resistió la curiosidad y levantó la vista. No se había equivocado.

—Hola —dijo él, cuando las miradas se cruzaron.

—Hola —contestó Caro, y sin saber qué hacer, se paró y salió corriendo para ir a buscar a Melisa.

De pronto, una sospecha la atravesó como un rayo. No podía ser... Se dio vuelta para verlo de espaldas ¡y él también se había dado vuelta y la estaba mirando! Carolina fingió no darse cuenta, y siguió su camino. El corazón, ahora sí, le saltaba en el pecho. No, no podía ser. "Ese" no podía ser el Gusano. Se había dejado impresionar. Pura casualidad que el pibe la hubiera

mirado con tanta atención. A lo mejor porque la había visto sola y estaba buscando a alguien con quien charlar. A lo mejor porque ella lo había mirado, y él creyó... Pero no, no podía ser el Gusano... ¿o sí?

Fuera como fuera, no pensaba hacer nada para averiguarlo.





CAPÍTULO 14

ÉL



Tomás, con la boca abierta de asombro, vio cómo Carolina se alejaba abriéndose paso a los empujones a través de la pista de baile. Si en ese momento se hubiera visto en un espejo, habría sentido vergüenza de su cara de bobo.

Era Luciérnaga. No tenía ni una sombra de duda. Hasta hubiera podido jurar que, al salir corriendo, había dejado un destello de luz a su paso. Era Luciérnaga tal cual la había imaginado. No por la cara, no por el cuerpo, ni por el pelo, ni por nada. Era Luciérnaga porque brillaba, eso pensó.

Se revolvió el pelo con las dos manos. No podía estar pensando tantas estupideces juntas.

Por suerte, ella no lo había reconocido. Podía seguir manteniendo el incógnito.

¿No lo había reconocido?... Otra vez se sacudió la cabeza.

Trató de localizarla a través de la gente. Quería verla otra vez, quería confirmar que no se había equivocado, pero no la encontró.

Levantó la lata abollada que Carolina había dejado caer al irse corriendo. La dio vuelta entre las manos y se la guardó sin saber muy bien para qué. Un aro, un anillo, una hebilla de ella hubieran tenido algún sentido como recuerdo, ¡pero una vulgar lata de Coca abollada, como los millones que rondan en los tachos de basura!... Y además... ¿recuerdo de qué? ¿Del “hola”? ¿De haberla encontrado? ¿O de que ella hubiera salido corriendo?

Se sintió verdaderamente tonto. Estuvo a punto de tirarla, pero se arrepintió. Era lo único que había conseguido, su trofeo de guerra, su Luciérnaga transformada en lata.

“Soy un verdadero tarado”, pensó.

¿Por qué, de repente, se había puesto... triste... melancólico.... o vaya a saber cómo? No había ningún motivo para eso. Lo único que quería era reconocerla, y la había reconocido. Las cosas habían salido bien. No entraba en los planes hablarle, y él le había hablado. Había roto las reglas, y lo que había pasado se lo tenía merecido.

Tiró la lata al aire y la atajó como si con ese movimiento quisiera hacer desaparecer su malestar.

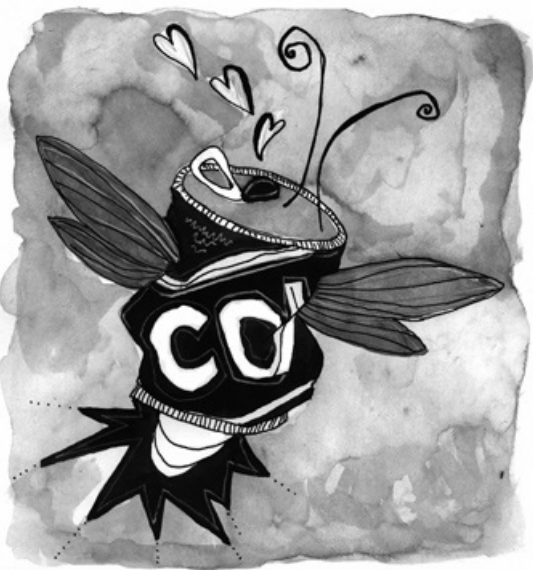
“Bien”, pensó, “encontré a Luciérnaga: me acabo de

ganar una Coca llena y una lata vacía. Que Felipe pague”.

Y girando su silla con un movimiento rápido, avanzó hacia el centro de la pista.

Pero esta, evidentemente, no era su noche: Felipe estaba bailando con la de pollerita negra.

También había perdido la apuesta.



CAPÍTULO 15

ELLA

La desastrosa noche de Carolina terminó bastante bien. Gastón logró separar a Bruno de Jéssica, y los cuatro fueron a charlar a la calle.

Carolina no tuvo tiempo de contarle a Melisa lo que le acababa de pasar y, fuera porque la impresión había sido demasiado fuerte, porque Bruno resultó ser de lo más simpático o porque Melisa la amenazó con matarla si no le daba bolilla, la empezó a pasar bien.

Melisa y Gastón les hicieron el aguante por un rato, y después los dejaron solos. Esta vez, la situación estaba más floja y todo fue más fácil, aunque Carolina insistió en

quedarse afuera, y no quiso volver a bailar en toda la noche. En realidad, lo que no quería era volver a cruzarse con el chico de la silla de ruedas. Y lo logró.

—Lo pienso y lo pienso, y no puedo creer que, con la bola que te dio Bruno, no te lo hayas transado— le dijo Melisa esa noche, mientras se ponía el pijama.

—Bueno, pero le di el teléfono, y arreglamos para salir ¿o no?... —le contestó Carolina desde la cama.

—Igual estuviste lenta.

Melisa estaba desilusionada. Había estado toda la noche esperando que Carolina le contara lo que había pasado... ¡y no había pasado nada! ¡El teléfono! Eso no tenía importancia.

—No te podés transar a un pibe así como así —se justificó Carolina.

—¿Por?

—Porque ni lo conocés, no sabés cómo es... qué se yo.

—Pero de eso te das cuenta en seguida —trató de aleccionarla Melisa—. Si con el pibe cero onda, bueno... pero si te va, ¿para qué vas a esperar?

Carolina no tenía las cosas muy claras.

—No sé... se dio así —le dijo.

—Pero... ¿todo bien? —Melisa necesitaba garantías, papeles firmados, promesas de que la noche no había sido en vano.

—Sí, sí. —Carolina se rio—. Bueno, al principio medio que no me lo bancaba, pero después se puso divertido.

—Entonces te gustó.

—Sí... Qué sé yo... Tampoco quiere decir que esté enamorada, ¿viste? Pero a lo mejor...

—Dentro de cinco años... —se rio Melisa metiéndose en la cama. Cambió de tema—: Gastón estuvo divino. ¿Viste cómo les hizo la gamba?

—Sí... normal...

Si era cierto que Gastón les había hecho la gamba, Carolina no se había dado cuenta.

—Normal, no —casi se ofendió Melisa—. Súper bien. Podía haber salido con esas cosas de los pibes tipo “dale, transátela que la tenés regalada” —dijo, poniendo voz de hombre.

Carolina se rio.

—¡Mirá si iba a hacer algo así!

—Los pibes siempre hacen cosas así.

Las dos se acomodaron para dormir, aunque sabían que pasaría más de una hora antes de que el sueño las venciera. Melisa apagó la luz. Para hablar no necesitaban ver. Cada una estaba pensando en sus cosas. Fue Carolina la que rompió el silencio.

—Melu... —dijo—. ¿Sabés que se me ocurrió una cosa horrible?

—Vas a casarte con Bruno —bromeó Melisa.

—No, es en serio.

—¿Se te ocurrió o te pasó? —Melisa también se puso seria y se incorporó un poco en la cama.

—Como las dos cosas.

—¿Tengo que prender la luz?

—No, no es para tanto.

—Bueno, dale —apuró Melisa—. ¿Qué es esa cosa horrible?

—Ese pibe con el que chateaba...

—El dios del Olimpo. Es una cosa horrible, tenés razón.

—De pronto, Melisa reaccionó—. ¡No me digas que lo viste en la fiesta!

—Me parece que sí.

Melisa se sentó en la cama.

—¿Y qué pasó? ¿Era un espanto? ¿No te dio bola? ¿Le hablaste? ¡Contame que me muero de intriga!

—Me parece... No estoy segura... pero me parece que era el pibe de la silla de ruedas.

Melisa se quedó muda.

—Ahora sí, tengo que prender la luz —dijo.

Carolina le contó cómo se lo había cruzado, y cómo la había mirado, y cómo ella se había dado vuelta, y cómo, y cómo... Pero ningún cómo era suficiente para Melisa, que lo que quería eran pruebas concretas. Si el chico no se había presentado, si no la había llamado por su nombre, si no le había preguntado o no andaba con una computadora a cuestas, no era. No podía ser.

Carolina defendía su intuición, su palpito, el “estilo de la mirada”, pero para Melisa, todo eso era pura imaginación.

—Vos creíste que era ese, porque era el único distinto —le decía.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que te llamó la atención, nada más, y como no pensabas en otra cosa...

—No creo. Fue la forma en que me miró... —se defendía

Carolina.

—Ese pibe debe haber mirado así a todas las chicas, nena. ¡Si no tenía otra cosa que hacer!

Pero por muchos argumentos que se dieron, no pudieron convencerse una a la otra. Finalmente llegaron a la conclusión de que lo mejor era volver a chatear con el Gusano y averiguar, antes que nada, qué había hecho el sábado a la noche. Si no había ido a la fiesta, problema resuelto.



CAPÍTULO 16

ÉL



Felipe volvió de la fiesta encantado. Había logrado que Jéssica bailara con él, lástima que recién sobre el final, pero por lo menos le había sacado el teléfono.

—Como estuvo casi todo el tiempo bailando con ese flaco, yo pensé que era el novio. ¿Y qué te cuento que en un momento, entra un chabón y se lo lleva? —le explicaba a Tomás.

—¿Se lo lleva?

—Sí, no sé. Le dice algo y lo saca, y te juro que antes de que la piba se diera vuelta, yo ya estaba bailando con ella.

—Verso... —desconfió Tomás.

—Bueno... estaba bailando cerca. Pero la encaré enseguida.

—¿La vas a llamar?

—Claro que la voy a llamar, pero el lunes. Que sufra.

—¡Uf! Ya debe estar llorando... —se burló Tomás—.

¡Largá!... ¿Cómo se llama?

—Jéssica. ¿Por?

—Por nada, para saber.

—¿No pensarás que esa puede ser?...

—No. Estoy seguro de que Luciérnaga era la que estaba en la escalera.

—Lo que yo no entiendo es por qué no le hablaste —comentó Felipe.

—Porque ya te dije que no me iba a dar a conocer. Quería verla, nada más.

—Sos un cobarde.

—Bueno, sí... Soy un cobarde, ¿y?...

—Y nada. Que ahora te quedás con la duda.

—No tengo dudas. Estoy seguro —afirmó Tomás.

—La inventaste, chabón. La mina estaba ahí, sola y aburrida, y vos pasaste y te miró, nada más.

—¿Y por qué se dio vuelta, entonces?

—¿Querés que te lo diga? —preguntó Felipe.

—No fue por la silla —le contestó Tomás adivinando la intención—. Fue otra cosa. Yo sé lo que te digo.

—Está bien —dijo por cerrado el tema Felipe—. De última, con preguntarle cuando chateen, listo.

—Sí, claro. Con preguntarle, listo.

Pero Tomás no estaba tan seguro. Si él le preguntaba si esa era ella, ella iba a querer saber quién era él. Y si ella quería saber quién era él, él no pensaba contestarle.

Después de todo, ¿qué le importaba? Lo mejor iba a ser dejar las cosas como estaban. Tomás sabía perfectamente cuál era su posibilidad con las chicas: o engancharse a alguna del club de discapacitados, o esperar que la bendita operación diera resultado, y poder elegir entre cualquiera, camine o no. Pero para eso faltaba mucho tiempo.

Él siempre se hacía el canchero y decía que se animaba con cualquiera, pero no era cierto. Nunca se había animado. En la escuela se llevaba muy bien con las chicas, y ellas con él, pero como compañeras, nada más. Nunca había pasado nada. Felipe le decía que él tenía suerte, porque como estaba en la silla de ruedas siempre conseguía de las chicas todo lo que quería. Y Tomás se lo dejaba creer, pero en el fondo, sabía que siempre tenía muy buenas amigas, pero nunca una novia.

Luciérnaga le había pegado fuerte. Y además era linda, bueno, si era la que él suponía, y además, por lo visto, no tenía novio, porque la había visto sola, y además... Además lo mejor era no volver a chatear con ella. Menos problemas.



CAPÍTULO 17

ELLA

—¿Te llamó Bruno? —le preguntó Melisa a Caro, el miércoles por la mañana, mientras caminaban hacia la escuela.

—Sí, anoche.

—¿Y hablaron mucho?

Melisa medía el amor por la duración de las llamadas telefónicas.

—No sé... No mucho. Como diez minutos.

Carolina no, claro.

—Yo estuve hablando con Gastón hasta las doce. Una

hora y cuarenta y tres minutos por reloj. Obvio que mis viejos no estaban —se agrandó Melisa.

—¿Y si te estaban llamando y daba siempre ocupado?

—Todo calculado —dijo Melisa con una sonrisita de superada—. Antes de hablar con Gastón, los llamé al celular y les dije que estaba todo bien y que me iba a dormir. ¿No soy una genia?

—¿Comparada con quién?

—Con vos, por supuesto —contestó Melisa—. Gastón me dijo que mañana Bruno te pasa a buscar a la salida de la escuela. ¿Es cierto?

—¿De eso estuvieron hablando una hora y cuarenta minutos? —bromeó Carolina, para no contestar.

—Cuarenta y tres —aclaró Melisa—. Entre otras cosas. Dice Gastón que Bruno está muerto con vos, y que le dijo que mañana se te va a tirar. Quería saber qué le vas a contestar, pero yo no se lo dije. —La miró con desconfianza—. Le vas a decir que sí, ¿no?

—No sé... No estoy muy segura.

Melisa le pasó la mano por el hombro y la apretó con fuerza.

—No le digas que no... porfi... No seas mala. ¡Va a ser buenísimo cuando salgamos los cuatro juntos!

—No sé, Melu...

—Si no estás segura, decile que lo vas a pensar, pero no le cortes el rostro....

—Sí... Puede ser que haga eso.

Melisa la soltó y la miró con desconfianza.

—Lo decís con una cara, nena... Ni que nos fueran a

tomar prueba de Biología.

La sola mención de la palabra “Biología” las hizo gritar de espanto. No podía haber materia ni profesora más horribles. Hicieron cuernitos con los dedos, por las dudas. No fuera cosa que Melisa hubiera atraído la mala suerte con su comentario. Cuando se tranquilizaron, Melisa preguntó:

—¿Qué pasó con el dios del Olimpo? ¿Averiguaste algo?

—No. Por las dudas, ni me conecté. No sabía cómo preguntarle.

—Es complicado —coincidió Melisa—. No le podés decir de una: “Che, ¿vos sos paralítico?”.

—No, es un bajón.

—Pero al menos deberías conectarte, para ver si te tira alguna punta... Capaz que te confundiste.

—¿Para qué?

—Sí. Tenés razón. ¿Para qué? Después de todo, ese tipo es un pesado. Cupido... ¿Cupido se llamaba el de las flechas?... Cupido en silla de ruedas. ¡Puaj!

Carolina hizo una sonrisa de compromiso. Estaba lejos de pensar como Melisa. Si no se conectaba, no era porque el Gusano fuera un plomo, era porque no se animaba. Si se hubiera animado... Pero ¿para qué pensar en eso? Esa historia se había terminado.

Ahora estaba Bruno, que mañana se le iba a tirar, y aunque no pensaba decirle que sí enseguida, sabía que iba a salir con él en unos días más. Bruno era simpático y tenía lindos ojos. Además, era amigo de Gastón y

además, como Melisa decía, iban a poder salir los cuatro juntos. Tenía una sola duda: Bruno no parecía el amor de su vida. Bueno... después de todo... todavía no lo conocía demasiado. A lo mejor cuando lo conociera...

No, no tenía una duda; tenía dos: ¿y si el Gusano no era el chico de la silla de ruedas? Si no era, ella todavía no lo conocía, y si no lo conocía, tenía muchas ganas de conocerlo. A lo mejor le gustaba más que Bruno. ¿Y si eso pasaba, qué iba a hacer? No podía salir con los dos al mismo tiempo. Lo mejor sería conocer al Gusano, antes de decirle que sí a Bruno. Y para llegar a eso había un único camino: tratar de conectarse otra vez, averiguar si era o no el de la fiesta, y si no era... Bueno, no podía pensar tantas cosas al mismo tiempo. Lo primero era volver a chatear con él.



CAPÍTULO 18

ÉL



Durante esa semana, Tomás prendió varias veces la computadora, pero no se animó a escribir. Se quedaba ahí sentado, leyendo mensajes, para ver si en algún momento aparecía alguno de Luciérnaga. Pero Luciérnaga tampoco escribía. O escribía con otro nombre, eso no podía saberlo. Lo seguro era que no le escribía a él. Se moría de ganas de preguntarle si era la chica de la escalera, pero no iba a ser él el primero en conectarse, aunque se quedara con la intriga para toda la vida.

Felipe lo estaba volviendo loco con la historia de Jéssica. Todavía no la había vuelto a ver, pero desde el lunes, habían hablado por teléfono y chateado todos los días. Tanto que Tomás le había tenido que hacer la prueba

de Matemática, porque su amigo no había tocado un libro.

—Escuchame, chabón, ¿cuál es? —le dijo Tomás el miércoles, cuando Felipe pasó por su casa.

—¿Cuál es qué?

—¿Cuál es mi ganancia? Mientras vos te dedicás a hacerte el galán con Jéssica, yo estudio por los dos, te hago las pruebas, todo... ¿Cómo pensás pagar?

—Es tu deber. ¿No sos mi amigo, acaso? Bueno, como dice mi viejo: “Hoy por mí, mañana por ti”.

—Que en este caso sería hoy por ti, mañana por ti y siempre por ti.

—Eso es ser desagradecido. ¿Te acompañé o no te acompañé a la fiesta?

—Y te levantaste a Jéssica. Eso no fue por mí. Me debés una, además de la Coca que no quisiste pagar.

—No quise, porque vos me verseaste. No había ninguna Luciérnaga.

—¡Y dale! Ya te dije que había, te mostré las pruebas y todo.

—Una lata abollada. ¿A eso llamás una prueba? Cambiando de tema —dijo Felipe—, ¿le escribiste?

Tomás negó con la cabeza.

—Estoy esperando que me escriba ella —contestó.

—Ah... bueno... Así vamos a llegar muy lejos...

—Justamente —dijo Tomás—. No vamos a llegar muy lejos, porque estoy en esta sillita.

—¡No te vengas a hacer el acomplejado ahora! ¿Querés que me ponga a llorar?

—No. Quiero que hablemos de otra cosa.

—Okey —dijo Felipe—. Tenemos un mal día. Hablemos de otra cosa. Te cuento algo: anoche, cuando apagué la luz para dormirme, había en mi cuarto unos bichitos de esos que se prenden y se apagan... ¿Cómo se llaman?...

Tomás no contestó “luciérnagas”, contestó con un almohadonazo que le dio a Felipe en la cabeza, y no volvieron a tocar el tema.

Estudiaron un rato, escucharon música, y Felipe se fue temprano porque... había quedado en llamar a Jéssica. Estaba decidido a pasarla a buscar por la escuela al día siguiente. Y eso era toda una decisión.

Cuando Tomás se quedó solo, prendió la compu. Leyó los mensajes con la misma ansiedad que los últimos días, y el resultado fue el mismo. Luciérnaga no se había conectado.

Pasó los dedos por el teclado, indeciso, pero no escribió. Tiró para atrás su silla, con la idea de continuar con los dibujos de su Olimpo propio, que ya venía bastante avanzado, cuando el nombre de Luciérnaga titiló en la pantalla.



CAPÍTULO 19

ELLOS



Luciémaga dice:

Hola... Hay alguien ahí?

Hola!!!!!!!!!!!!!!

Gusano Empantanado dice:

Acá Gusano Empantanado.

Luciémaga dice:

Acá Luciémaga. Sorry. Hace como 4 días q no me conecto.

Gusano Empantanado dice:

“Zorri-no”, yo tampoco.

Luciémaga dice:

Ah... x?

Gusano Empantanado dice:

Xnada. TIENE Q HABER 1 MOTIVO?!!!

Luciémaga dice:

Siempre hay, pero si no me lo kerés contar, no importa.

Gusano Empantanado dice:

Ta bien. No me conecté xq no tenía ganas. Alcanza?

Luciémaga dice:

Ta bien. Solo kería saber.

Gusano Empantanado dice:

Y vos? Xq no te conectaste?

Luciémaga dice:

No tenía ganas.

Gusano Empantanado dice:

No t creo. T copiaste. Mejor
cambemos d tema. Q tal la fiesta?

Luciémaga dice:

Estuvo buena... Fuiste?

Gusano Empantanado dice:

Si no me viste, kiere decir q no fui, y si
me viste, kiere decir q fui. Vos sabrás.

Luciémaga dice:

No. No sé.

Gusano Empantanado dice:

No o no sé?

Luciémaga dice:

No sé. Había mucha gente.

Gusano Empantanado dice:

El chabón d los pantaloncitos blancos q
bailaba haciéndose el langa... no era yo.

Luciémaga dice:

Entonces fuiste! Había 1 chabón así. 1 tarado.

Gusano Empantanado dice:

Total. Viste cuando se kiso subir al parlante
y casi se cae?



Luciémaga dice:

Quedó re-pagando!

Luciémaga dice:

Vos tampoco me reconociste.

Gusano Empantanado dice:

Yo sí.

Luciémaga dice:

A ver?... Cómo estaba vestida?...

Gusano Empantanado dice:

Pollera negra y musculosa turquesa. Eras vos?

Luciémaga dice:

Era yo, sí. Mejor dicho, no sé... Capaz q
había otra chica vestida igual.

Xq no me hablaste?

Gusano Empantanado dice:

No sé... No daba... Además... vos ni me viste...

Luciémaga dice:

No. No te vi. T imaginabas q yo era así?

Gusano Empantanado dice:

T imaginaba + grande. Y vos?

Luciémaga dice:

Yo q?

Gusano Empantanado dice:

Cómo t imaginabas q era yo?

Luciémaga dice:

Yo no t vi.

Gusano Empantanado dice:

Soy 1 tarado.

Luciémaga dice:

X?

Gusano Empantanado dice:

Xq pensé q a lo mejor no t importaba.

Saliste corriendo, no?

Luciémaga dice:

Sí. Disculpame.

Gusano Empantanado dice:

Ta todo bien. Toy acostumbrado.

Luciémaga dice:

En realidad, no m importa.

Gusano Empantanado dice:

Sí, t importa.

Luciémaga dice:

Para nada. T lo juro.

Puedo seguir chateando con vos aunq estés así.

Gusano Empantanado dice:

Pero no podés ir a bailar.

Luciémaga dice:

Bueno, no sé... Nunca bailé con un...

Gusano Empantanado dice:

Paralítico. Yo tampoco bailé con una paralítica. Debe ser complicado... se t chocan las sillas y todo eso.

Luciémaga dice:

Siempre t tomás todo con tanto humor?

Gusano Empantanado dice:

No.

Luciémaga dice:

Sos raro.

Gusano Empantanado dice:

Y, sí... viste? Estar clavado en una silla me hace bastante raro.

Luciémaga dice:

No lo digo x eso. "Vos" sos raro. No sé...

fuieste a la fiesta... hacés chistes...

Gusano Empantanado dice:

Y eso q tiene d raro? Conozco un montón d flacos q van a fiestas y hacen chistes.

Luciémaga dice:

Sí, pero...

Gusano Empantanado dice:

No están en una silla d ruedas.

Luciémaga dice:

Bueno, no.

Gusano Empantanado dice:

T equivocás. Conozco a un montón q van a fiestas, hacen chistes y están en sillas d ruedas.

Luciémaga dice:

Yo no podría hacer chistes. Me la pasaría llorando.

Gusano Empantanado dice:

T kedarían los ojos rojos, t daría conjuntivitis, y además d no poder caminar, no podrías ver. No es negocio.



Luciémaga dice:

T lo digo en serio.

Gusano Empantanado dice:

Yo también. Llorar no sirve d mucho.

Luciémaga dice:

Pero nunca t ponés mal?

Gusano Empantanado dice:

Muchas veces. Pero no lloro.

Luciémaga dice:

Me olvidaba. Los hombres no lloran.

Gusano Empantanado dice:

Y las mujeres lloran x cualkier tontería.

Luciémaga dice:

Lo q t pasa no es una tontería.

Gusano Empantanado dice:

Para mí sí. Toy acostumbrado.

Luciémaga dice:

Hace mucho q...

Gusano Empantanado dice:

Sabés q? Lo peor d estar en una silla d
ruedas es tener q bancarte a la gente. O
salen corriendo como si fuera contagioso,
o t pudren con preguntas haciéndose los amables.

Luciémaga dice:

Disculpame. Yo no trataba de hacerme la amable.

Gusano Empantanado dice:

No. Vos estás entre los q salen corriendo.

Luciémaga dice:

Tampoco. Pero si t aburro, no tenés

ninguna obligación d chatear conmigo.

Gusano Empantanado dice:

Vos tampoco. Seguro tas ahí xq t doy lástima, no?

Luciémaga dice:

No.

La verdad es q podés ponerte bien desagradable cuando kerés.

Gusano Empantanado dice:

La parálisis me da derecho a muchas cosas.

Luciémaga dice:

Se puede saber q dije para q me trates así?

Gusano Empantanado dice:

Nada. No importa. Son cosas mías.

Mejor me desconecto.

Luciémaga dice:

Sí, mejor. Estar en esa silla no t da derecho a tratar mal a la gente.

Gusano Empantanado dice:

No tenés ninguna obligación d aguantarme.

Luciémaga dice:

Xsup. Chau.

Gusano Empantanado dice:

Chau.

Luciémaga dice:

Ahora entiendo xq t la pasás comiendo caca.



CAPÍTULO 20

ELLA

Carolina apagó la computadora con bronca, sin esperar respuesta.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Trató de recordar la charla, pensando que a lo mejor había dicho algo ofensivo, pero no se le ocurría qué podía haber sido. A lo mejor, él se había sentido mal porque ella lo había descubierto... Pero no. Él mismo se había dado a conocer. No podía haber sido eso.

Había perdido un amigo para siempre.

Y bueno, mejor. Después de todo, también se había sacado un peso de encima. Ahora sabía quién era el

Gusano, sabía que tenía un carácter podrido, que era injusto, y también perseguido, y agresivo, y una basura, y sobre todo, sabía que iba a salir con Bruno.

Se suponía que él la iba a pasar a buscar por la escuela, y ese día, ella y Melisa no hablaron de otra cosa. Ya se sabía que se le iba a declarar, y también se sabía la respuesta, y también se sabía la táctica a seguir. Se sabía todo, pero igual se la pasaron hablando. Estaban excitadísimas, Carolina por Bruno, y Melisa por Carolina. Si hubiera podido, ella también se habría quedado a esperarlo; después de todo, tenía tanto o más mérito que su amiga en este noviazgo. ¡Hasta había conseguido que Carolina la cortara con esa historia del dios del Olimpo! Éxito completo.

Melisa se quedó un rato con ella en la puerta de la escuela, esperando que llegara Bruno, que se había demorado.

—¿Cuánto conviene que espere? —le preguntó Caro.

—Mínimo, una hora. Pensá que puede haber tenido algún problema...

—¿Y si se olvidó?...

—Ya te vas a dar cuenta, porque no va a venir; pero no creo que se olvide. Lo confirmé anoche con Gastón, acordate.

—¿Pero no quedo como una tarada esperándolo tanto tiempo? —dudó Carolina.

—Por empezar, nadie dice que “lo vas” a tener que esperar tanto tiempo, a lo mejor llega en cinco minutos; y por seguir, ni se te ocurra decirle que lo esperaste una

hora. Siempre decile que acabás de llegar, que te habías confundido la hora y pensaste que no iba a estar, que salimos más tarde, que te equivocaste al darle la hora...

—¿No sería mejor que anote? No sé si me voy a acordar de tantas cosas —bromeó Carolina.

—Bueno, decile lo que quieras, menos que lo estabas esperando.

—Está bien.

—Y otra cosa —dijo apretándole el brazo— ¡Llamame en cuanto llegues a tu casa o te mato!

—Prometido.

Melisa estrujó a Carolina en un abrazo.

—¡Uahhh! —gritó—. Estoy re-nerviosa.

—Yo también —dijo Caro—. Mejor me voy con vos.

—Vos te quedás ahí. Chau. Me voy antes de que te arrepientas.

Pero no se fue, porque justo en ese momento, Jéssica pasó por delante de ellas con un chico al que no conocían.

—Chauuuuu... —dijo Jéssica haciéndose la interesante.

Ellas ni le contestaron. El chico les sonrió y siguió su camino.

—¿Ese quién es? —quiso saber Caro. Melisa siempre estaba enterada de todo.

—Ni idea. Me parece que estaba el sábado en la fiesta.

—Yo no lo vi.

—Vos el sábado no viste nada, nena. Pero alegrate: Jéssica tiene novio nuevo. Al menos por unos días se va a olvidar de Bruno.

—Espero que para siempre.

—No creo. Es Jéssica. Se aburre rápido.

—Si Bruno sigue tardando, creo que se lo regalo.

—Ni se te ocurra —dijo Melisa, y ahora sí, le dio un beso y se fue corriendo.

Ya no quedaba nadie en la puerta de la escuela. Carolina se apoyó contra la pared y miró su reloj. Diez minutos de atraso. No era mucho. Miró hacia una esquina y hacia la otra. ¿De qué lado vendría? Por el momento, de ninguno de los dos. Se pasó la mano por el pelo. ¿Estaría muy despeinada? Tendría que haber pasado por el baño antes de salir. Ahora no tenía sentido volver a entrar a la escuela; él podía llegar y no encontrarla. Se acercó a un auto estacionado. Tal vez el vidrio le sirviera de espejo. Un papelón si él la descubría haciendo eso. Se volvió hacia los dos lados. Por suerte, o por desgracia, ni noticias de Bruno. Se miró en la ventanilla. Zafaba. Se acomodó como pudo unas mechas que se le venían a la cara, y volvió a su lugar. Nada.

Lo mejor era aprovechar el tiempo. Revolvió la mochila hasta que encontró el libro que estaba leyendo. Siempre llevaba un libro por si tenía alguna hora libre. Jamás pensó que lo iba a tener que usar porque Bruno no llegaba.

Se sentó en el escalón de la entrada, y lo abrió. Miró la hora: veinte minutos de retraso. A la hora justa, se iba, pasara lo que pasara. Este pibe ya la estaba mufando.

Pero, o el libro estaba muy interesante, o Bruno llegó muy rápido, porque pronto sintió que le tocaban la espalda. A pesar suyo, se sobresaltó.

—Te asusté —se rio Bruno.

—No, para nada...

—*Sorry*. Se me hizo tarde —dijo sentándose a su lado

—. ¿Hace mucho que esperabas?

Carolina estaba por contestar que sí, pero recordó las lecciones de Melisa.

—¿Mucho?... Ah... Eh... No, no. Para nada. No sé ni qué hora es. ¿Qué hora es?

—Y media.

—¡¿Y media?! —se sorprendió Carolina.

—Sí. Se atrasó el partido, y no me podía ir en la mitad.

Ahí Carolina se avivó de que Bruno estaba con pantaloncitos cortos, el bolso al hombro y... hecho un desastre.

—¿Ganaron? —dijo, por decir algo.

—Quince a dos. Los otros no existen.

—¿Entonces jugaron solos? —bromeó Carolina.

Bruno la miró sin entender.

—Que si los otros no existen, quiere decir que no estaban, que no fueron... y ustedes jugaron solos —explicó Carolina, esperando al menos, una sonrisa de parte de Bruno.

Esta vez Bruno entendió, pero no se rio ni medio. Al contrario, contestó con toda seriedad.

—No, no —dijo—. Quiero decir que eran pésimos...

—Ya había entendido. Era un chiste.

Recién entonces, Bruno largó una carcajada súper forzada.

—¡Buenísimo! —dijo, y cambió de tema—. Bueno, ¿qué hacemos?

La pregunta tomó a Carolina por sorpresa. Jamás se había imaginado que tenían que “hacer” algo, y mucho menos, que era ella la que lo tenía que decidir. De haberlo sabido, le hubiera preguntado a Melisa.

—No sé... no pensé nada. ¿Estás cansado?

Era una deducción lógica. Si venía de jugar un partido... Pero Bruno no lo entendió así, y casi se ofendió.

—¿Cansado?... ¿Parezco cansado?

Carolina estuvo a punto de pedir disculpas de rodillas por haber supuesto que el superhéroe del *rugby* podía llegar a cansarse, pero le pareció demasiado. Solo dijo:

—No, pero por ahí... Como venís del partido...

—Para nada —Bruno fue terminante—. ¿Qué querés hacer?

Estaba visto que iba a tener que decidir y, a falta de alguna idea mejor, se le ocurrió proponer que se podían quedar ahí, charlando.

—Medio aburrido, ¿no?... —fue la respuesta de Bruno.

—¿Y si vamos a tomar un helado? —Ca-rolina ya se sentía absolutamente responsable de organizar esta salida, divertirlo a Bruno y, sobre todo, contenerse para no mandarlo a bañar, que buena falta le hacía. Para colmo, ¡¡¡Bruno le dijo que ya había tomado un helado antes de venir!!! Si no fuera porque... Si no fuera porque... ¿por qué? No sabía qué extraño imán la tenía ahí sentada, pero algo hacía que no quisiera irse del todo, o en partes, o para nada. Así que se quedó y aguantó.

—Está todo bien —se conformó—. Igual, no tenía muchas ganas de tomar helado.

Y parece que a Bruno se le prendió la lamparita porque, por fin, se le ocurrió algo que lo entusiasmaba.

—¿Y si vamos a la casa de Gastón, que se compró el último de *Ataque 77*? Me muero por escucharlo.

Un balde de agua fría hubiera sido lo mismo. Carolina se quedó, literalmente, con la boca abierta, sin saber qué contestar.

—¿A la casa de Gastón? —balbuceó cuando pudo reponerse de la sorpresa.

—Sí, queda cerca —dijo Bruno, como si el problema hubiera sido la distancia.

—Pero no tiene nada que ver que yo vaya a la casa de Gastón...

—¿Por?... Al flaco no le molesta. Es re-buena onda.

Decididamente, Bruno no entendía.

—Sí, pero...

¿Cómo le decía que ellos se habían encontrado... para otra cosa?

—No me digas que no te gusta *Ataque 77* —dijo Bruno, casi asombrado.

—No, no es eso...

No necesitaba los consejos de Melisa para saber que si decía que no le gustaba, ahí mismo se cortaba toda relación.

Pero Bruno ni siquiera la escuchó. Revolvió en su mochila, sacó su discman, y poniéndole a Carolina un auricular en la oreja, la obligó a escuchar mientras hacía lo mismo con el otro.

—¡Es lo más! —decía mientras seguía el ritmo con el

pie—. Dice Gastón que el último está muchísimo mejor.

—Sí, pero...

—Dale... no seas ortiba —insistió Bruno—. En todo caso, vamos, y si no querés escucharlos, te quedás leyendo el libro. ¿Qué estás leyendo?

¡¡¡NO ES QUE NO QUIERA ESCUCHARLOS!!! Tuvo ganas de gritar Carolina, pero otra vez, no podía explicar, así que se tragó su bronca y contestó la pregunta.

—*Juan Salvador Gaviota*. ¿Lo leíste?

—¿Juan qué...?

—*Juan Salvador Gaviota*.

—No. Ni ahí. En realidad no leo mucho —confesó Bruno—. Una vez empecé un libro que me dio mi viejo. Uno de piratas.

—¿*Sandokán*? —preguntó Carolina.

—Ese. ¿Lo conocés? —Bruno estaba verdaderamente sorprendido.

—Lo leí hace mucho. Está bueno.

—A mí me aburrí. Es más, ni lo terminé. A mi viejo le dije que sí, para que no me rompa. Pero el libro era un garrón.

—¿Querés que te preste este? Es mucho mejor.

—Otro día. Ahora no tengo tiempo. Por los entrenamientos, ¿viste? —zafó Bruno.

—Sí, claro.

Carolina sabía que no valía la pena insistir; ni Melisa lo había querido leer.

De pronto, sin aviso previo, Bruno le agarró la mano. Carolina se puso tan nerviosa, que no se atrevió a

moverse; y así quedó, con Bruno en una mano y *Juan Salvador Gaviota* en la otra.

—Che... Caro... —dijo él, cambiando un poco el tono de voz.

“Ahora me lo va a preguntar”, pensó Carolina.

—Te quería preguntar... —siguió Bruno.

Se lo iba a preguntar. El corazón de Carolina latía aceleradamente, y aunque trataba de hacerse la indiferente, le costaba mucho disimular.

—¿Querés salir conmigo?

Lo dijo sin preámbulos. Carolina no esperaba que fuera así, tan poco... romántico.

Retiró su mano y la usó para guardar el libro en la mochila, y de paso ganar un tiempo. No para encontrar la respuesta, que ya se sabía de memoria, sino para encontrar la forma de decirlo. Bruno esperaba. Por lo visto, no pensaba agregar nada más.

—Lo tengo que pensar —dijo de pronto Carolina, ella también, sin agregar nada.

—Está bien.

Bruno no se sorprendió. Tampoco se alarmó. Era claro que no esperaba otra cosa. El trámite había concluido. Tema terminado.

—¿Venís a lo de Gastón?

La pregunta era clara: él pensaba ir a lo de Gastón, con ella o sin ella.

Con ella.

Se levantaron y caminaron juntos hasta la casa de Gastón. Bruno le contó el partido. Carolina casi no habló.





CAPÍTULO 21

ÉL



—¡@ra! ¡Era! ¡Era!

Así recibió Tomás a Felipe en la puerta de la escuela. Iba y venía con la silla, agitando los brazos y revoleando los libros.

—¿Qué era? —Felipe estaba a mil kilómetros de Tomás y su Messenger.

—¡Luciérnaga! Era la de la escalera. ¡Me debés una Coca!

—Error —dijo Felipe—. No te debo nada, porque Jéssica me dijo que sí —y él también revoleó los libros.

—¿Ya te dijo que sí?... —se tranquilizó Tomás de golpe.

—La maté.

—Bueno, en todo caso, estamos a mano. ¿Y?... ¿Todo bien?...

—Bien no, ¡buenísimo! Me la transé a las dos cuadras.

—¡Guauuu! ¡Qué campeón!

—Bueno, y con la Luciérnaga ¿qué?

—No, yo no me la transé. La pantalla dificultaba las cosas.

—No, tarado. Digo... ¿le dijiste?

—Obvio —se agrandó Tomás.

—No tan obvio. Hasta ayer ni pensabas hablarle.

—No le hablé. Ella vino al pie.

—Dale, le dijiste ¿y qué? ¿Apagó la computadora?

—No. Para nada.

—¡Bien, chabón, bien! ¿Viste que no era tan complicado?

—Es que me parece que arruiné todo —dijo Tomás poniéndose serio.

Como pudo, le contó a Felipe la conversación con Luciérnaga, con la esperanza de que lo ayudara a entender lo que había pasado.

—No sé... se enojó... se ofendió... qué sé yo. Vos sabés que las minas son re-vuelteras.

—Pero algo le tenés que haber dicho... —in-dagó Felipe, dispuesto a recuperar a Luciérnaga.

—Que chateaba conmigo porque yo le daba lástima.

—¡No te puedo creer que hayas dicho semejante estupidez!

Ahora era Felipe el que daba vueltas sobre sí mismo agarrándose la cabeza.

—¡Sos un idiota!

—Gracias por levantarme el ánimo.

—Pero es que... ¡sos un idiota!

—Eso ya lo dijiste. Es más, me di cuenta solo.

—La mina todo bien, se banca lo de la silla, ¡hasta se banca esa cara espantosa que tenés!, no se desconecta con cualquier excusa, como hubiera sido lógico, ¡y vos le decís que es por lástima! Yo también me hubiera enojado.

—Bueno, ya está, me salió así.

—Ya está, nada. Ahora vas y le decís que fuiste un estúpido... no, que “sos” un estúpido y que te disculpe y todas esas cosas.

—Ni pienso. Soy un estúpido, pero no me voy a disculpar.

—Bueno, no te disculpes, pero escribile algo de todas formas.

—Y vos pensás que me va a contestar?...

—No lo sé. Pero al menos vale la pena intentarlo.

—No sé... lo voy a pensar —dijo Tomás para dar por terminado el tema, y giró su silla para entrar a la escuela.

—¡Ay! ¡Lo voy a pensar! —se burló Felipe—. Típica contestación de mina. ¿Querés saber lo que pienso?

—Igual me lo vas a decir.

—Exacto. Pienso que seguís siendo un cobarde y que por eso no enganchás nunca ninguna mina. La silla de ruedas no tiene nada que ver. Si caminaras te pasaría lo mismo.

—Me encantaría poder probarte que estás equivocado, pero no me puedo parar —ironizó Tomás.

—A mí no tenés nada que probarme. Es tu problema. Sos un cabezón.

Ya no volvieron a tocar el tema en toda la mañana, pero Tomás volvió a su casa convencido de que tenía que comunicarse con Luciérnaga, al menos una vez más. ¿Porque Felipe tenía razón?... No. Porque tenía ganas de chatear con ella. Esto ya se estaba haciendo costumbre.



CAPÍTULO 22

ELLA

Melisa no quiso que Caro le contara nada por teléfono, y corrió a su casa para escuchar las noticias personalmente. Pero el relato de Caro, lejos de ser apasionado y emocionante como ella esperaba, fue una verdadera desilusión.

La tarde romántica que ella, y ellas, habían imaginado se había transformado en una tarde aburrida, escuchando una y otra vez los discos de *Ataque 77*, en la casa de Gastón... y con Gastón. Carolina, al final, se había puesto a leer, y Melisa estaba furiosa por semejante falta de tacto, sentido común, inteligencia y no se sabe cuántas cosas

más.

—Pensá un poquito, Caro —le decía—. Salís con un chabón, se te tira y vos te ponés a leer *Juan Salvador Gaviota*. ¡Deben haber creído que sos re-*nerd*!

—Nadie es re-*nerd* por leer.

—Es que es “leer en ese momento”, a ver si nos entendemos.

—¿Por qué no lo pensás al revés? El chabón se me tira, y me lleva a escuchar *Ataque* a la casa de Gastón. Se desubicó mal.

—A lo mejor fue para no quedar pagando...

—¿Pagando con qué?

—Como le dijiste que lo ibas a pensar...

Carolina no le contestó. Se acercó a la computadora y, automáticamente, la prendió. Sabía que iba a ser difícil tener mensajes del Gusano después de su enojo de ayer, pero... tal vez...

—¿Se puede saber qué hacés con esa computadora?

—preguntó Melisa, que lo único que quería era seguir hablando de Bruno.

—Quiero ver si hay algún mensaje del dios del Olimpo.

—¿Todavía seguís con eso?

Una nueva desilusión para Melisa: el dios del Olimpo había resucitado.

—Ese pibe ya fue, Caro —dijo.

—No me lo pienso transar, si es eso lo que estás pensando.

—Obvio que no te lo vas a transar.

Carolina giró la silla y la miró.

—¿Obvio por qué? —preguntó.

—¡Ay, nena! ¿Cómo hacés para salir con un pibe así?
¿Lo llevás a dar una vuelta empujando la silla de ruedas?

—¿Y qué tiene?

—¡¿Cómo qué tiene?! Es... Es... Es de terror...

—Esos pibes también deben tener novia, ¿o no? —casi se preguntó en voz alta Caro.

—¿Te parece?... Yo no creo...

Melisa miró a Carolina con atención. ¡No podía ser que su amiga... SU amiga... estuviera...!

—Caro... ¿vos no estarás pensando en...? —no se animó a seguir.

—¿Por qué no?

A esta altura, Carolina ya se estaba divirtiendo con la cara de susto de Melisa.

—Caro.... ¿me estás hablando en serio?...

—No —contestó Carolina muy seria.

Melisa le tiró con un peluche.

—¡Qué tonta que sos, nena! ¡Casi me lo creo! —protestó.

Carolina se rio y volvió a mirar la pantalla.

—¡Ahí está, mirá! —gritó—. Ese es él.

—Gusano Empantanado... ¡Qué nombre! —dijo Melisa pegando una ojeada a la computadora sin ningún interés —. Dale, apagá.

—No, pará. Quiero ver qué dice, nada más.

Carolina se puso a leer rápidamente y Melisa se acercó más. Si su amiga estaba tan entusiasmada, quería saber por qué era. Juntas leyeron:

Gusano Empantanado dice:

Kería darte las gracias x eso q me dijiste d la caca.

—¿Qué le dijiste, bestia? —quiso saber Melisa.

—Después te cuento, pará —la hizo callar Carolina.

Gusano Empantanado dice:

Yo sé q esto d la silla le da a 1 altas cuotas d masokismo, pero no es x eso q me gustó, sino xq, justamente, t olvidaste d q taba en la silla, y me mandaste a cagar sin miramientos.

Melisa no entendía nada.

Gusano Empantanado dice:

Kiero decir: t contesté mal y me contestaste mal, y eso ta bien.

—¡Qué complicado! —dijo Melisa, pero Caro ni la escuchó.

Gusano Empantanado dice:

Kiero decir. Me gusta chatear con vos, aunq no podamos ir a bailar...

—Obvio —comentó Melisa.

Gusano Empantanado dice:

Y si x casualidad tás ahí, kisiera saber q t parece eso. Digo, q no necesitamos ir a bailar, pero podemos seguir

chateando.

—Esperá que le contesto —dijo Carolina.

—No vale la pena, Caro...

—Es un segundo...

Y sin tener en cuenta los consejos de su amiga, empezó a escribir.

Luciémaga dice:

Ta bien.

Gusano Empantanado dice:

Ah!... Tabas ahí.

Luciémaga dice:

Obvio. Si no, no t taría contestando.

Disculpame. Lo q t dije fue muy feo.

—¿Se puede saber qué le dijiste? —Melisa estaba intrigadísima.

—Que ahora entendía por qué le gustaba comer caca —contestó Caro, como la cosa más natural del mundo.

—¿Come caca?!

—No, nena. ¡Cómo se te ocurre! —se rio Carolina—. Es una historia larga, después te cuento. Pará, que no me dejás leer.

Gusano Empantanado dice:

T propongo 1 trato: desde ahora, prohibido pedir disculpas. Si 1 mete la pata, se la banca.

Luciémaga dice:
Acepto.

—Preguntale por los dioses del Olimpo —pidió Melisa, que prefería que hablaran de algo de lo que ella estuviera informada.

Luciémaga dice:
Cómo van los dioses del Olimpo?

Gusano Empantanado dice:
Buenísimo. Me compré 1 libro d mitología griega...

—¿De qué? —Por lo visto, Melisa tampoco estaba informada de eso.

Gusano Empantanado dice:
Pero todavía no lo pude leer xq esta semana empezó el torneo.

Luciémaga dice:
Q torneo?

—De ajedrez debe ser —dedujo Melisa.

Gusano Empantanado dice:
D básquet.

Melisa largó una carcajada.
—Te está jodiendo... —dijo.

Luciémaga dice:
En serio jugás al básquet?

Gusano Empantanado dice:

T podría preguntar xq t asombra tanto, pero me parece q ya sé la respuesta. En serio, juego al básquet, contra otros paralíticos, obvio. No permiten jugar a los q caminan xq los podemos pisar con las sillas.

Ahora se rieron las dos, pero Melisa enseguida se tapó la boca.

—No hay que reírse de eso, che —dijo muy seria.

Luciémaga dice:

Nunca vi.

Ta bueno?

—¡Puf! ¡No sabés qué joda! —se rio Melisa, y volvió a taparse la boca.

Gusano Empantanado dice:

Si kerés, t aviso cuando haya partido para q vengas.

Melisa leyó eso y temió lo peor. Carolina era muy capaz de aceptar. Tenía que frenarla antes de que fuera demasiado tarde.

—¡No, Caro! Cortala. Después no te lo vas a poder despegar —le pidió.

Luciémaga dice:

Bueno, pero ahora no puedo xq tengo montones d pruebas.

Melisa levantó el pulgar en señal de aprobación. Bien contestado.

Gusano Empantanado dice:

No kerés venir ni ahí, no?

Carolina y Melisa se miraron. No era fácil engañar a este chico.

—Metete un verso. Metete un verso. —insistió Melu.

Luciémaga dice:

No. No kiero ir ni ahí.

Melisa no lo podía creer. ¿Cómo iba a contestarle tan brutalmente? ¡Tenía mil excusas para poner!

Gusano Empantanado dice:

T entiendo. Yo también me aburro mucho en las fiestas d ustedes.

Luciémaga dice:

Kiénes somos “nosotros”?

Gusano Empantanado dice:

Los q caminan.

Luciémaga dice:

Yo no dije q me aburren los partidos d “ustedes”. Me aburre el básquet. D los q caminan y d los q no caminan, tamos?

Gusano Empantanado dice:

Y cómo sabés q t aburre si nunca viste 1

partido d “nosotros”?

Luciémaga dice:

El básquet es siempre igual.

Gusano Empantanado dice:

No t creas. El nuestro es 1 básquet sangriento. Las sillas vuelcan, los chabones no se pueden levantar y los otros los atropellan. Corre mucha sangre.

—¡Puaj! —hizo Melisa. Era un relato espeluznante.
¿Sería cierto?

Luciémaga dice:

No t creo.

Gusano Empantanado dice:

Es cierto. Pero no es tan peligroso xq imaginate, q si t pisan 1 pierna, t cagás d risa. Para q la kerés?

Melisa estaba indignada. ¿Cómo podía reírse así de los discapacitados, justamente él, que era uno de ellos?

—Este tipo es una bestia, Caro —dijo.

Pero Caro no estaba interesada en lo que Melisa pudiera pensar.

Luciémaga dice:

Ta bien. Voy a ir.

—¡No, no, no!... —El desastre se aproximaba, y Melisa no sabía cómo hacer para frenarlo.

Luciémaga dice:

Cuándo es el próximo partido?

Gusano Empantanado dice:

El viernes. Mañana t paso bien la hora y la dirección.

—Decile que el viernes no podés, porfi... —dijo Melisa sacudiéndola del hombro.

Luciémaga dice:

El viernes... Ta bien. Mañana hablamos. Chau.

Gusano Empantanado dice:

Chau.

Oye Luciémaga... Esta es la primera vez q terminamos una charla sin pelearnos, viste?

Carolina apagó la computadora sonriendo.

—Estás rematadamente loca —dijo Melisa, resignada.

—¿Por?.... No hay ninguna diferencia entre chatear o ir a ver un partido de básquet.

—¡De discapacitados, nena! ¿Vos sabés lo que es eso?

—Nunca vi ninguno.

—¡Ay, bueno, Caro! Se ve que no tenés muchas ganas de discutir el tema.

—No hay nada para discutir, Melu. Voy a ir a ver un partido, nada más. Lo de salir con él era un chiste. ¿Mirá si voy a hacer una cosa así?

—Vos sos muy capaz.

—Quedate tranquila. Yo sé lo que hago

Pero Melisa no se quedaba nada tranquila. No hasta que Caro, por lo menos, empezara a salir con Bruno.





CAPÍTULO 23

ÉL



Durante el resto de la semana, Felipe y Tomás solo se vieron en la escuela. Los dos estaban muy ocupados: Felipe, porque salía con Jéssica todas las tardes y Tomás porque, desde que había invitado a Luciérnaga al partido, había decidido ir a entrenar todos los días. No quería hacer papelones.

De hecho, Tomás era uno de los mejores del equipo y también uno de los más afortunados. Sus compañeros tenían distintos tipos de discapacidades y algunas de ellas, incurables. Él todavía tenía alguna posibilidad. Remota, pero la tenía.

No siempre había estado en silla de ruedas. Había sido

un chico como todos, al que le gustaba, más que nada, jugar al fútbol. Pero a los nueve años había aparecido ese virus extraño que le atacó la médula y a partir de ahí... bueno... como él decía a veces, su vida había cambiado en un solo aspecto: en vez de jugar al fútbol, ahora jugaba al básquet.

Lo decía con humor, porque reírse a veces lo ayudaba a sobrellevar la dificultad, pero no había sido fácil, y no lo era ahora tampoco.

Fue durante la enfermedad cuando empezó a dibujar. De puro aburrido que estaba. Sus primeros dibujos, que él aún conservaba, eran “retratos del virus”. Tomás se lo imaginaba como un bicho peludo y sin patas, feo y sobre todo dientudo, al que siempre dibujaba comiéndose un pedazo de su médula. El “parálisis carnívoro”, se llamaba. Después se había transformado en un personaje de historieta, malísimo, al que nunca lograban atrapar.

El virus, por supuesto, se había ido, pero la médula había quedado dañada y las piernas de Tomás, inmóviles. Los médicos decían que, con un trasplante, tal vez pudiera volver a caminar. Pero la operación era arriesgada y, de todas formas, tenía que esperar a la adolescencia para hacérsela.

La adolescencia había comenzado y el momento se acercaba, pero Tomás, a pesar de someterse a estudios periódicos que no podía evitar, prefería no pensar en eso. Cuanto menos se ilusionara, menor sería la decepción si la operación no se podía hacer o si se hacía y no resultaba.

Así que, por ahora, seguía haciendo “vida de paralítico”

como él decía, y lo mejor de esta vida era jugar al básquet, sin ninguna duda.

Por supuesto que le gustaban mucho más los partidos que el entrenamiento. Dadas las características del equipo, el entrenador tenía una cierta flexibilidad en cuanto a la asistencia a las prácticas y Tomás se aprovechaba de eso para faltar de tanto en tanto. Pero esta vez, no solo no faltó a los entrenamientos habituales, sino que fue a entrenar fuera de horario, para sorpresa de todo el mundo.

—¿Te estás por presentar en las Olimpíadas? —lo cargaban los del club.

—Casi —decía Tomás—. Ando atrás de la medalla de oro.

Y seguía entrenando. Si el viernes jugaba bien, podía ser que Luciérnaga ya no le tuviera lástima, sino admiración.

Como decían sus compañeros: “Nosotros jugamos mejor que los de la NBA, porque cuando estamos en la cancha, nuestros pies no tocan el piso y los de ellos, sí”.

Tomás no quería ser como los de la NBA, solo quería escuchar a Carolina diciendo: “No puedo creer lo bien que jugás”.

CAPÍTULO 24

ELLA

Carolina también tuvo una semana agitada. Había quedado en salir a andar en bici con Bruno (esta vez, el programa lo había arreglado de antemano para no terminar de nuevo en la casa de Gastón) y sabía que era el momento de darle una respuesta.

Por supuesto, le iba a decir que sí, eso ya estaba pensado. Pero era la primera vez que se iba a poner de novia, y aunque Melisa la previniera sobre todo lo que podía pasar y le aconsejara todo lo que tenía que hacer o decir, Carolina no sabía cómo iba a resultar.

Por empezar, el paseo en bici estuvo bueno. Fueron a un parque que había cerca de su casa y dieron ochocientas vueltas, hasta que Bruno se cansó de ir despacio y la hizo pedalear como loca.

Según decía, él siempre iba mucho más rápido que eso, y jamás se había caído. Caerse de la bicicleta era algo que “le pasaba mucho a las chicas”, según Bruno. Carolina se reservó su opinión.

Compraron gaseosas, dejaron las bicis sobre el pasto, y se sentaron en un banco a descansar.

Carolina sabía que el momento había llegado. Estaba dura como un poste, y no se animaba ni a mirar a Bruno.

Seguramente, él también sabía que el momento había llegado, porque tampoco hablaba.

Se produjo un silencio incómodo. Los dos se miraron y se sonrieron, para volver a apartar la vista rápidamente.

De pronto, con un movimiento brusco, Bruno giró y pasó el brazo por detrás de Carolina, apoyándolo sobre el respaldo del banco, como para quedar más cerca de ella. Carolina, instintivamente, se corrió un poco. Él le sonrió y ella le sonrió, pero el silencio seguía molestando.

De golpe, los dos empezaron a hablar al mismo tiempo, y se rieron.

—Decí vos... —dijo Caro.

—No, no. Decí vos —le contestó Bruno.

—No, vos. Dale —insistió ella.

Entonces, Bruno, arrancó.

—Bueno, nada. Que te quería preguntar de lo del otro día....

A pesar de haber estado esperando la pregunta toda la tarde, o quizá por eso mismo, Carolina no entendió.

—¿Lo de *Ataque*? —dijo.

—No... Lo de salir juntos... ¿Lo pensaste?

A Caro le tembló la lata de Coca en la mano.

—Sí... —dijo.

—¿Y qué pensaste?...

—Está bien.

Por fin había pasado el momento. ¿Y ahora qué? Carolina miró la lata, mientras la hacía girar. Entonces Bruno, con suavidad, le apartó un mechón de pelo que le caía sobre el ojo.

Caro lo miró y Bruno, sin aviso previo, se acercó y apoyó sus labios sobre los de ella. Carolina clavó las uñas en la lata de Coca y ni siquiera respiró. La había tomado completamente de sorpresa. Apartó un poco la cabeza y miró a Bruno. Él le sonrió. La sonrisa era dulce, también los ojos, también el mechón de pelo que le caía en la cara, que no era dulce, pero era lindo. “El más lindo del mundo”, pensó Carolina y también sonrió. Bruno se volvió a acercar y esta vez sí, Carolina disfrutó del beso. No había sido su primer, sino su segundo beso.



CAPÍTULO 25

ELLOS



Objetivo logrado: Tomás, realmente, se lució jugando y su equipo ganó. Mejor de lo que pensaba.

Cuando comenzó el partido, trató de no mirar a la tribuna. Sabía que si llegaba a ver a Luciérnaga, era probable que ya no pudiera agarrar una sola pelota. Trató de no mirar, pero no lo logró. Ella le había dicho que iba a venir, él sabía que lo haría, pero hasta no verla, no se quedó tranquilo. Durante los primeros minutos, cada vez que el partido se frenaba su cabeza giraba hacia el público, sin que él pudiera dominarla. No podía encontrar a Carolina. Ese día había bastante gente y él la había visto una sola vez. Chicas de pelo largo había más de lo que le hubiera gustado. Se le cruzó por la cabeza que

Luciérnaga, a lo mejor, se había arrepentido a último momento. Ahí perdió una pelota.

“Me tengo que concentrar, me tengo que concentrar”, se repetía, pero no podía dejar de mirar. La pelota se le escurría de las manos como si estuviera encerada y el aro se le corría de lugar cada vez que tiraba.

La descubrió recién después de quince minutos, cuando uno de los de su equipo marcó un tanto. Al girar la silla para festejar, la vio en una punta de la tarima, aplaudiendo el tanto entusiasmada. La saludó con la mano y Luciérnaga le respondió. Entonces sí, ya no la miró más. No necesitaba hacerlo. Sabía que estaba ahí, y eso le bastaba. Entonces sí, empezó a jugar bien, y marcó un tanto detrás de otro.

Cuando terminó el partido, Luciérnaga lo esperó en el *hall* del club, como habían quedado. Había llegado nerviosa, un poco asustada, como siempre que uno se enfrenta a algo que no conoce. Pensaba que el partido iba a ser algo peor que aburrido, pensaba que iba a ser un bajón. Se arrepentía de haber venido sola. Tal vez Melisa tuviera razón: estaba un poco loca. En la cancha, estaban los jugadores reunidos alrededor del director técnico, cada uno en su silla. Se preguntaba si realmente iban a poder jugar. Le daba la impresión de que se iban a chocar, como decía Tomás. Pero no bien empezó el partido, la cosa cambió. Los chicos jugaban a una velocidad increíble. Ahí estaba el Gusano, y Carolina contenía la respiración cada vez que él agarraba la pelota. ¿No la habría visto o no la habría reconocido? No podía saberlo, pero lo cierto es que

ni la miraba.

Pasados los primeros cinco minutos de partido, en que Carolina tembló esperando un accidente, se olvidó por completo de la condición de los jugadores y empezó a disfrutarlo, y a gritar, y a entusiasmarse cada vez que el equipo del Gusano marcaba un tanto. Fue en ese momento que él la saludó. Después, no la miró más, pero a Caro no le importó: lo único que quería era que ganaran, y más que eso, que fuera el Gusano el que marcara los tantos. Hubiera gritado menos en una cancha de fútbol, de eso estaba segura.

Mientras lo esperaba, los chicos iban saliendo de los vestuarios. Las sillas pasaban a toda velocidad y Carolina tenía que correrse una y otra vez para que no la atropellaran. Algunos la miraban con curiosidad. Al menos, eso era lo que le parecía. Ellos eran tantos que, ahí, la rara era ella.

Después de un rato, apareció el Gusano. Estaba feliz.

—¿Lo viste todo? —le preguntó frenando la silla a su lado.

—Claro que lo vi —dijo Caro.

—¿Viste ese tanto que puse en el último tiempo? Fue una masa.

—No entiendo mucho...

—¡Pero fue genial! —Tomás no se podía desenchufar del partido—. Yo venía con la pelota por la derecha, ¿no?, y se me cruzó el chabón ese de la vinchita. Lo esquivé. Se me vino el otro. Le hice un pase a Diego, me la devolvió, tiré al aro, y tanto. Fue genial.

Carolina se rio. Le hacía gracia cómo el Gusano relataba el partido, casi saltando sobre su silla. Pero cuando se calmó, la miró y se puso serio.

—Te aburríste —dijo.

—No, no. Para nada.

—Otra vez me estás mintiendo.

—Fue raro, qué sé yo... Tenía miedo de que se lastimaran —tuvo que confesar Carolina.

—¿Por lo de la sangre?

Caro se rio.

—No. Que se lastimaran en serio.

—Y... a veces te das una que otra piña con la silla.

La conversación pareció haber llegado a su fin. Carolina miró alrededor, Tomás abrió y cerró el cierre de su mochila sin saber qué decir. Evidentemente, era más fácil chatear, pero este no era el momento adecuado para hablar de los dioses del Olimpo... ni de la amistad.

—¿Y ahora cómo te vas? —se le ocurrió a Carolina de repente.

—Con la camioneta. Nos reparten. ¿Vos?

—En colectivo.

—¿Ves?... Esto de las sillas tiene sus ventajas —bromeó Tomás.

Caro se rio, pero el nuevo tema también se había acabado.

—¿Todos los pibes de acá son amigos tuyos? —intentó un nuevo tema.

—Algunos. Pero mis mejores amigos son de la escuela. Caminan, quiero decir.

—¿Vas a una escuela normal? —preguntó Caro muy seria.

—¿Tengo pinta de retardado?

Carolina se rio, pero se puso colorada. Había metido la pata.

—No, pero pensé... —trató de justificarse.

Tomás la salvó de dar más explicaciones.

—Mientras sea una escuela sin escaleras no hay problema —dijo.

—Sí... claro...

Otro tema agotado. Bien. ¿Y ahora qué? ¿Se tenía que ir? No. Mejor esperar la camioneta.

Esta vez fue Tomás el que rompió el fuego.

—¿Por qué viniste? —le preguntó de golpe.

—Te lo había prometido, ¿no?

—¿Por?

No eran preguntas nada fáciles de responder. El Gusano había atacado.

—No sé... Vos viniste a mi fiesta —zafó Caro, como pudo.

—Sí... Igual es raro.

—¿Por qué?... ¿Las otras chicas no vienen? —¡Aguante con el contraataque!

—Nunca invité a ninguna. Sos la primera.

—¿La primera?

Caro no esperaba esa respuesta. Realmente esperaba que le dijera que sí, que todas venían.

—Sí. Soy bastante cobarde, ¿viste? Me da miedo que me digan que no.

—¿Y conmigo no tenías miedo?

—No. Pero estaba seguro de que no ibas a venir — confesó Tomás.

—Te pinché el globo.

—Algo así —se rio Tomás.

—Hasta dejé plantado a mi novio para venir a ver el partido— se agrandó Carolina.

Siguiendo los consejos de Melisa, sabía que tenía que dejar bien en claro que “ella tenía novio”. No fuera cosa de que el pibe se confundiera. Pero no le sirvió de mucho.

—Esa no te la creo... —dijo Tomás.

—Te juro... Lo dejé plantado.

—No. Lo que no te creo es que tengas novio.

—Sí, tengo.

Carolina se puso colorada otra vez.

—¿Hace mucho? —quiso saber Tomás.

—Seis meses —mintió.

—¡Una bocha! —se asombró Tomás sin mucho entusiasmo.

—Sí.

—¿Y?... ¿Todo bien?

Carolina no le entendió. ¿Qué quería decir “todo bien”? ¿Pretendía que le contara cómo se llevaba con Bruno?

—Quiero decir... ¿Le dijiste que venías? —aclaró Tomás.

—Por supuesto —mintió otra vez.

—¿Qué idiota, no?... El chabón no se iba a poner celoso...

Tomás hizo una mueca, o apartó la mirada, o hizo algo

que le dio a Caro la sensación de que su respuesta no le había gustado. ¡Y su respuesta era una mentira!

—Mentira. No le dije —confesó.

—Otra vez me estás mintiendo.

—Esta vez, no. Mirá. Ni siquiera le dije que chateaba con vos.

—Mmmm... Tu novio pinta para cornudo.

—¡Nada que ver! —dijo pegándole en el hombro.

Tomás se agarró el brazo con fuerza. Le había dolido, seguramente. Carolina le quiso pedir disculpas, pero él no la escuchaba.

—¡Mirá lo que hiciste! Ahora tampoco voy a poder mover el brazo... —se quejaba.

—¿En serio?

Carolina no sabía qué hacer.

—¿Te creés que voy a bromear con algo así? ¿Nunca te dijeron que los paralíticos tenemos los músculos muy sensibles?

—¿Me lo estás diciendo en serio?

¿Lo habría lastimado? Seguramente en ese lugar habría algún médico. Tomás no paraba de quejarse.

—¿En serio te lastimé? —repitió Carolina agachándose sobre él para ayudarlo.

—¡¡¡Nooo!!! —gritó Tomás estirando el brazo de golpe.

Carolina se fue para atrás y casi pierde el equilibrio. No sabía si reírse o llorar. Había creído que lo había lastimado de verdad. Tenía tal cara de susto, que ahora fue Tomás el que se tuvo que disculpar.

—Perdoname —dijo.

—Dijimos que no había que pedir disculpas —le recordó Carolina.

—Es cierto. Disculpame.

Los dos se rieron. El mal momento había pasado, pero otra vez estaban buscando las palabras, y fue Tomás el que las encontró.

—¿Te animás a ir a tomar un helado afuera del club?

—Sí, más bien. ¿Cómo no me voy a animar?

—Conmigo, digo.

—Vos sos demasiado acomplejado, me parece —dijo Caro, un poco temerosa de que Tomás se volviera a enojar con ella.

—Yo no. La gente.

—Bueno, como sea. A mí no me importa ir a tomar un helado con vos. ¿Estamos? Así que bancátela.

Carolina sabía perfectamente que la que se la tenía que bancar era ella, pero ante el desafío, ni loca decía que no se animaba a salir con él.

Tomás miró su reloj.

—Tenemos diez minutos hasta que llegue la camioneta —dijo.

—Y para que llegue mi mamá a buscarme —agregó Carolina.

—Entonces... corramos.

Carolina lo miró con la boca abierta. ¿Corramos? Le estaba tomando el pelo otra vez. Pero Tomás insistió.

—¿Te creés que no podemos correr? Vas a ver.

Tomás le pegó un empujón a las ruedas de su silla y se detuvo un poco más allá, porque Caro no lo seguía.

—¿Y?...

—¿Qué hago? ¿Tengo que empujar la silla? —preguntó ella, temerosa.

—Como quieras.

Carolina se paró detrás de la silla, agarró las manijas, y empezó a empujar con mucho cuidado. Nunca había hecho eso.

—¿Esa es toda la fuerza que tenés? —se burló Tomás.

—No. Tengo miedo de chocar.

Tomás largó una carcajada.

—Vos dale sin miedo, que yo te guío —la tranquilizó.

Carolina empujó con más fuerza, mientras Tomás le daba indicaciones.

—Derecha, ahora derecho, cuidado con ese pozo. Dale más. Dale más. ¡A la izquierda! Dale más, no tengas miedo. ¡A la derechaaaa!

Cuando llegaron a la esquina, Carolina ya casi corría empujando la silla de Tomás. Y no es que fuera muy derecho, no iba nada derecho. Tomás le daba indicaciones a los gritos y se burlaba de ella.

Llegaron a la heladería sin aire, por el esfuerzo y por las carcajadas. Carolina nunca hubiera imaginado que empujar una silla de ruedas podía resultar algo tan divertido.



CAPÍTULO 26

ELLA

Caro la había pasado realmente bien. Mucho mejor de lo que esperaba. Quiso contarle todo a Melisa, pero en el medio del relato, su amiga la interrumpió porque tenía algo mucho más importante que decirle: había arreglado con Bruno y con Gastón que, al día siguiente, los cuatro iban a ir al parque a andar en bici. La primera salida juntos. Lo que Melisa estaba esperando.

—Me podrían haber consultado —se quejó Caro.

—Bueno, nena, vos te habías ido a tu partido de paralíticos. ¿Adónde te iba a llamar?

Era claro que a Melisa, el asunto del partido no le había gustado nada. Caro la conocía bien y sabía que, en general, a su amiga no le gustaban las cosas de las que no podía participar. Y con el Gusano... bueno, ni podía ni quería participar. Para ella, eso era una tontería de la que tenía que rescatar a Carolina.

Así que, viendo que no podía compartir su entusiasmo con Melisa, dejó de hablar del partido y escuchó pacientemente los últimos chismes sobre Bruno, sobre Gastón y también sobre Jéssica que, según se decía, con este novio nuevo estaba batiendo su récord de permanencia.

No quería pelearse con Melisa. Hacía mucho que eran amigas y cosas similares sucedían todo el tiempo. Carolina las soportaba, tanto como Melisa soportaba las suyas. Se querían y eran inseparables. Eso era suficiente. Y lo del Gusano... bueno, lo del Gusano se lo podía guardar para ella. No necesitaba compartirlo con nadie.

Y aunque Melisa no la escuchara, al menos la había ayudado para que fuera al partido, diciéndole a Bruno que Carolina había ido a visitar a su tía. Punto. No más comentarios.

El problema es que Caro no estaba muy acostumbrada a mentir, así que, esa noche, cuando Bruno la llamó, le dijo que estaba muerta de sueño y le cortó enseguida. Tenía miedo de pisarse. Es cierto que Bruno no tenía por qué enojarse, pero Melisa le había aconsejado no decirle nada porque, según su opinión, los varones tienen celos de cualquier cosa; hasta de un gusano.

Cuando al día siguiente los cuatro se encontraron en el parque, Carolina ya no se acordaba de que Melisa no la había escuchado. Ni siquiera se acordaba del partido. Todo hubiera estado muy bien, si Melisa no la hubiera mandado al frente.

Habían corrido una carrera con las bicicletas y Gastón se estaba quejando de haber perdido por culpa de Melisa, que pedaleaba muy despacio.

—¡Sos re-paralítica, nena! —le dijo.

A Carolina, el comentario le molestó. Ella sabía perfectamente lo bien que podían hacer deportes los “re-paralíticos”.

—Eso no tiene nada que ver... —contestó muy seria.

—¿Qué cosa? —preguntó Gastón, que ni se había dado cuenta de lo que había dicho.

—Eso. Los paralíticos corren súper rápido —aclaró Caro.

No fue una buena respuesta. Los otros tres largaron una carcajada.

—¡Ah!... Bueno!... ¿Dónde viste un paralítico corriendo? —se burló Bruno.

Y ahí fue donde Melisa la deshabó.

—Caro tiene un amigo que anda en silla de ruedas —dijo.

Carolina la pateó con disimulo, pero ya era demasiado tarde. La burla siguió.

—¿Y corre? —dijo Bruno conteniendo la risa.

Pero a Caro seguía sin hacerle gracia.

—Con la silla, por supuesto —contestó.

Los chicos dejaron de reírse, y empezaron a preguntarle cosas sobre “su amigo”: si nunca había caminado, si lo conocía desde hacía mucho, si nunca iba a caminar. Carolina contestaba lo que sabía.

—Yo no podría tener un amigo así —concluyó Gastón.

—Yo tampoco —estuvo de acuerdo Melisa.

—No tiene nada de raro —dijo Carolina.

—Dale, Caro. ¡¿Cómo que no tiene nada de raro?! —Decididamente, el tema indignaba a Melisa.

—No. Es como nosotros... Solo que no puede mover las piernas.

—Y le gustan los dioses del Olimpo —agregó Melisa riéndose.

Ahora sí, Carolina estaba enojada. Melisa se había empeñado en burlarse de ella, arrastrando a Bruno y a Gastón.

—Pero si la pensás —dijo Gastón cuando paró de reírse —, hay un montón de cosas que no podés compartir con un chabón así.

—Y otro montón que sí. ¿Qué tiene? Yo no voy a jugar al *rugby* con ustedes, y sin embargo podemos estar acá charlando... Es lo mismo —siguió defendiéndose Caro.

—Sí, para charlar, sí. Pero no sé... No podés ir a bailar, por ejemplo.

—Mi amigo dice que baila.

Este comentario desató otra carcajada.

—¿Vos lo viste? —preguntó Bruno cuando pudo hablar.

—No.

—Te verseó.

Carolina sabía que era inútil tratar de convencerlos de lo contrario. Estaban dispuestos a reírse de ella y por mucho que argumentara, cualquier cosa era motivo para una nueva burla. ¡¿Por qué Melisa tenía que haberlo contado?!

Carolina decidió no seguir hablando del tema y dejó que se rieran todo lo que quisieran. Problema de ellos. Pero la salida dejó de ser divertida. Lo único que quería era volver a su casa para chatear con el Gusano. Al menos él no se reía de ella. ¿No se reía?... Bueno, sí, pero era distinto.

Se levantó, agarró su bici y dijo que su mamá la esperaba temprano para ir a la casa de la tía.

—¿Otra vez? —preguntó Bruno.

—Otra tía —mintió rápidamente Caro.

Pero Melisa sabía perfectamente que no había una tía, y mucho menos dos.

—Pará, Caro, te acompaño hasta la esquina —dijo levantándose de un salto—. ¿Me aguantan? —les preguntó a los chicos.

Los chicos dijeron que sí, y Melisa corrió atrás de Carolina.

—¿Qué hacés? —le preguntó tras cerciorarse de que los chicos no la escuchaban.

—Me voy —dijo Caro muy seca.

—¿Te enojaste?

—No, ¿por?

—Me pareció. Como te fuiste de golpe...

—Es que quedamos con el dios del Olimpo en chatear a las siete. Ya casi no llego.

Eso era verdad solo en parte: habían quedado en

chatear, pero a las ocho. De todas formas, no fue lo mejor que podía haber dicho.

—¡Ay, Caro! ¿Cuándo la vas a cortar? —le reprochó Melisa.

—No tiene nada de malo.

—No, de malo no, pero ese pibe... Decime, ¿tiene nombre el dios del Olimpo?

—Gusano Empantanado.

—Nombre de verdad, digo.

—¿Sabés que nunca se lo pregunté?

—¿Nunca se lo preguntaste? —Las sorpresas no terminaban nunca.

—No, te lo juro. No se me ocurrió. Hoy le pregunto.

—Por mí, dejalo. No tengo ningún interés —dijo Melisa con muy mala onda.

—Pero yo, sí. Chau, después te llamo —se despidió Caro con la misma mala onda.

Quiso subirse a la bici, pero Melisa la agarró del brazo.

—Caro... ¿vos estás segura de lo que estás haciendo? —le preguntó.

—¿Con qué?

—Con ese chabón.

—No estoy haciendo nada.

—Sí, estás haciendo. Chateás con él todos los días, fuiste al partido ese... —insistió Melisa.

—¿Y?...

—No sé... no me parece.

—¿Qué cosa no te parece? —Carolina se estaba impacientando. No tenía ganas de hablar. Estaba cada vez

más enojada.

—Que le des tanta bola.

—Primero, no le doy “taaanta” bola —le contestó— y, segundo, es un amigo y no tiene nada de malo chatear con él. Es divertido.

—Para vos puede ser, pero para el flaco, capaz que... no sé... capaz que se enrolla.

—¿Qué se enrolla con qué?

—Con vos, nena, con vos.

La charla ya parecía una conversación de sordos. Por muchos intentos que Melisa hiciera para hacerse entender, estaba visto que Carolina no quería escuchar y, mucho menos, poner el tema en consideración. Melisa lo sabía muy bien. Cuando Caro se hacía la tonta, era como hablarle a una pared.

—¿Conmigo?... Nada que ver. —Caro trató de ser convincente, pero hasta ella misma dudó de sus palabras.

—Pensá un poco, Caro... Vos lo tenés a Bruno, a mí, a los chicos. Salimos, hacemos una vida normal, pero ese flaco capaz que no anda con muchas chicas. Quiero decir, capaz que las minas no le dan bola, y entonces el chabón piensa que vos... que si vos...

—¿Que si yo qué? No te entiendo.

—¿Mirá si se te tira? —Melisa lo dijo como si hubiera escupido algo que tenía atragantado desde hacía tiempo.

—¡Ni loco se me va a tirar! —se rio Caro—. ¿De dónde sacaste eso?

—Se me ocurrió. Podría ser, ¿no?

—No. El dios del Olimpo es un amigo y nada más. No

tiene otra intención, ni yo tampoco, dicho sea de paso. No anda levantando minitas por ahí.

—Porque no puede.

—Porque no puede, o porque no quiere, o por lo que sea. Así que quedate tranquila —dijo Caro, molesta con el comentario.

—Yo estoy tranquila.

—Entonces está todo bien, porque yo también. Chau.

Entonces sí, se subió a la bici y se fue.

Melisa la miró alejarse. Estaba enojada. No, preocupada. Estaba enojada y preocupada. Tal vez un poco celosa también, pero eso, ni ella misma lo sabía.

Carolina pedaleó a toda velocidad hasta su casa para sacarse la bronca, para alejarse de Melisa y para llegar cuanto antes a chatear con el Gusano.

Mientras prendía la computadora se preguntó si estaría bien lo que estaba haciendo: se acababa de pelear con su mejor amiga, por alguien de quien ni siquiera conocía el nombre.

No, no estaba bien. Tenía que preguntarle al Gusano cómo se llamaba.



CAPÍTULO 27

ELLOS



@usano Empantanado dice:
Tomás.

Luciémaga dice:
No tenés cara d Tomás.

Gusano Empantanado dice:
Cómo es la cara d Tomás?

Luciémaga dice:
No sé... Con pecas.

Gusano Empantanado dice:
Ah... bueno... Tomás es con pecas. Y...
José, entonces?

Luciémaga dice:
Morocho y cejudo.

Gusano Empantanado dice:
Javier?

Luciémaga dice:
Flaco y narigón.

Gusano Empantanado dice:
La tenés re-clara. Entonces, si no tengo cara d Tomás, cara d q tengo?

Luciémaga dice:
D gusano.

Gusano Empantanado dice:
Muy graciosa. Ahora dejame a mí.
Vos tenés cara d...
Carolina.

Luciémaga dice:
Sí!!!! Viste q es verdad?
Cómo adivinaste?

Gusano Empantanado dice:
Soy muy intuitivo. T digo +: seguro q t dicen Caro.

Luciémaga dice:
A todas las Carolinas nos dicen Caro.
No puedo creer q lo hayas adivinado!

Gusano Empantanado dice:
Bueno, cuando 1 mira bien a una persona... sobre todo si la mira d atrás...
y sobre todo, si le mira la mochila donde dice
"Caro", o le afanó la mochila a alguien,

o se llama Carolina.

Luciémaga dice:

Sos 1 tonto!

Gusano Empantanado dice:

Todo lo contrario. Soy muy observador y merezco un premio x haber adivinado.

Q me vas a dar?

Luciémaga dice:

Yo?... Nada. No había premios

Gusano Empantanado dice:

Premio consuelo?

Luciémaga dice:

Tampoco.

Gusano Empantanado dice:

Kerés ir al cine el viernes?

Luciémaga dice:

Pará un poquito. Eso q tiene q ver?

Gusano Empantanado dice:

Es el premio. Ganá y pasá 1 día con tu actriz favorita!

Luciémaga dice:

Yo no soy actriz.

Gusano Empantanado dice:

Ese era el primer premio.

El segundo es dos entradas de cine

para ir con tus amigos.

Luciémaga dice:

A ver q?

Gusano Empantanado dice:

Vos elegís.

Luciémaga dice:

Si t digo una d amor me matás, no?

Gusano Empantanado dice:

Acertaste.

Luciémaga dice:

Entonces elegís vos.

Gusano Empantanado dice:

Si t digo una de acción me matás, no?

Luciémaga dice:

Acertaste.

Gusano Empantanado dice:

Incompatibilidad absoluta.

Tampoco podemos ir al cine.

Luciémaga dice:

Xq "tampoco"?

Gusano Empantanado dice:

Ni a bailar, ni al cine.

Luciémaga dice:

Cierto.

Gusano Empantanado dice:

T invito a mi casa.

Luciémaga dice:

A tu casa?

Gusano Empantanado dice:

Sí. Tiene algo de malo?

Luciémaga dice:

No. No sé.

No t conozco mucho...

Gusano Empantanado dice:

Tenés miedo?

Luciémaga dice:

No.

Gusano Empantanado dice:

Sí, tenés miedo.

Luciémaga dice:

Te dije que no.

Gusano Empantanado dice:

Mentís otra vez.

Luciémaga dice:

No miento.

Y no te tengo miedo.

Podemos cambiar d tema?

Gusano Empantanado dice:

Bueno.

Hablemos d la amistad.

Luciémaga dice:
Cortala.

Gusano Empantanado dice:
Toy hablando en serio.
Vos dirías q nosotros
somos amigos?

Luciémaga dice:
Eh... sí. Me parece q sí. Y vos?

Gusano Empantanado dice:
No lo sé.
Todos mis amigos son varones.
No tengo amigas mujeres.

Luciémaga dice:
Nunca tas con chicas?

Gusano Empantanado dice:
Sí q toy. Pero yo no diría q son
mis amigas, precisamente.

Luciémaga dice:
Tus novias?

Gusano Empantanado dice:
Obvio.
Tengo 5.
Lucía, Lorena, Laura, Lola y Lucila.
Todas con ele.

Luciémaga dice:

No se puede hablar con vos!

Gusano Empantanado dice:

Tenés razón. Vas a venir a mi casa, o no?

Viernes 18 horas. Con vestido largo.

Luciémaga dice:

No tengo vestido largo.

Gusano Empantanado dice:

Bueno, vení como kieras,
pero no sé si el mayordomo
t va a dejar entrar.

Luciémaga dice:

Mayordomo?

Gusano Empantanado dice:

Era un chiste.

Q pasa Luciémaga?

Se t apagó la lucecita?

Luciémaga dice:

Para nada. Ta bien. El viernes.

Gusano Empantanado dice:

Traé facturas.

Luciémaga dice:

Con dulce d leche o sin dulce d leche?

Gusano Empantanado dice:

Con.

Luciémaga dice:

Tortitas negras?...

Gusano Empantanado dice:

1 docena, por lo menos...

Luciémaga dice:

Ta bien.

Nos vemos el viernes.

Gusano Empantanado dice:

Cambio y fuera.

Luciémaga dice:

Chau, Tomás.

Gusano Empantanado dice:

Chau, Caro.





CAPÍTULO 28

ÉL



—Viene el viernes.

Así lo recibió Tomás a Felipe.

—¿Quién viene?

—Luciérnaga. Bueno, en realidad, ya averigüé cómo se llama: Caro. Bueno, le dicen Caro. Se llama Carolina. No hay que ser muy ingenioso para darse cuenta. De todas formas, para mí, es Luciérnaga. Me gusta más. Carolinas hay un montón. Yo te digo Caro, y te tengo que empezar a explicar cuál Caro, en cambio si te digo Luciérnaga, no te confundís. Así, que bueno, viene el viernes.

—Ah... —dijo Felipe, arrojando la mochila sobre la cama y tirándose sobre la silla.

—Te juro que no lo puedo creer, chabón. ¿No es raro?... Ya fue raro que viniera a ver el partido, pero eso, bueno... era algo... no sé, más impersonal. Pero la invité a mi casa y me dijo que venía. No, en realidad primero la invité al cine, y con eso no enganchó. Pero yo creo que fue porque no le gustan las películas de acción, y yo ni loco me bancaba una romántica.

Tomás respiró y Felipe, a modo de respuesta hizo un

sonido extraño, tipo “mmm” o “mjjj” o “jjjj”. No importa qué, porque Tomás siguió.

—Entonces, cuando vi que lo del cine no iba, se me ocurrió lo de mi casa. ¡Y me dijo que sí! No sé, me parece que es bueno charlar personalmente. Por chat está todo bien, pero personalmente es distinto. ¿No te parece?

—Seee...

—En el club, mejor dicho en la heladería, la pasamos bien. Aunque no sé si en mi casa no es medio aburrido. Pero ella dijo que sí, ¿podés creerlo? Dijo que sí.

Esta vez, Felipe ni siquiera contestó.

—¡Hola! —le llamó la atención Tomás.

—¿Qué me decías? —preguntó Felipe haciendo un esfuerzo por escucharlo.

Recién entonces, Tomás se dio cuenta de que hacía como cinco minutos que estaba hablando solo.

—Pará, chabón. ¿Te pasa algo?

—Corté con Jéssica —dijo Felipe de una.

Tomás tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse al escuchar esa voz de tragedia.

—¿Cortaste con Jéssica? Pero... ¿no era que venía todo espectacular?

—Venía. Vos lo dijiste. Tiempo pasado.

—Pero pará, pará... ¿Qué pasó? ¿Qué estupidez hiciste?

—Ninguna, te juro. No sé lo que pasó. Hoy la fui a buscar a la escuela, como habíamos quedado y empezamos a caminar y cuando doblamos la esquina, me dijo que estaba confundida, que no sabía si me quería y que

necesitaba un tiempo.

—Entonces no cortaste... —trató de consolarlo Tomás.
Felipe lo miró descreído.

—Un tiempo de toda la vida —dijo—. Eso es una excusa.

Tomás giró sobre su silla de ruedas.

—No lo entiendo. Algo tiene que haber pasado. ¿Se pelearon?

—No, chabón, no. Te juro que no pasó nada. La noche anterior habíamos estado hablando como una hora. Estaba todo bien. No sé... Se piró de golpe... Qué sé yo.

—¿Pero no le preguntaste?

—¿Qué querías que le pregunte?

—No sé. Por qué necesitaba un tiempo. Algo...

—Porque estaba “confundida”, ¿no te digo? No sé qué se confundía. La batalla de San Lorenzo con las Invasiones Inglesas. Qué sé yo.

Tomás se rio.

—No es un buen motivo para cortar.

—No. Pero es tan ridículo como eso. ¡Qué sé yo! Las minas son demasiado complicadas —dijo Felipe arrojando sobre la pared la goma de borrar que estaba sobre el escritorio.

—Está bien, tranquilízate, que tirando mis cosas no vas a resolver nada.

—Es que no hay nada que resolver, ¿no entendés? Chau, pif, ya fue.

—Todo tiene sus ventajas —trató de razonar Tomás—. Si esta mina hizo esto, quiere decir que es una tarada.

¿Estamos de acuerdo hasta ahí?

—Sí. Aunque hasta hoy, no parecía.

—Eso no importa. Una vez basta.

—¿Y esa ley de dónde salió? —preguntó Felipe.

—La acabo de inventar. Es buena, ¿no? Ninguna mina es tarada hasta que se manda una taradez.

—Bueno, muy linda tu ley, pero no sé adónde vas.

—A que si es una tarada, no tiene ningún sentido que sigas con ella. Es más, suponete que ella te llame mañana y te diga que no está más confundida, que ya se aclaró...

—No me va a llamar —contestó Felipe desde el fondo de su depresión.

—Pero imagínate que te llama. Como una hipótesis, digamos.

—Está bien, me llama y ¿qué? Ya se arregló todo.

—¡No! Ahí está el punto. Como vos ya comprobaste que es una tarada, le decís que no querés volver, justamente, porque es una tarada.

—¿Y qué arreglo?

—Nada. No la ves más, pero conservás el honor intacto.

Felipe, ahora, no arrojó una goma: arrojó un cuaderno, y no contra la pared, sino contra Tomás. Le estaba tomando el pelo.

—Vos reíte —dijo Felipe—, pero te quiero ver la cara cuando una mina te deje plantado. Hablando de eso, ¿supiste algo de la Luciérnaga?

— ¡Alto! —gritó Tomás.

Felipe se sobresaltó.

—¿.Qué pasa? ¿.Qué dije de malo?

—De malo, nada. Bueno, en realidad sí, porque te conté cuando llegaste todo lo que sabía de Luciérnaga y ni me escuchaste, pero en todo caso, después arreglamos cuentas. Ahora se me acaba de ocurrir una idea.

—Sonamos —dijo Felipe, que ya conocía las ideas de Tomás.

—Esta es buena, te lo juro. Luciérnaga y Jéssica van a la misma escuela ¿no?

—Sí, chabón. Eso ya lo sabés.

—Bueno, entonces, seguro que se conocen. Capaz que están en la misma división.

—Puede ser. Pero no veo qué tiene que ver.

—Que cuando la vea a Luciérnaga...

—¿La vas a ver otra vez? —preguntó Felipe asombrado.

—Esa es la parte que te perdiste y que no te pienso volver a contar. Bueno, cuando la vea, le puedo preguntar qué onda con Jéssica, si la conoce, si sabe que salía con un chabón.

—No salía con un chabón, salía conmigo —casi se ofendió Felipe.

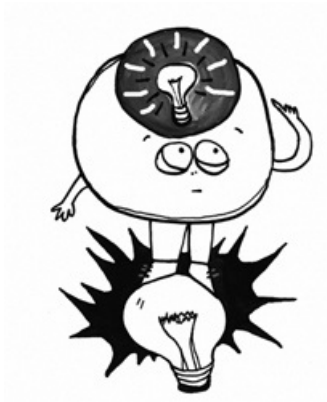
—Sí, pero Luciérnaga no sabe quién sos vos, o que vos, que salías con ella, sos amigo mío, que a su vez, soy amigo de ella, que capaz es amiga de Jéssica. A lo mejor me tira algún dato.

—¿Y?... —preguntó Felipe sin poder seguir el razonamiento de Tomás.

—Y nada. Que si sé algo, te lo cuento. Ahí termina mi plan.

Otro cuadernazo le voló la cabeza.

A pesar de eso, una vez que Tomás volvió a contar lo que pasaba con Luciérnaga, convinieron que en el próximo encuentro trataría de averiguar algo sobre Jéssica. El plan no servía para nada, pero al menos Tomás había logrado que a Felipe se le levantara el ánimo.



CAPÍTULO 29

ELLA

—¿Te dije que mis viejos se van de viaje este fin de semana? —dijo Bruno tirándose en el pasto y apoyando la cabeza sobre las piernas de Carolina.

La había pasado a buscar por la escuela y, como siempre, habían ido al parque, que ya era el paseo obligado. Caminaban un rato y después se sentaban en “su” banco. Así llamaban al banco en el que Caro había dicho que sí.

Pero hoy, “su” banco estaba ocupado, así que se tiraron un rato en el pasto.

—No. ¿Adónde? —preguntó Caro.

—A la costa. ¿No está copado?

—Sí. Me encanta el mar —contestó distraída.

Bruno se incorporó.

—¿Quién habla del mar? Está copado que se vayan. ¡Cuatro días de libertad! Toda la casa para mí solo —dijo estirándose para disfrutar por anticipado el placer de un fin de semana sin padres.

—¿Y tu hermano?

—Mi hermano se queda. Pero él hace la suya. No jode para nada.

—Buenísimo —comentó Caro sin demasiado interés.

La noticia no tenía nada que ver con ella. Al menos, eso pensaba.

—Ya organizamos una fiesta para el viernes —dijo Bruno.

—¿Quién organizó?

—Gastón y yo. ¿No te dijo Melisa?

Desde la pelea del otro día, Carolina y Melisa hablaban solo lo imprescindible, y no, no le había dicho.

—¿Vas a venir, no? —dijo por sentado Bruno.

Recién en ese momento, Carolina tomó conciencia de que si los padres de Bruno se iban afuera, la noticia sí tenía que ver con ella. Una fiesta. Una fiesta en casa de Bruno. El viernes. Bueno... estaba en un problema.

—Si me dejan... —esa excusa, además de ser cierta, era buena—. Mi viejo no se copa mucho cuando no conoce a la gente.

—Entonces vamos a tu casa, para que tu viejo me conozca. Yo les caigo muy bien a los viejos. —Bruno parecía tener solución para todo.

—No digo así. Digo conocer de mucho tiempo. Y menos, si tus viejos no están —todavía podía pelearla.

—No tienen por qué enterarse de que no están.

—No. Es cierto —tuvo que reconocer Caro.

—Ni siquiera tienen que enterarse de que venís a mi casa. ¿No le podés meter algún verso... que vas a lo de

Melisa o algo así? —levantó la apuesta Bruno.

—No sé. Ya voy a ver.

Mejor patear el asunto para adelante, hasta que se le ocurriera algo. ¡No pensaba mentir! Mucho menos, para algo que ni siquiera sabía si le interesaba.

—No te veo muy entusiasmada —Bruno parecía disgustado.

—Sí... No... Es que... ¿No puede ser el sábado?

—El sábado le toca a mi hermano. ¿Por? ¿Qué tenés que hacer? ¿Otra vez vas a la casa de tu tía?

—No, no... Es que ¿viste? el viernes estás cansada, vas a la escuela...

—Hablás como mi vieja. “Brunito, no salgas, que estás muy cansado”. Yo nunca me canso. Y menos por una fiesta —canchereó Bruno.

—No, yo tampoco.

—Bueno, dale. ¿Vas a venir?

—Sí... No sé... Tengo que arreglar —contestó Caro, no muy convencida—. Después te digo.

El panorama se había complicado. No le podía decir a Melisa lo que le pasaba, porque las cosas no estaban bien con ella; no le podía decir a Bruno la verdad, porque... bueno, no daba decirle que iba a lo de Tomás, aunque jurara y rejurara que era su amigo; no daba decirle a Tomás que no iba, porque se iba a sentir mal; no daba decirle a Gastón que suspendiera la fiesta porque... bueno, porque jamás hablaba con Gastón.

Cualquier cosa que decidiera iba a enojar a alguien. Tenía que arreglárselas para ir a los dos lados.

Decidió contarle a Melisa la verdad y decirle a Bruno que iba a llegar más tarde porque... ¡tenía que ir a la casa de su tía!

Como si todo fuera poco, se tuvo que aguantar un reto de su mamá: “que estaba saliendo demasiado y que se tenía que pasar todo el día arriba del auto llevándola de un lugar a otro...”. ¿Qué culpa tenía si todo el mundo organizaba cosas para el mismo día? Su vida era muy complicada.



CAPÍTULO 30

ELLOS



Carolina llegó puntualmente, con el paquete de facturas temblándole en la mano. Era la tercera vez que veía a Tomás, pero todavía no se había acostumbrado. Todo era distinto, todo era nuevo. Tal vez la casa de Tomás también fuera distinta. Tal vez estuviera adaptada a la silla de ruedas. Tal vez tuviera una habitación especial o un baño para él. Tal vez no supiera qué hacer ni qué decir. Tal vez y tal vez. Todo era raro con Tomás, menos chatear.

Pensaba que iba a sorprenderse, y se sorprendió, porque todo... era igual que en todas las otras casas de sus amigos, la suya incluida.

Tomás le abrió la puerta, cosa que no esperaba, y la

condujo hasta su cuarto, su reducto, como él decía. La mamá llegó con gaseosas, retó a Tomás por tener el cuarto hecho un desorden y desapareció.

—¿Vos ordenás tu cuarto? —preguntó Caro, sin entender por qué no había alguien que lo ayudara.

—Yo “desordeno” mi cuarto —dijo Tomás—, si no, no encuentro nada. Pero mi vieja no lo entiende, y dice que está todo tirado. Tirado sí, pero en su lugar.

—A mí me pasa lo mismo —se rio Caro—. ¿Por qué todas las madres tendrán esa obsesión con el orden?

—No sé, pero yo prefiero aguantarla, antes de que me toquen mis cosas. Odio eso.

—¿Viste? Siempre piensan que es basura algo que necesitás o que querés guardar, y te lo tiran.

—¡Sí! —dijo Tomás, entusiasmado con la coincidencia de impresiones.

Carolina recorrió el cuarto. Le gustaba. Le gustaban hasta las medias sucias desparramadas por el suelo.

—Pensé que tu cuarto iba a ser distinto —confesó. Tomás se encogió de hombros.

—Por lo de la... —quiso aclarar Caro-lina.

—Sí, ya sé por qué. En realidad, salgo ganando, porque me tocó el cuarto más grande de la casa. Está planificado para que pueda moverme por todos lados, mirá.

Y Tomás le hizo una demostración de desplazamiento, a toda velocidad y sin chocarse con nada. Carolina se apartaba hacia uno y otro lado, realmente sorprendida.

—¿En serio nunca te chocás?

—Jamás —dijo Tomás. “Salvo cuando me tiré sobre la

compu para leer tu mensaje”, pensó, pero no lo dijo—. También lo puedo hacer con los ojos cerrados. ¿Querés que te muestre?

—No, gracias —se rio Caro.

—Estoy practicando para cuando me quede ciego —bromeó Tomás, muy serio.

Caro movió la cabeza en desaprobación, pero no contestó. Se estaba acostumbrando a las barbaridades de Tomás.

Mientras comían las facturas, Tomás aprovechó para preguntarle si conocía a Jéssica.

Antes de que Tomás terminara de decir el nombre, Carolina ya estaba hablando pestes de ella. No soportaba a Jéssica, nunca la había soportado. Solo pensaba en la ropa, y en el pelo y en los anillitos. Cambiaba de novio cada dos días. Era una tarada.

—Coincido en eso —dijo Tomás.

—¿Y vos de dónde la conocés, ahora que lo pienso? —preguntó Caro sorprendida, temiendo que, después de las barbaridades que había dicho, Jéssica fuera una prima de Tomás, o algo así.

—Es... bueno... “era” la novia de mi amigo.

Caro abrió la boca.

—¿Tu amigo es...? ¿Ese es tu amigo?...

Así que la conversación saltó de Jéssica a Felipe y juntos llegaron a la conclusión de que lo mejor para Felipe era haber cortado, y que había que convencerlo para que ni siquiera la volviera a llamar por teléfono.

—Yo puedo pedirle a Melisa que averigüe en qué anda

—se ofreció Caro—. Melisa siempre averigua todo. Aunque, te digo, seguro que está saliendo con algún otro flaco. Siempre hace eso.

En ese momento, Caro vio sobre la biblioteca una foto de Tomás cuando era chiquito.

—¡Eras re-lindo! —dijo agarrando el portarretrato.

—¿Era? —preguntó Tomás poniéndose de perfil, para que Carolina lo viera bien.

Carolina lo observó con detenimiento, poniendo cara de experta en cuadros, después volvió a mirar la foto y contestó:

—Sí. Eras. Definitivamente.

Tomás, haciéndose el ofendido, le sacó la factura que ella tenía en la mano.

—Bueno. Acá se terminó nuestra amistad —dijo muy serio.

Caro se rio.

—Es la verdad —dijo, tratando de recuperar su factura.

—Vos no entendés —le reprochó Tomás—. Se supone que vos me tenés que levantar la autoestima. ¿Cómo le vas a decir a un paralítico que, además, es feo?

—Está bien. Sos re-lindo. Ahora devolveme la factura —dijo Caro estirándose un poco más para alcanzarla.

—Lo decís de compromiso. Así no vale —contestó Tomás, amagando con comérsela.

—No, lo digo en serio. ¡No te la comas!

Carolina casi tuvo que tirarse sobre Tomás para poder agarrarla, pero el brazo de Tomás era más largo.

—Jurame que soy muy lindo —la chantajeó.

—Te lo juro.

En cuanto Tomás le devolvió la factura, Carolina agregó:

—Sos lindo, pero paralítico —y le sacó la lengua, en señal de triunfo.

—Vos también sos muy linda —dijo Tomás poniéndose serio.

—Gracias —contestó Caro como al pasar; y para sellar la paz, repartió lo que le quedaba de factura.

Tomás le pegó un mordiscón, y de pronto, giró su silla, sacó el bloc de dibujo de abajo del colchón, agarró un lápiz del escritorio y gritó:

—¡No te muevas!

Caro se quedó petrificada, con el pedazo de factura aún en la boca.

—¿Y ahora qué pasa?

—No te muevas —repitió Tomás mientras dibujaba.

—¿Puedo tragar?

—No. Me gustás así.

—¡Qué gusto extraño! —dijo Caro con la boca llena.

—¡Shhh! —la hizo callar Tomás.

—¿Qué estás ha...?

—¿Alguna vez hacés lo que te piden?

—Poco —pero todavía seguía inmóvil y sin hablar.

Tomás dio por terminado su dibujo y le extendió el bloc a Caro.

—Ya está —dijo.

Caro por fin tragó, y miró el dibujo con atención.

—¿Lo hiciste vos? —preguntó sorprendida.

—No. Hay un enano debajo de la cama —contestó

Tomás.

Carolina se rio.

—¡Es buenísimo!... —dijo sin sacar los ojos de la hoja.

—A veces me salen bien.

—Yo no soy tan narigona —criticó Caro después de mirarlo más.

—Sí que sos.

—Mentira. Tengo nariz griega, como dice mi abuela —dijo Caro tocándose la nariz.

—Será griega, pero es enorme —le contestó Tomás.

—Vos sos más narigón que yo.

—La mía es egipcia.

—Pero es más grande, mirá.

Para compararlas, Caro se tomó la medida de la nariz con los dedos y trató de llevarlos sin moverlos hasta la nariz de Tomás. La nariz de él daba más grande.

—Estás haciendo trampa —se quejó Tomás.

Entonces, hizo lo mismo: tomó la medida de su nariz y la comparó con la de Carolina. Esta vez, la de ella era más grande.

—¡Así no vale! —dijo Caro.

—Está bien. Nariz con nariz, vas a ver —la desafió Tomás.

Se pusieron frente a frente, y acercaron las caras hasta que quedaron nariz con nariz.

—La tuya es más larga... —dijo Caro con un hilito de voz, inmóvil.

—Ganaste —contestó Tomás, apartándose rápidamente.

No volvieron a tocar el tema de las narices ni, mucho menos, volvieron a medirlas. Habían atravesado una zona peligrosa por la que ninguno de los dos quería volver a pasar.

Tomás le mostró sus dibujos de los dioses del Olimpo y también el libro nuevo que había comprado.

Cuando Carolina miró el reloj, se dio cuenta de que ya hacía más de media hora que tendría que haber estado en la casa de Bruno.

Se despidió de Tomás, diciendo que tenía que ir... a la casa de su tía. ¡Qué contenta se hubiera puesto su tía si se hubiera enterado de la cantidad de veces que la había visitado en los últimos días!

Tomás le regaló el dibujo que había hecho. Carolina lo dobló con cuidado, lo puso en su mochila y salió corriendo para la casa de Bruno.

(CAPÍTULO 31)

ELLA

Ⓐunque llegaba tarde, solo estaban en la casa Bruno, Melisa y Gastón. Los demás iban a venir después.

Desde la puerta, Carolina pudo escuchar el disco de *Ataque 77* que sonaba a todo volumen.

—¡Por fin! —la recibió Melisa.

—Se me hizo tarde —se justificó Caro.

—Se te hizo re-tarde. Se ve que la pasaste bien...

—Sí. Después te cuento —contestó Carolina al pasar. No era el momento ni el lugar y la música, por suerte, hacía imposible cualquier tipo de conversación.

Se sentaron en el living, junto a los chicos. No había

nada que pudieran hacer, salvo... escuchar el CD. Bruno le agarró la mano y le sonrió, pero después siguió escuchando y cantando. A Carolina mucho no le molestó. Estaba a mil kilómetros de ahí. Repasaba en su cabeza, una y otra vez, todo lo que había pasado en la casa de Tomás. Incluso, un par de veces se sonrió sola recordando alguna broma. De pronto, Bruno la sacó de su ensimismamiento.

—¡Hola!

Hacía rato que la estaba llamando cuando ella, por fin, lo escuchó. Como vio que Gastón tenía una botella de Coca en la mano, dijo:

—No, gracias. Tengo.

Todos se largaron a reír. Carolina no entendía por qué.

—El *compact*, nena —le aclaró Bruno al ver su cara de desconcierto.

—¿Qué *compact*?

—El de *Ataque* que te presté. No me digas que no lo trajiste. —Bruno se puso nervioso.

—Ah... sí... Lo tengo en la mochila —dijo revolviendo entre sus cosas, segura de que lo había puesto ahí.

Pero el *compact* no aparecía. Carolina optó por sacar todo: libros, cuadernos, cartuchera, billetera, papeles...

—Si no lo trajiste, te mato —la apuró Bruno.

—Sí, lo traje... Lo puse antes de salir...

Caro seguía revolviendo y, sin que se diera cuenta, se le cayó el dibujo que le había hecho Tomás.

Melisa lo levantó del suelo y desplegó la hoja.

—¡Estás igualita! —dijo—. ¿Lo dibujaste vos?

Caro miró para ver de qué estaba hablando y se sobresaltó.

—No. Dame —dijo, tratando de recuperar su dibujo.

Pero Bruno se había interesado y le sacó a Melisa el papel de la mano, antes de que Carolina pudiera agarrarlo.

—¿A ver?

—Dame —repitió Caro, tratando de recuperarlo, esta vez de las manos de Bruno.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Gastón, que también se había acercado a ver.

—¿Me quieren devolver eso? —No era un pedido, era casi una orden.

El interés de Carolina por recuperar su dibujo fue suficiente para que no se lo quisieran devolver.

—Primero decinos quién lo hizo —la desafió Bruno, levantándolo en el aire.

—Nadie. No importa. ¿Me lo das?

Era inútil que tratara de agarrarlo. Jamás lo iba a alcanzar, y además, podía romperlo.

—Mmmm... —le dijo Gastón a Bruno, echando leña al fuego—. Yo que vos averiguo. ¿No tiene firma?

—¡Cortenlá, che! Lo van a romper. —Carolina estaba enojada, y a punto de ponerse a llorar.

—Devuélvanselo. No sean tarados —les pidió Melisa.

—Que nos diga quién lo dibujó. ¿Qué pasa? ¿Es un secreto?

Bruno solo quería molestarla. Realmente no sospechaba que algún “competidor” pudiera haberlo hecho. Era una

broma, no un ataque de celos.

—Una amiga. ¿Conformes? —mintió Carolina—. ¡¿Me lo quieren dar?!

Pero los chicos se estaban divirtiendo. Cuanto más sufriera, pidiera y rogara, mejor la broma.

—¿Salió un poco narigona, no? —dijo Gastón.

Para Carolina fue suficiente. Se tiró arriba de los chicos y les arrancó el dibujo de la mano. Solo se rompió el pedacito que Bruno estaba sosteniendo.

—¡Son unos estúpidos! —lloró Caro a los gritos, mientras alisaba su dibujo—. ¡No tienen ningún derecho a meterse con mis cosas! Y acá tenés tu *compact*.

Arrojó sobre el sofá el *compact* de Bruno, que por fin había encontrado, y corrió a encerrarse en el baño. Melisa la siguió.

—Son unos tarados —confirmó, sin que los chicos entendieran el porqué de tanto escándalo.

Caro lloraba y Melisa trataba de consolarla. Cuando por fin se calmó, se sentaron sobre el inodoro, miraron el dibujo y pasaron del llanto a la risa. Caro le contó a Melisa todo lo que había pasado en casa de Tomás, dibujo incluido.

—Pero no te besó —quiso reasegurarse Melisa, después del cuento de las narices.

—No, ya te dije... Fue eso, nada más. Después, todo estuvo re-normal. Vimos el libro del Olimpo y esas cosas.

—Re-normal, claro. —A Melisa no le parecía nada normal—. ¿Vos pensás que él?... Digo... ¿Creés que te quiso besar?

—No. Para nada. Fue una casualidad.

—Entonces está todo bien.

—Lo que pasa es que creo que me gustó —dijo Caro—. Quiero decir... me hubiera gustado...

—¡Pará, Caro! ¡Vos estás loca! —la retó Melisa bajando la voz—. No podés estar pensando algo así. Es... Es... terrible...

—Sí, ya lo sé... Pero fue todo tan raro...

—Además está Bruno... —Melisa se estaba empezando a desesperar.

—Sí, pero Bruno no tiene nada que ver.

—¡Escuchate, nena! —Melisa se desesperó del todo—. Estás saliendo con Bruno y me decís que te hubiera gustado que el otro flaco... ¿Averiguaste el nombre por lo menos?

—Tomás.

—¡Que ese Tomás te diera un beso! —terminó la frase—. ¿Te escuchás?

—Ya sé que está mal. Pero ¿qué querés que haga?

—Nada. No tenés que hacer nada. No chatees más, no lo veas más. Hacete la tonta y listo. —Melisa era, como siempre, muy práctica—. ¿El pibe tiene tu teléfono o algo?

—No, la dirección de *mail*, nada más.

—Mejor. No le contestes más los mensajes.

Melisa manejaba todo como si estuviera ante un caso de extrema seguridad, y Carolina contestaba y aceptaba sus consejos, totalmente desarmada.

—¿Te parece? —se atrevió a dudar.

—Estoy segura. Ojos que no ven, corazón que no siente.

—No. No puedo hacerle eso.

Probablemente Melisa tuviera razón, pero lo que le estaba proponiendo era exactamente lo contrario de lo que ella quería hacer. Se hubiera negado, pero...

—Está bien. Sí, puedo —dijo por fin. Tal vez fuera lo mejor.

Contenta con la promesa conseguida, Melisa se paró para salir del baño.

—Pero mejor le escribo y se lo explico —se arrepintió Caro.

Melisa la volvió a mirar.

—Tampoco le escribo —dijo Caro, obediente.

—Nada es nada —aclaró Melisa—. Decime qué vas a hacer.

—Nada. Lo prometo —confirmó Carolina.

Se arreglaron frente al espejo y salieron en busca de los chicos. Los demás ya estaban llegando.



CAPÍTULO 32

ÉL



Tomás no podía saltar, pero esa era la expresión que le cabía: “saltaba de alegría”. Trató de esquivar los comentarios de su mamá (“qué linda chica”, “¿de dónde la conocés?”) con los acostumbrados monosílabos y se despachó a gusto con Felipe, por teléfono.

Le contó todo como cinco veces, en orden, suelto, de atrás para adelante y de adelante para atrás. Felipe seguía tan deprimido como antes y apenas pudo levantarle un poco el ánimo con la promesa de que iba a tener noticias frescas de Jéssica.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Felipe, que veía todo negro.

—¿Qué voy a hacer con qué?

—Con la Luciérnaga.

—Ah... no sé... no quedamos en nada. Por ahí vamos al cine. Tengo ganas de ir a ver...

—No digo adónde vas a ir, chabón, sino qué vas a hacer con ella.

—Nada. ¿Por qué? ¿Tengo que hacer algo?

—En un caso normal.... —empezó Felipe.

—Te agradecería que no me recuerdes, en este momento de felicidad, que yo no soy un caso normal.

—No quise, chabón, vos me entendés —trató de justificarse Felipe.

—Está bien. Perdono tus pecados. En un “caso normal” ¿qué tendría que hacer?

—Preguntarle si quiere salir con vos. Después de lo que pasó, no cabe otra.

—En un caso normal —aclaró Tomás.

—Bueno... sí.

—En mi caso, que es “anormal” según tu opinión, ni pienso hacer eso.

—Estoy de acuerdo —coincidió Felipe.

—Gracias. Eso es un amigo —ironizó Tomás—. ¡¿Qué me estás diciendo?! ¿Que voy a rebotar como una pelota?

—Yo no estoy diciendo nada. Vos decís.

—Bueno, sí, ¡ufa! —se quejó Tomás—. ¿Quién tiene ganas, ahora, de pensar en lo que va a pasar después? Hasta acá estuvo bien y punto. Puede seguir bien de la misma manera.

—Por un tiempo, sí. Después se pudre todo. La amistad entre el hombre y la mujer no existe —sentenció Felipe.

—Estás diciendo cualquiera. Todas las pibas de la división son amigas mías ¿o no? —se defendió Tomás.

—Sí. Pero de esas, no hay ninguna que te interese.

—Me interesan como amigas —insistió Tomás.

—Sí, claro... ¿Alguna vez invitaste a alguna a tu casa? ¿Le dibujaste un retrato a la gorda Maite?

—No cabe en una hoja —trató de bromear Tomás. Sabía que lo que Felipe le decía era verdad pero, decididamente, no quería pensar en eso.

—Vos bromeá. Por mí, hacé lo que quieras. Yo solo trato de que no te estrelles contra la pared.

—Y quede hecho pomada, como vos —trató de continuar Tomás, en tono de broma.

—Exacto.

—Bueno, quedate tranquilo. Yo la tengo re-clara. Eso no me va a pasar.

Esa noche, Tomás esperó hasta muy tarde algún mensaje de Caro. Se fue a dormir pensando que, seguramente, se había quedado en la casa de su tía.

El mensaje llegó recién al día siguiente.

Luciémaga dice:

Hola, Gusano Empantanado...

Tas ahí?

No puede ser q no tes. Hola! Ta bien. Hablo sola. La verdad es q quería...

Por un momento, el mensaje se detuvo. La pantalla estaba en blanco. Tomás contuvo la respiración. “Me va a decir que no me quiere ver más”, pensó. “Me va a decir

que todo muy bien, pero...". "Me va a decir que no le escriba más..."

El mensaje siguió. Los ojos de Tomás iban más rápido que las frases.

Kería contarte q ayer terminó
re-mal, xq mis amigos
encontraron tu dibujo y me
empezaron a bardear. Y eso es algo q yo no
me banco. Nadie tiene derecho a meterse
con las cosas q el otro no quiere contar.
Bueno, no es q yo no quisiera contar lo del
dibujo... pero me lo agarraron d la mochila,
y eso me molestó.
Melisa es mi mejor amiga y yo siempre le
cuento todo, y ella a mí, claro, pero a veces
siento q hay cosas q ella no entiende, como
q nosotros seamos amigos, x ej.

Tomás hizo girar su silla. Estaba saltando de alegría.
Caro estaba ahí.

CAPÍTULO 33

ELLA

Después de mucho pensarlo, Carolina decidió que le iba a contar a Melisa que había estado chateando con el Gusano otra vez. Aunque había prometido no hacer “nada de nada”, no se pudo resistir. Y había hecho bien. El Gusano coincidía con ella: podían ser amigos, eternamente amigos. Una silla de ruedas no podía impedir eso.

Además, le había dado a Tomás el teléfono de Melisa, para que Felipe la llamara y pudieran hablar con tranquilidad de Jéssica. No le gustaba hacer de correo.

Que se arreglaran entre ellos. El Gusano también estuvo de acuerdo con eso. Era un motivo más para contarle que había estado chateando. Si Felipe la llamaba, se iba a enterar igual.

A Melisa le pareció bien que le hubiera dado su teléfono, pero le cayó muy mal que Caro siguiera chateando con el Gusano. Carolina le había prometido...

A la salida de la escuela, volvió sobre el tema.

—Es que no tenías que haberlo hecho —le dijo.

—¿Qué tiene de malo que yo...? —empezó Carolina.

Pero Melisa estaba realmente enojada y no la dejó terminar.

—No tiene nada de malo —le contestó.

—¿Y entonces?

—Entonces nada, Caro. Hacé la tuya.

Ahora la que se enfureció fue Carolina. ¡No podía contestarle así!

—No es “hacé la tuya” —le dijo—. Porque para algo somos amigas, ¿no? ¿Qué es “hacé la tuya”? ¿No poder compartir con vos lo que me pasa?

—¿Y para qué querés compartirlo si ni siquiera me escuchás?

—Sí, te escucho. Pero eso no quiere decir que haga todo lo que vos me decís —se defendió Carolina.

—Ni todo, ni un poco. ¿Querés que te diga la verdad? No te entiendo. Estás saliendo con un chabón copado como Bruno. La pasamos re-bien los cuatro juntos. El chabón te da la re-bola, y a vos se te ocurre enamorarte, de golpe, de ese flaco, nada más que porque está en una

silla de ruedas. Para original, se te fue la mano.

Melisa caminaba rápido, como para alejarse de ella, pero Carolina la corrió.

—Por empezar, yo no estoy enamorada. Es mi amigo —dijo cuando estuvo al lado.

—Por ahora.

—Es mi amigo y listo. Y para seguir, lo de la silla no tiene nada que ver. Es un chabón copado y no voy a dejar de hablarle porque vos lo digas.

—Okey. Olvidate de mí, pero vas a tener quilombos con Bruno.

¡Ah!... ¡Bueno!... ¿De dónde había sacado eso? ¿Por qué lo metía a Bruno en esta discusión?

—Si Bruno me hace quilombo por eso, es un tarado. Que se mate —le contestó.

—Yo solo te aviso.

Un aviso de Melisa nunca era solo “un aviso”. Carolina lo sabía bien.

—Estoy podrida de que me avises todo lo que me va a pasar.

—Está bien, Caro. Hacé tu vida.

Melisa apuró el paso, y esta vez sí, Carolina la dejó ir. Le dieron ganas de llorar, de furia y de tristeza. Ella también apuró el paso, pero dobló en la esquina. Quería llegar a su casa cuanto antes para contarle todo a Tomás.





CAPÍTULO 34

ÉL



—**A**noche hablé con Melisa —dijo Felipe en el primer recreo, haciendo a un lado el libro de Geografía.

—Me alegro —contestó Tomás—. ¿Quién es Melisa?

—La amiga de la Luciérnaga. Por si también te olvidaste, te recuerdo que vos me conseguiste el número.

—Me acuerdo, me acuerdo. Se me había borrado el nombre. ¿Y? ¿Te tiró algún dato interesante?

—¿Uno?... ¡Un millón! La piba es como una página web. Tiene información sobre todo.

Felipe repitió todo lo que Melisa le había contado sobre Jéssica, después de lo cual había llegado a la conclusión, “con profundo dolor”, según dijo, de que Jéssica había

muerto para siempre.

—Estuvimos hablando de Caro, también... —dijo con cuidado. Esta era la parte del mensaje más importante.

—¿Qué Caro?

—¡Ah!... ¡Bueno!... ¡Que no te acuerdes de Melisa, vaya y pase, pero ¡¿tampoco te acordás de la Luciérnaga?!... Vos estás muy mal.

—Sí, me acuerdo, idiota. Lo que pasa es que nunca la llamo Caro. Bueno, ¿qué te dijo?

—Parece que Caro... la Luciérnaga —se corrigió Felipe, mientras intentaba encontrar la forma de decírselo—, según dice Melisa... tiene novio.

—Sí, ¿y?... —se hizo el tonto Tomás.

—¿Lo sabías? —se sorprendió Felipe.

—Claro que lo sabía.

Era cierto: Carolina se lo había dicho, pero Tomás no se lo había creído. Acababa de confirmarlo en este instante, pero eso no se lo iba a decir a Felipe.

—Según dice Melisa —siguió Felipe—, hace un montón que salen y se llevan muy bien y son “tal para cual”. Palabras de Melisa —aclaró.

Tomás se rio.

—¿Y por qué me contás eso?

—Por nada. Pensé que te podía interesar. Pero como ya lo sabías...

—Sí. Lo sabía. Además, Luciérnaga es mi amiga. Puede tener todos los novios que quiera.

Esa noche Tomás recibió un mensaje de Carolina.

Luciémaga dice:

Me volví a pelear con Melisa. Ella kiere q yo... Bueno, no importa lo q kiere, pero me molesta q siempre me esté diciendo lo q tengo q hacer. Felipe la llamó? Xq no me contó nada. No daba. Hola... Gusano... Tas ahí?...

Carolina insistió un poco más, pero Tomás no le contestó.



En cuanto llegó de la escuela, Carolina prendió la computadora. El Gusano no le había contestado el mensaje la noche anterior. Eso era raro. ¿Qué podía haberle pasado?

Intentó otra vez.

Luciémaga dice:

Segundo mensaje sin respuesta. No puedo entender xq no me contestás. Pasó algo?

Dije algo q te molestó? Últimamente me la paso diciendo cosas q le molestan a la

gente, así q no sería raro.
Gusano, es aburrido hablar sola.
Dónde tas?

Pero el Gusano no dio señales de vida.

Carolina miró el reloj. Las tres. Había quedado en encontrarse con Bruno a las tres y cuarto en “su” banco del parque. ¡¿Por qué había arreglado eso?! No tenía ningunas ganas de ir. A lo mejor, el Gusano se conectaba justo cuando ella no estaba.

Apurada, volvió a escribir.

Luciémaga dice:

No voy a estar hasta las seis.
A esa hora me conecto. Chau.

Algo era algo. Igual, no tenía ningunas ganas de salir, pero ya era muy tarde para avisarle a Bruno.

Se cambió lo más rápido que pudo y corrió las tres cuadras hasta el parque. Llegó sin aire, pero el banco estaba vacío. Bruno no había llegado. ¡¿Para qué había corrido tanto?! Se mufó más todavía. Con Bruno, por llegar tarde, y con ella misma porque había venido corriendo, sabiendo que Bruno... siempre llegaba tarde. Se sentó a esperar. Ni siquiera había traído un libro.

Quince minutos más tarde lo vio aparecer. No corriendo, como ella, sino caminando lo más tranquilo, con su bolso al hombro y tomando un helado.

—Vine corriendo y al final te tuve que esperar —dijo de muy mal humor.

—*Sorry*, se...

—... atrasó el partido —completó Carolina.

—¡Cómo me conocés! —se rio Bruno—. Sí, se atrasó.

¿Querés? —le dijo ofreciéndole helado.

—Sí, pero uno entero —lo rechazó Caro—. Vamos a la heladería.

—¡Pero vengo de ahí! —protestó Bruno.

—Yo no —dijo Caro, y empezó a caminar adelante.

Casi no hablaron durante el camino. En la heladería, mientras tomaba su segundo helado, Bruno le dijo que al día siguiente podrían ir a bailar con Melisa y con Gastón. Carolina no se molestó en decir que tenía que ir a la casa de su tía, dijo la verdad: que no tenía ganas.

Bruno levantó las cejas asombrado, pero no contestó. Volvieron al banco tomando el helado, también sin hablar.

—Estás rara —dijo Bruno cuando se sentaron.

—No. ¿Por? —contestó Caro, más atenta al helado que se le derretía en la mano, que a Bruno.

—No sé. Estás como de mal humor.

—¿Porque no quiero ir a bailar?

—Entre otras cosas.

—No tengo ganas. Eso no es estar rara.

—Bueno, pero yo sí tengo ganas —se enojó Bruno—. ¿Cuál es? ¿Me vas a decir que preferís quedarte en tu casa viendo tele?

—No voy a ver tele —dijo Caro, sin aclarar lo que iba a hacer.

—Es lo mismo. Es sábado a la noche.

—¿Y es obligación salir?

—Obligación, no... Pero a mí no me va quedarme un sábado en mi casa.

—Mirá, si vos querés ir a bailar, andá. Está todo bien.

Carolina prefirió terminar con el tema de golpe. No estaba de humor para discutir, y lo cierto es que le daba lo mismo.

—¿No te importa? —se sorprendió Bruno.

—No.

—Mirá, si yo estoy con una mina, es para poder salir con ella. No tiene nada que ver ir solo. —A Bruno sí le importaba o, al menos, le importaba que a ella no le importara.

—¿Por?...

—Porque no, qué sé yo... —Bruno hizo un silencio como para juntar coraje, y siguió—: No quisiste venir al recital de *Ataque*, no querés ir a bailar, el otro día en mi casa te enojaste de lo lindo. Qué sé yo... Así no va...

Bruno se levantó para tirar el vasito del helado en el cesto de papeles que estaba un poco más allá.

—¿Qué quiere decir que así no va? —le preguntó Caro, cuando volvió.

—Nada. Eso... —contestó Bruno limpiándose las manos pegoteadas.

—¿Que no salgamos más?

Bruno se sorprendió ante la pregunta tan directa.

—Bueno... no...

—Está bien. No salgamos más —dijo Caro muy decidida.

Bruno no terminaba de cerrar la boca. Venía pensando

en cortar, pero jamás se le había ocurrido que iba a ser Carolina la que lo propusiera, y mucho menos, de esa forma.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Creo que es lo mejor para los dos. Al menos por un tiempo —trató de suavizar las cosas Caro. Melisa le había enseñado que lo del “tiempo” siempre funcionaba.

—Sí, yo también creo —dijo Bruno por fin.

—Bueno.

No había nada más que decir. Bruno había sido su primer novio, su primer beso y también, su primer corte. Pero esto lo había decidido sola, sin ayuda de Melisa.

—¿No estás enojada, no? —Bruno todavía no lo podía creer.

—¿Por qué?

—Porque te corté —dijo Bruno dando vuelta los tantos. No terminaba de convencerse de que la que había cortado había sido Carolina.

—No, para nada —lo tranquilizó Caro.

—Hace mucho que quería decírtelo, pero no sabía cómo —explicó Bruno, realmente aliviado.

—Sí, me imagino. Es difícil.

—Suerte que no te cayó mal.

—No, para nada. Está todo bien. —Tantas explicaciones ya la estaban aburriendo.

—Las minas son más de... no sé... A los pibes nos gusta... no sé... Mucho tiempo con una mina no me va, ¿entendés? No es por vos.

—Claro.

—¿Seguro que estás bien? —insistió Bruno.

—Te digo que sí.

—Si tenés ganas de llorar... por mí... Estoy acostumbrado ¿viste?

—Está todo bien.

De lo único que Caro tenía ganas en ese momento, era de irse de ahí.

—Entonces... bueno... Me tengo que ir... —dijo él, por suerte. Pero agregó—: ¿Querés que me quede?

—No. Para nada. Yo también me tengo que ir —contestó Carolina levantándose.

—Bueno, chau —se despidió Bruno.

—Chau.

Se dieron un frío beso en la mejilla y cada uno se fue para un lado distinto, sin darse vuelta para ver cómo el otro se alejaba.

Carolina recién lloró en su casa, cuando se quedó sola en su cuarto, cuando recordó lo que había pasado y cuando comprobó, una y otra vez, que no tenía mensajes del Gusano.





CAPÍTULO 36

ELLOS



Luciémaga dice:

Hola, Gusano Empantanado. Estoy segura d q
tas ahí. Hoy es sábado y los sábados siempre
chateamos. Seguro q no me kerés contestar.
Pero ya estoy acostumbrada. Todo me sale
mal. Primero me peleé con Melisa, después
corté con mi novio, ahora, vos no me kerés
contestar. Mi vida es una maravilla, no t parece?
Me siento una idiota escribiendo sola. Al
menos, si no kerías q siguiéramos siendo
amigos me lo podrías haber dicho, no? No t
costaba nada. Me decías mirá sos una basura y
no kiero chatear + con vos, y listo. Tan
difícil es?

Gusano Empantanado dice:

Sos una basura y no kiero chatear + con vos.

Luciémaga dice:

Aleluya! Apareciste. Es cierto eso?

Gusano Empantanado dice:

Q sos una basura?

Luciémaga dice:

Y q no kerés chatear +.

Gusano Empantanado dice:

Q sos una basura, no. En realidad, sos la mejor mina q conocí en mi vida. Por eso kiero cortarla.

Luciémaga dice:

Cortarla con q?

Gusano Empantanado dice:

Con chatear, con ser amigos, no sé, con todo.

Luciémaga dice:

No t entiendo. T agarró un atake d masokismo o q?

Gusano Empantanado dice:

Tengo mis motivos.

Luciémaga dice:

Entonces decímelos. No me podés cortar el rostro así como así.

Gusano Empantanado dice:

Kién lo dice?

Luciémaga dice:

Yo. Dije algo q t molestó?

Gusano Empantanado dice:

No, para nada. Mejor dejémoslo así.

Luciémaga dice:

T olvidás q casi nunca me doy x vencida. Q hice?

Gusano Empantanado dice:

Nada. Vos no hiciste nada. O sí. Me gusta estar con vos, y no tengo ganas d q después desaparezcas, entendés?

Luciémaga dice:

Después cuándo?

Gusano Empantanado dice:

No sé. Después. Cuando t aburras.

Luciémaga dice:

Cuando me aburra d q?

Gusano Empantanado dice:

D q yo no pueda caminar. Entendiste ahora? No me kiero hacer ilusiones xq después no se da y t hacés mierda.

Luciémaga dice:

D q hablás? Q ilusiones?

Gusano Empantanado dice:

Todas. Cualquiera. A lo mejor me das bola... a lo mejor no t importa q no pueda caminar... a lo mejor me pueden operar...

a lo mejor camino algún día... a lo mejor...
a lo mejor...

Eso no sirve para nada, así q mejor
la cortamos acá y cada uno sigue con su vida.

Luciémaga dice:

Lo q tas diciendo es una estupidez.

Gusano Empantanado dice:

No me importa. Es lo q siento.

Luciémaga dice:

Y lo q siento yo no importa?

Gusano Empantanado dice:

A mí no.

Luciémaga dice:

Gracias.

Gusano Empantanado dice:

Mirá, hasta q t conocí yo vivía re-trankilo.

Jugaba al básquet, iba a la escuela, chateaba,
me reía d todo... y desde q vos apareciste en
lo único q pienso es en poder caminar para q
me des bola.

Luciémaga dice:

Yo t doy bola, aunke no camines.

Gusano Empantanado dice:

No como yo kisiera.

Luciémaga dice:

Y cómo kisieras?

Gusano Empantanado dice:

No importa. Dejaló así. No me debería haber conectado. Chau. Me encantó conocerte.



Luciémaga dice:

No podés hacer eso! Tas ahí? Tomás, contestame ¡!!!¿Tas ahí?!!!...





CAPÍTULO 37

ÉL



Ⓐ Felipe le extrañó que el lunes Tomás no hubiera ido a la escuela. Tampoco lo había llamado en todo el fin de semana, y cuando él intentó comunicarse, la mamá le dijo que Tomás decía que estaba ocupado, que después lo llamaba, cosa que nunca hizo.

Tampoco le contestaba los *mails*, así que esa misma tarde, fue a verlo.

—No sé qué le pasa —le dijo la mamá—. Desde el sábado que está encerrado en el cuarto y no me deja entrar. Sale para comer, nada más. Fijate si a vos te cuenta.

Felipe golpeó la puerta del cuarto de Tomás.

—Estoy bien, no me pasa nada. No rompas —contestó Tomás automáticamente, creyendo que, otra vez, era su mamá.

—Me alegro mucho —dijo Felipe—. Abrime.

—¿A qué viniste? —preguntó Tomás sin hacerle caso.

—Te traje un poco de cianuro. Capaz que te ayuda. Dale, abrí, chabón. No te hagas el estrecho.

—Pará, ya voy.

Tomás tardó un rato en abrir la puerta. Tenía montones de papeles desparramados. Se había pasado dos días dibujando.

—Por mí no te pongas perfume —decía Felipe desde afuera.

Por fin, Tomás abrió.

—¿Qué te pasa? ¿Qué raye te agarró? —preguntó Felipe cuando entró y vio el cuarto, que si bien ya no tenía papeles, estaba mucho peor que de costumbre.

—Nada. No tenía ganas de salir. ¿Es tan grave eso? —trató de zafar Tomás.

—Lo que quiero saber es por qué.

—Por nada. Si viniste a hacerme preguntas, ya te podés ir yendo, porque no te pienso contestar.

—Me emociona tu hospitalidad.

Felipe, por supuesto, no se fue, aunque sí siguió el consejo de Tomás y no hizo más preguntas.

Tomás, solo, después de un rato largo, mientras escuchaban música, le dijo:

—Corté con Luciérnaga.

—¿Cómo que cortaste? ¿Estaban saliendo? —se

sorprendió Felipe.

—No, chabón. Corté la amistad, corté de chatear. Corté.

—¿Se pelearon?

—No, para nada.

—¿Te aburraste?

—Al contrario.

—¿Te hizo algo? ¡Hablá, chabón, por favor te lo pido!

Tomás le contó su última conversación con Luciérnaga y Felipe empezó a saltar por el cuarto.

—¡No podés ser tan idiota! —le decía—. ¡La mina te dice que cortó con el novio y vos le decís que no la querés ver más, justo ahora!

—No tiene nada que ver. No da para más. Más adelante, a lo mejor...

—¿Más adelante cuándo?

—Vos sabés, con la operación...

—Más adelante ella va estar casada y con hijos. Sos un tarado sin remedio.

—Pará un poquito —lo frenó Tomás—. ¿No eras vos el que decía que era mejor cortarla, que el golpe contra la pared, que iba a terminar mal y no sé cuántas cosas más?

—No...

—¡¿No?!... —se sorprendió Tomás.

—Bueno, sí, pero yo lo único que quería era evitar que te pusieras mal. ¡Y mirá como estás! Das lástima.

—Gracias.

—Te lo digo en serio. Escríbele. Decile que te arrepentiste, no sé, cualquier cosa. Después ves.

—Ya vi y no quiero escribirle.

—Está bien, como quieras.

Felipe no pudo convencerlo. A lo sumo, logró sacarlo de su cuarto para ir a los videos y le arrancó la promesa de que al día siguiente, iría a la escuela.

—Obvio que voy a ir —dijo Tomás—. Lo único que me falta es quedarme libre.

Esa noche, Tomás se animó y prendió la computadora que había tenido apagada durante dos días. Aunque no pensaba escribir, no podía resistir la curiosidad de ver si ella le había enviado otro mensaje. Y ahí estaba.

Luciémaga dice:

x mí hacé lo q se t d la gana. Me parece una actitud re-egoísta. Solo pensás lo q t pasa a vos, y encima inventás cosas como q yo me voy a aburrir y q sé yo. Y sí... capaz q me aburro. También me aburrí d mi novio, y? Vos t hacés el superado, pero sabés lo q creo?: q estás muerto d miedo. No sé para q t digo todo esto. Es tu vida. Nada más kería despedirme, xq no me va eso d "chau, q t vaya bien". Si no kerés q seamos amigos, ta bien. Igual, voy a guardar siempre el dibujo q me hiciste.

"No creas lo q tus ojos ven. Solo muestran limitaciones. Mira con tu entendimiento, descubre lo que ya sabes, y hallarás la manera de volar".

Es una frase del libro q estaba leyendo. No creés q es así? Lástima q no me vas a contestar.

Chau, Gusano. Me encantó conocerte.

Me hubiera gustado ser tu amiga. Chau.



Tomás se secó una lágrima. Se había enojado, se había deprimido, se había entristecido, pero hasta hoy, nunca había llorado. No tendría que haber prendido la computadora. Iba a cambiar su dirección de *mail*. Sí. Eso era lo mejor. Perder todo contacto.

CAPÍTULO 38

ELLA

Cuando el martes Carolina salió de la escuela, Melisa la corrió y la agarró del brazo. Hacía casi una semana que no hablaban.

—Esperá, Caro —le dijo—. Tengo algo que contarte.

—Creí que estabas enojada —le contestó Caro contenta, en el fondo, de que su amiga se hubiera acercado.

—Sí... bueno... Un poco... pero ya se me pasó —dijo Melisa al pasar.

Al pasar, no era tan al pasar, porque había hablado con Felipe y se había enterado de que Caro y Tomás se

habían peleado. Ahora, todo podía volver a ser como antes. Ya mismo se tenía que poner en campaña para encontrarle un novio nuevo a Carolina.

—¡Escuchá esto! —le dijo entusiasmada—. ¡No lo vas a poder creer! ¿Viste que el sábado fuimos a bailar?

—Sí.

—¿Y que Bruno iba a venir con nosotros?

—No me digas que no fue porque yo no iba —Carolina se empezó a entusiasmar con el chisme que traía Melisa.

—¡Nada que ver! ¡Vino! ¿Y a que no sabés con quién? ¡Con Jéssica! ¡Están saliendo, Caro! ¿No es una reverenda porquería?

—¿Por qué? Después de todo, nosotros ya cortamos —lo justificó Carolina.

Bruno podía hacer lo que quisiera. Todos podían hacer lo que quisieran.

—¡Pero cortaron el viernes! ¡Y el sábado andaba con Jéssica! Para mí que ya estaban saliendo de antes. Se lo pregunté a Gastón, pero Gastón, por supuesto, dice que no. ¡Claro, qué me va a decir! Encima, como yo no le creía, nos terminamos peleando.

—¿Cortaron? —preguntó Caro sorprendida.

—No, no cortamos. Pero no sé qué voy a hacer. Porque yo me quedé pensando, si Bruno hace eso, Gastón, que es muy amigo, seguro que hace lo mismo, y la verdad, que yo no tengo ningún interés en que me metan los cuernos como a... —Melisa se frenó. Había metido la pata, y trató de arreglarla como pudo—. Bueno... digo... Mejor cortar por lo sano.

—¿Pero vos no estabas re-bien con Gastón? —le preguntó Caro, ignorando el comentario.

—Bueno... sí... Pero no sé... Ahora que vos no salís con Bruno, no me copa tanto... No sé, voy a ver. ¿Qué hiciste el sábado?

—Nada. Miré tele —contestó recordando la frase de Bruno, además de que había sido estrictamente cierto.

—¿Te conté que Felipe me invitó a bailar? Pero era justo el mismo sábado. Imaginate. No daba. De todas formas le dije que el fin de semana que viene...

Carolina ya no escuchó lo que seguía. Allá, en la esquina, a espaldas de Melisa, había visto la silla de ruedas de Tomás. Carolina cerró los ojos y los volvió a abrir. No podía ser. Miró con tanta atención que Melisa dejó de hablar y también se dio vuelta.

—¿Es? —preguntó casi con miedo.

—Sí —le contestó Caro, sonriendo.

—¿Y qué hace acá? ¿Vos sabías que iba a venir?

—Para nada.

Tomás la saludó con la mano y Carolina empezó a caminar hacia él.

—¿Te espero? —preguntó Melisa.

—Sí... No... No sé. Si querés andá. Después te llamo —dijo sin detenerse.

Melisa decidió esperar. No podía dejar esto librado al azar, y mucho menos al criterio de Caro. Se quedó parada, en la puerta de la escuela, agarrada con fuerza de la correa de su mochila, atenta a lo que estaba pasando, aunque desde ahí no podía escuchar nada.

—Hola —dijo Carolina cuando llegó junto a Tomás, sin saber muy bien a qué atenerse.

—No sabía dónde vivías, pero sabía dónde quedaba tu escuela —explicó Tomás.

—Sí... claro. Me había olvidado de eso... —se sonrió Caro.

—Vine para decirte que esa frase que me mandaste es una estupidez —dijo Tomás muy serio.

—Ah... no te gustó... —La desilusión se reflejó en la cara de Carolina.

—¿Cuándo vas a entender que estoy paralítico? “Así podrás volar” —dijo citando la frase de Carolina—. ... ¡Ni siquiera puedo caminar y vos querés que vuele!

—Bueno... disculpame... —dijo Caro arrepentida. Evidentemente, no hacía nada bien.

Pero Tomás se largó a reír.

—Era una broma, Luciérnaga... Te estás quedando sin pilas.

Caro también quiso reírse, pero no le salió.

—Sí... me parece que sí... —dijo—. ¿En serio viniste a decirme eso?

—En serio —siguió bromeando Tomás—. Aunque te hice caso. Hice el intento de volar, pero la silla pesaba mucho y me estampé contra el piso.

Ahora sí, pudo reírse. Era el mismo Tomás de siempre.

—Es que sos un torpe —le dijo. Entonces se le ocurrió una idea—: Ahora vas a ver si no podés volar. Agarrate fuerte.

Ante la sorpresa de Tomás, Carolina se sacó la mochila,

se la puso sobre las piernas, y corrió atrás de la silla con la intención de empujarla, pero se arrepintió. Lentamente, soltó las manijas y volvió a pararse frente a Tomás. Quería decirle... Quería decirle que... Quería...

Se agachó, y le dio un beso.

Antes de que Tomás pudiera darse cuenta de lo que había pasado, Carolina, esta vez sí, agarró la silla y empezó a correr a toda velocidad. Tomás levantaba los brazos gritando y riéndose:

—¡Pará! ¡Pará! ¡Te volviste loca!

—¡Yo nunca me doy por vencida! —le gritó Caro también riéndose—. Ahora vas a volar.

Como una ráfaga, pasaron corriendo frente a Melisa, que los miraba con la boca abierta.

—¡Caro!... Llam... —gritó. Pero ya estaban demasiado lejos.

Melisa se quedó parada, inmóvil, sin decidirse a volver a su casa. No podía entender lo que había pasado; no podía entender a su amiga; ¡¡¡no podía entender que lo hubiera besado!!!

Carolina y Tomás desaparecieron en la esquina. Ya no había nada que ella pudiera hacer. Se había quedado afuera. Aunque... Felipe era amigo de Tomás, ¿no?... Podía llamarlo y, si se animaba, proponerle salir los cuatro juntos. A bailar no, claro. ¿Adónde se podía ir con una silla de ruedas? Tal vez a Felipe se le ocurriera algo. Acomodó su mochila y se fue a su casa, sin dejar de preguntarse por qué, habiendo tantos chicos que caminan, Carolina había tenido que elegir justo a este. Porque estaba

rematadamente loca; esa era la única respuesta que Melisa podía encontrar.

Unas semanas más tarde, juntó coraje y se lo preguntó: ¿por qué justamente Tomás?... Porque junto a él se sentía bien, porque junto a él se divertía, porque con él se entendía, contestó Caro. Porque Tomás era... único. ¿La silla?... ¿Qué silla?... Eso hacía mucho que no contaba.

Melisa siguió sin entender.

Quede acá

Queridos lectores:

Los personajes de esta historia chatean. Chatean mucho. Casi tanto como todos ustedes. Y ahí se me presentó un problema: el lenguaje del chat no es como el de los libros, ni como el de la escuela, ni siquiera como el de las cartas o las notitas escritas a mano. Chateando, las palabras aparecen y desaparecen a toda velocidad. Pero... ¿se puede contar una historia usando esa forma tan particular?... Lo intenté, juro que lo intenté, pero al releerla una y otra vez, tenía la sensación de que estaba escrita en chino, y que la dificultad para descifrarla nos alejaba de lo que para mí es más importante que la forma: la historia misma. Entonces probé escribir "normal", con puntos, comas, acentos y todas las letras del abecedario. Eso, sin duda, nos sumergía en la historia (de hecho, está garantizado por siglos de experiencia que las historias se cuentan con palabras bien escritas), pero nos alejaba definitivamente del mundo del chat. Al fin, tomé una solución salomónica (buscar en el diccionario, por las dudas): usé las palabras

completas, pero también usé algunos modismos del chateo, aquellos que, a mi criterio, no interferían en la comprensión. A algunos les habrá parecido que usé pocos, y a otros demasiados, pero unos y otros, al menos ahora, saben por qué está escrito tan raro.



M.I. (María Inés)



© María Inés Falconi, 2007

© De esta edición:

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de Ediciones,
2011

Av. Leandro N. Alem 720 (1001) Ciudad Autónoma de
Buenos Aires

www.librosalfaguarajuvenil.com/ar

© De las ilustraciones: Karina Maddonni

eISBN: 978-987-04-1890-0

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Imagen de cubierta: Karina Maddonni

Conversión a Epub: Juliana Orihuela, Luis Parravicini.

Primera edición digital: junio de 2011

Falconi, María Inés

Caro dice / María Inés Falconi ; ilustrado por Karina
Maddonni. - 1ª ed. -

Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara,
2011.

EBook

e-ISBN 978-987-04-1890-0

1. Literatura Juvenil Argentina. I. Karina Maddonni,
ilus. II. Título.

CDD A863.928 3

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).



MARÍA INÉS FALCONI

Me piden que escriba una corta biografía, y es muy difícil escribir una corta biografía cuando se tienen muchos años, porque los renglones no alcanzan. Imagínense, yo nací en 1954. Si usara un renglón por año me llevaría... ¡saquen la cuenta! Hasta se podría hacer la prueba para demostrar que es imposible:

“Nací en el barrio de Colegiales, en Buenos Aires, donde todavía vivo”... y ya se me fue un renglón sin haber empezado a decir ni “ajó”, y mucho menos, a escribir un cuento, o una novela o una obra de teatro de los muchos que escribí durante todo este tiempo y que son más de cincuenta (los años y los libros).

Entonces, empecé a tratar de imaginar qué es lo que a ustedes, mis lectores, les gustaría saber. Otro problema, porque ustedes no están acá para decírmelo. Finalmente, como este es un libro para “chicos grandes”, pensé que lo mejor era contarles sobre las cosas que había escrito para ustedes.

Lo primero que escribí para adolescentes, fue una obra de teatro que se llama *Caídos del Mapa*. Como la obra de

teatro me quedó corta para contar todo lo que quería, la transformé en una novela con el mismo nombre *Caídos del Mapa*, y como también quedó corta después vino el número 2 y el 3 y así hasta el 7. Pero, mientras tanto, otras historias fueron apareciendo como *Cartas para Julia*, *Hasta el Domingo*, *Las Dos Marías* y *Sobre Ruedas*(otra obra de teatro que dio lugar a esta novela que están por leer, *Caro dice*:).

Mientras tanto, nunca abandoné a los “chicos chicos” y así nacieron entre muchos otros, *Bichos de Cuento* y *Mascotas de Cuento* o *Chiches*, una obra de teatro casi para bebés.

Y entre libro y libro, trabajo en la Universidad Popular de Belgrano, donde doy clases de Teatro para chicos, coordino la Biblioteca UPB y la Biblioteca Teatral ATINA y doy clases de Dramaturgia; o lavo los platos, tiendo las camas y riego las plantas en mi casa de Colegiales... mientras sigo inventando historias.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

CARTAS PARA JULIA

EL SECRETO DEL TANQUE DE AGUA

LAS DOS MARÍAS

LEYENDO LEYENDAS

Alfaguara Juvenil es un sello editorial del Grupo Santillana

www.librosjuvenilesalfaguara.com

Argentina

www.librosjuvenilesalfaguara.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720

C 1001 AAP Buenos Aires

Tel. (54 11) 41 19 50 00

Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.librosjuvenilesalfaguara.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078

La Paz

Tel. (591 2) 279 22 78

Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.librosjuvenilesalfaguara.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444

Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.librosjuvenilesalfaguara.com/co

Calle 80, nº 9 - 69

Bogotá

Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica

www.librosjuvenilesalfaguara.com/cas

La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica

Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.librosjuvenilesalfaguara.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.librosjuvenilesalfaguara.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.librosjuvenilesalfaguara.com/es

Torrelaguna, 60

28043 Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.librosjuvenilesalfaguara.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.librosjuvenilesalfaguara.com/can

7^a Avda. 11-11

Zona n° 9

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.librosjuvenilesalfaguara.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán

Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626

Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

México

www.librosjuvenilesalfaguara.com/mx

Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle
03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.librosjuvenilesalfaguara.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.librosjuvenilesalfaguara.com/py

Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.librosjuvenilesalfaguara.com/pe

Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00

Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.librosjuvenilesalfaguara.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506

Guaynabo 00968

Tel. (1 787) 781 98 00

Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.librosjuvenilesalfaguara.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.librosjuvenilesalfaguara.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.librosjuvenilesalfaguara.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleíta Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51